

CONGRESO LATINOAMERICANO
Universidad Pública
y **feminismos**
contemporáneos

120 años
de la UNLP

EDUCACIÓN
PÚBLICA
Y GRATUITA

A. VARELA Y V. CRUZ (coordinadoras)

Universidad pública y feminismos contemporáneos

Diálogos entre ofensivas conservadoras
y resistencias insistentes



LIBRES
Y
SIN ODIO
UNLP

120 años
de la UNLP
C1902-2025

EDUCACIÓN
PÚBLICA
Y GRATUITA

I CONGRESO
LATINOAMERICANO

Universidad
Pública
y **feminismos**
contemporáneos

edulp

género

Universidad pública y feminismos contemporáneos

Diálogos entre ofensivas conservadoras
y resistencias insistentes

Universidad pública y feminismos contemporáneos

Diálogos entre ofensivas conservadoras
y resistencias insistentes

ANDREA VARELA Y VERÓNICA CRUZ
Coordinadoras



Cruz, Verónica

Universidad pública y feminismos contemporáneos : diálogos entre
ofensivas conservadoras y resistencias insistentes / Verónica Cruz ; An-
drea Varela. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2026.

Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6568-99-1

1. Estudios de Género. 2. Universidades Públicas. I. Varela, Andrea II.
Título

Universidad pública y feminismos contemporáneos
Diálogos entre ofensivas conservadoras y resistencias insistentes

Andrea Varela y Verónica Cruz
Coordinadoras

Foto de tapa: DCV Agustina Salles

Imágenes: Equipo de Comunicaciones de la Secretaría de Derechos Humanos y Políticas de Igualdad

Compilación y desgrabación: Catalina Cruz Ibarrola, Sofía Sanna y Teresita Rodríguez

Edición y corrección: Teresita Rodríguez

Colaboradoras: María Noelia López, Daiana Bruzone, Teresita Rodríguez y Catalina Cruz Ibarrola

Diseño: María Reboredo (Edulp)



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 644-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

ISBN 978-631-6568-99-1

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2026 - Edulp

Impreso en Argentina

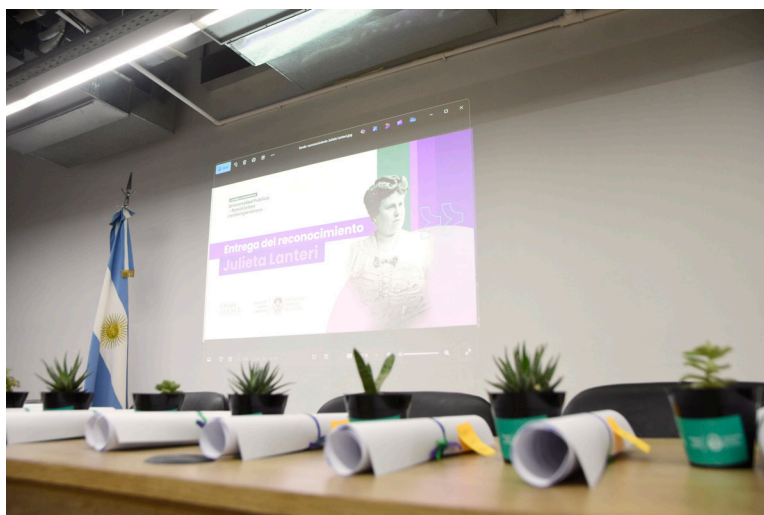
Índice

Prólogo	
<i>Andrea Varela</i>	9
Introducción	
<i>Verónica Cruz</i>	12
PRIMERA PARTE: CONVERSATORIOS	15
Conversatorio: Universidad pública y procesos de democratización	18
Feminismos, universidad y resistencias frente a la ofensiva conservadora	
<i>Dora Barrancos</i>	19
Autoritarismo, justicia de género y universidad pública	
<i>Beatriz Gentile</i>	26
Universidad y reconstrucción del lazo social	
<i>Ana Julia Ramírez</i>	33
Neoliberalismo y subjetividades en la educación superior	
<i>Viviana Seoane</i>	39
Universidad, democracia y disputa por los derechos	
<i>Valentina Castro</i>	49
Conversatorio: Discursos de odio, pedagogías y cultura en tiempos de crueldad	54
La universidad feminista en la era digital: hacia un futuro alternativo	
<i>Anita Fuentes</i>	55

La construcción mediática del odio contra las mujeres en la vida pública <i>Ayelén Sidun</i>	76
Discursos de odio, militancia y afectos en la Argentina contemporánea <i>Julia Eva Saggini</i>	80
Feminismos en disputa: estrategias frente al antifeminismo <i>Sol Despeinada</i>	85
Discursos de odio, pedagogías y culturas en tiempos de crueldad <i>Valeria Di Croce</i>	91
Contra la crueldad, más feminismo <i>Josefina Bolis</i>	98
SEGUNDA PARTE: FOROS Y RONDAS	100
Los gestos menores de la praxis feminista: derivas entre la universidad y la militancia en defensa de la ESI <i>Valeria Sardi</i>	103
Agendas feministas y participación política en la región <i>Inés Iglesias, Amanda Atenea Lozina y Candela Luquet</i>	113
Hilando trayectorias: posgrado e investigación con perspectiva de género <i>M. Aurelia Di Berardino y Ana E. Lamarche</i>	118
Sobre las autoras	130



Apertura institucional Congreso Feminismos Contemporáneos y Universidad Pública, Centro de Convenciones Sergio Karakachoff (3 de julio de 2025).



Acto Institucional de Entrega del Reconocimiento "Julieta Lanteri",
Centro de Convenciones Sergio Karakachoff (3 de julio de 2025).

Prólogo

Andrea Varela

Presentamos *Universidad pública y feminismos contemporáneos: Diálogos entre ofensivas conservadoras y resistencias insistentes*, un texto polisémico que funciona como muestra de nuestros procesos de lucha por la transversalización de la perspectiva feminista en las universidades públicas argentinas, que son también nuestras luchas por la justicia social y la emancipación del conocimiento. Se trata de diálogos y reflexiones producidas en un contexto hostil, para los feminismos y las universidades, en particular; así como para la vida democrática, la educación y la ciencia, en general.

Con la asunción del gobierno de Javier Milei comenzó una etapa de desmantelamiento del Estado y precarización de lo público. En cuanto a las universidades, la caída presupuestaria real es del 45,6% entre diciembre de 2023 y marzo de 2026, una reducción de recursos sin precedentes, periodo en la que la UNLP ha estado entre las principales afectadas. El poder adquisitivo de los sueldos cayó casi el 35% y ya abandonaron las universidades argentinas más de 10.000 docentes, entre 10 y 12 por día (según los datos del Consejo Interuniversitario Nacional, CIN).

La situación es igualmente angustiante para la ciencia, 2025 fue el año con menor inversión científica en el país desde que se inició la serie de medición, en 1972. La emergencia llevó a la comunidad universitaria a promover la Ley de Financiamiento Universitario N° 27.795, que fue sancionada, vetada y luego ratificada por amplias mayorías en ambas cámaras del Congreso; pero el gobierno no cumple

la Ley, ni acata los fallos de la Justicia que ordenan su cumplimiento inmediato.

Con relación a las mujeres y las diversidades, se cerró el Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad, y se clausuraron o desfinanciaron todas las políticas de cuidados, de prevención y abordaje de las violencias por razones de género, de educación y salud sexual y reproductiva, entre otras. El recorte presupuestario en esta materia supera el 94%, según datos oficiales. Mientras se declama que los feminismos son enemigos principales en la batalla cultural, se promueven el odio y las violencias contra las mujeres y diversidades y se discrimina abiertamente por identidad de género, orientación sexual e ideología política.

Como lo señalan varios artículos de este libro, el odio y las violencias política y de género no son mecanismos novedosos en nuestro país, así como tampoco el liderazgo de las mujeres en la lucha contra los poderes concentrados económicos y mediáticos. Hace más de setenta años estos poderes, siempre conducidos por varones, descargaban su violencia contra la figura de Eva Perón; luego, contra las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo; y hoy, en medio de una reacción neoconservadora mundial, vuelven a arremeter, esta vez con el ataque a Cristina Fernández de Kirchner, pretendiendo, así, decidir el alcance de la democracia argentina.

Por todo esto, no podemos hablar de feminismos contemporáneos sin asumir estas marcas del presente; tampoco podemos situarnos en la Universidad Pública, laica, gratuita y feminista, sin decir que estamos en una Argentina en la que las mujeres y las diversidades vivimos un feroz intento de disciplinamiento político y de género: la proscripción e inhumana prisión a la que es sometida la mujer que lideró los últimos gobiernos que ampliaron derechos —una graduada y distinguida como Doctora Honoris Causa de nuestra Universidad de La Plata— es la muestra más cabal de este odio viejo, que recruce con enorme fuerza adherido a la propaladora de violencias que constituye el nuevo ecosistema mediático digital.

En la Universidad de La Plata, venimos recorriendo un largo camino en ese sentido que nos permite, por ejemplo, haber llegado a una distribución de género equilibrada del trabajo docente y no docente; sin embargo, nos falta mucho: cuando ascendemos en la pirámide de poder, la equidad en la distribución se desvanece. Los últimos datos disponibles revelan que en el Consejo Superior de la UNLP solo el 28 % de sus 72 miembros son mujeres y a nivel nacional, solo el 11 % de los rectorados de las casi 50 universidades nacionales están ocupados por mujeres, mientras que las mujeres ocupan el 71 % de los vicerrectorados y el 57 % de las secretarías académicas.

En este escenario, el de los feminismos universitarios frente a la destrucción del Estado de derecho, planteamos estas reflexiones, que se abren paso entre crueldades para visualizar el futuro. Más allá y más acá del reconocimiento de la propia subalternidad, e incluso de las experiencias comunes de resistencia a la etapa actual del tecnocapitalismo colonial y patriarcal; compartimos voces que buscan ser herramientas, palabras claves para la construcción de una patria más justa, más libre y soberana, en la que la Universidad Pública está convocada a ser protagonista. Proponemos, así, este intercambio, como plataforma académica, política y cultural, desde donde pensar nuevos horizontes en los que la Universidad asume un compromiso social con la transformación profunda de las relaciones de género, de saber y de poder.

Introducción

Verónica Cruz

Este libro sintetiza y comunica conversaciones y debates desarrollados en el marco del Primer Congreso Latinoamericano denominado “Universidad Pública y Feminismos Contemporáneos”, organizado por la Universidad Nacional de La Plata los días 3 y 4 de julio de 2025, en ocasión de conmemorar sus 120 años. Durante esas jornadas participamos de conversatorios, foros y rondas de diálogo feminista, movilizadas por el deseo de pensar el tiempo presente desde sus anudamientos con el pasado reciente, reconociendo la profunda crisis que nos atraviesa.

Vivimos uno de los escenarios más complejos desde la recuperación democrática, en un contexto signado por el ajuste estructural, la desfinanciación de las políticas públicas y el avance de discursos autoritarios que erosionan los consensos democráticos construidos durante décadas. Las instituciones públicas, y particularmente la universidad pública, se vuelven nuevamente un territorio de disputa material y simbólica, donde se despliegan múltiples experiencias de resistencia, reconstrucción del lazo social y producción crítica de conocimientos frente a procesos de mercantilización y precarización de la vida.

Las transformaciones contemporáneas provocadas por el avance de políticas neoliberales impulsadas por sectores de extrema derecha profundizan las desigualdades y violencias, habilitando la circulación creciente de discursos de odio y antifeministas que permean la edu-

cación superior y trastocan los sentidos que la definen como un derecho humano y un bien público y social.

Tal como se expone a lo largo de este libro, la proliferación de discursos de odio en medios de comunicación, redes sociales y ámbitos políticos no solo produce estigmatización hacia mujeres y diversidades, sino que también promueve formas de violencia simbólica que erosionan los vínculos sociales y la propia convivencia democrática.

En este contexto, los diálogos compartidos en el Congreso que forman parte de este libro recuperan la centralidad de los feminismos en los procesos de democratización de la vida social, política y académica, a partir de intervenciones teóricas, militantes e institucionales que ponen en tensión las estructuras patriarcales y androcéntricas que históricamente organizaron el conocimiento y las dinámicas institucionales, visibilizando desigualdades de género naturalizadas. Son expresión de estas contribuciones la incorporación gradual de perspectivas de género en los programas de estudio, el desarrollo de investigaciones situadas, la creación de protocolos de actuación frente a las violencias, la educación sexual, entre otras acciones que aportan a la construcción de instituciones más inclusivas, democráticas e igualitarias, con otras sensibilidades políticas.

En tiempos de crueldad y fragmentación social, construir entramados relacionales desde lógicas de cuidado y acompañamiento que sostengan horizontes democráticos es un imperativo ético para la universidad pública. Necesitamos fortalecer nuestra caja de herramientas y nuestra imaginación política para reflexionar e intervenir de manera situada en la construcción de nuevas formas de convivencia social, sin autoritarismos, conservadurismos ni violencias.

En este sentido, es fundamental para una universidad pública comprometida con las problemáticas de su tiempo promover y desarrollar una reflexión crítica sobre quiénes producen saber, desde qué experiencias y para quiénes, recreando una praxis feminista que continúe abriendo preguntas sobre las relaciones entre saber y poder,

sobre las pretendidas neutralidades del conocimiento académico y sobre las lógicas que lo rigen.

Los intercambios que tuvieron lugar en este Congreso y que en esta obra compartimos son un aporte a la reflexión colectiva en el sentido antes mencionado. Los mismos son organizados en ejes temáticos que aluden a: la relación entre la universidad pública y los procesos de democratización a partir de las reflexiones de Dora Barrancos, Beatriz Gentile, Ana Julia Ramírez, Viviana Seoane y Valentina Castro; los discursos de odio, pedagogías y culturas en tiempos de crueldad, desde las reflexiones de Anita Fuentes, Ayelén Sidun, Julia Eva Saggini, Sol Despeinada, Valeria Di Croce y Josefina Bolis. El último apartado del libro sintetiza conversaciones realizadas en rondas y foros en las que Valeria Sardi reflexiona sobre la ESI; Inés Iglesias, Candela Luquet y Amanda Lozina conversan acerca de la praxis y las agendas feministas en los territorios; y Aurelia Di Berardino y Ana Lamarche dialogan anudando reflexiones acerca de los desafíos de construir trayectorias de posgrado e investigación con perspectiva de género.

Finalmente, invitamos a leer este libro como ejercicio de mirar el presente con incomodidad e incertidumbre, pero también con la esperanza que las autoras transmiten no solo desde sus conocimientos, sino desde sus preguntas, que tensan consensos y sostienen apuestas colectivas desde un pensar-hacer-sentir crítico y comprometido con la construcción de lo común. Es una producción que, desde la universidad pública, reúne voces que dan cuenta de cómo la praxis feminista constituye una herramienta para comprender e intervenir en el presente, imaginando otros futuros posibles desde la potencia y la colectivización del *deseo de transformarlo todo*, parafraseando a Verónica Gago. Que así sea.

PRIMERA PARTE: CONVERSATORIOS



Conversatorio “Universidad pública y procesos de democratización. Debates y apuestas feministas”, Centro de Convenciones Sergio Karakachoff (3 de julio de 2025).



Conversatorio “Discursos de odio, pedagogías y culturas en tiempos de crueldad”, Centro de Convenciones Sergio Karakachoff (4 de julio de 2025).

**CONVERSATORIO: UNIVERSIDAD
PÚBLICA Y PROCESOS DE
DEMOCRATIZACIÓN**

Feminismos, universidad y resistencias frente a la ofensiva conservadora

Dora Barrancos

Primer momento

Muy buenos días a todas, todos y todes. Es un gusto enorme estar en nuestra casa, la Universidad Nacional de La Plata, que está cumpliendo sus primeros 120 años de vida. No puedo dejar de decirles que me siento muy feliz. He sido muchas veces honrada aquí, particularmente con el Doctorado Honoris Causa, así que me siento parte de esta dichosa cruzada.

Quiero destacar, además, que La Plata es la cuna de la primera revista feminista argentina, *Nosotras*. En 1902, María Vera Ramírez y su notable grupo dieron origen a esta publicación. Hace unos meses realicé un trabajo, a pedido de una excelente coordinación, sobre la historia del laicismo en la Argentina. En ese marco me ocupé de rastrear la presencia del laicismo en las primeras gestas feministas argentinas, buceando precisamente en la revista *Nosotras*, donde se observan con claridad no solo nociones antipatriarcales propias de la época, sino también un fuerte carácter antieclesiástico.

Son muchísimos los temas para abordar, y seis minutos apenas alcanzan para una pincelada. Pero no puedo dejar de señalar que estamos atravesando una circunstancia bastante inédita después de la feroz dictadura militar. Y digo inédita porque, aunque estaba en el pronóstico, recuerdo perfectamente que a lo largo de la campaña de 2019 advertíamos: “la motosierra no es una metáfora”. Y cada vez

que lo decía pensaba en el uso brutal y criminal de la motosierra por parte de grupos paramilitares en Colombia, que la utilizaban para descuartizar personas.

Por lo tanto, no nos sorprende, pero al mismo tiempo nos sorprende. Hemos pasado rápidamente del razonamiento a la indignación, y ahora necesitamos elaborar modos fecundos y eficaces para dar vuelta esta crueldad que nos gobierna.

Las repercusiones de esta regresión de derechos alcanzan particularmente al terreno donde se construye con mayor eficacia la figura del enemigo. Y ese “enemigo” está diversificado, pero hay una clara nucleación en torno a los feminismos, a las personas y colectivos de identidades sexo-genéricas diversas. Este programa no es aislado: en algunos países se ha inscripto, incluso, en las propias constituciones, como en el caso de Hungría.

Hungría es paradigmática: allí se ha definido con claridad quién es el enemigo a desterrar. Se trata de poblaciones inmigrantes y de poblaciones sexo-genéricas diversas (incluyendo a varones), así como son campo enemigo las manifestaciones públicas a favor de estas poblaciones o de los feminismos. Todo esto ha sido tipificado en términos penales. El Código Penal húngaro incluye medidas específicas contra quienes protegen a las personas migrantes. Además, la nueva Constitución legitima la diferenciación salarial entre varones y mujeres: está legalizado que los salarios no sean iguales. Lo trágico es que Orbán ha llegado varias veces a ser primer ministro con un voto popular abundante, no menguado.

Frente a esto, me gustaría señalar que la universidad tiene mucho que hacer. Recordemos que desde 1991 comenzaron a imponerse en nuestras universidades los primeros programas y luego centros dedicados a la mujer; más tarde, a las mujeres, y después al género. Tal es la deriva que debemos recuperar y fortalecer.

Es cierto que una vez una queridísima feminista y gran teórica, Rosi Braidotti, hacia mediados o fines de los noventa, señalaba que todavía había bastante disuasión respecto del uso del término “géne-

ro”. A las españolas les costó bastante incorporarlo, y a las italianas otro tanto: preferían hablar de “diferencia sexual”. Eso ha cambiado mucho.

En Argentina, Braidotti nos visitó y tuvimos el gusto de tratarla. Para quienes quieran acercarse más a su obra, recomiendo especialmente *Sujetos nómades* (2000 [1994]), un texto precioso entre tantos otros. Ella ha sido una gran divulgadora, muy creativa desde el punto de vista del feminismo. Su planteo es que estamos en situación de deriva, de apertura. Y, en ese marco, señalaba cómo nos habíamos asimilado al término “género”.

En algún momento dijo algo así como: “Bueno, puede ser una treta”. Y lo fue, porque con “género” no asustábamos tanto a nadie. Las resistencias al feminismo no provenían solo de los sectores reaccionarios —con los que estábamos acostumbradas a lidiar—, sino también de colegas que tenían muchísimos reparos frente a nuestras luchas. Por eso fuimos por “género”: nos parecía lo más adecuado, una especie de cartografía menos ofensiva que “feminismo”, palabra que a más de un colega le provocaba una sonrisa sarcástica o condescendiente. Con “género”, en cambio, logramos avanzar.

Nuestra universidad se ha ido transformando, no se ha convertido en una universidad feminista, pero sí en una universidad porosa, abierta, en la que hemos visto incluso a representantes muy duros del patriarcado flexibilizar posiciones.

Voy a cerrar diciendo que, una vez que la universidad asume un compromiso, ese compromiso es histórico: cuesta mucho desprenderse de él. Norberto Bobbio —que no era precisamente feminista— decía que la lucha de las mujeres es una lucha justa. Y eso, hoy, está completamente amenazado: la idea misma de justicia elemental. En este socavón en que nos ponen las extremas derechas, todo lo que hace a la dignidad humana está en riesgo, quizás más que en cualquier otro momento desde la dictadura genocida.

Lamento decir que algunas conductas actuales, sobre todo en la integralidad con la que actúan el Poder Ejecutivo y el Poder Judicial

como un comando unificado, son de carácter profundamente autoritario. Por lo tanto, la universidad tiene hoy la responsabilidad de redoblar esfuerzos y consolidarse como un espacio extraordinario de resistencia antipatriarcal.

Segundo momento

Hay que conmemorar que esta querida universidad haya fusionado tan intensamente los sentidos, propiciando al feminismo como articulador central de este encuentro.

Primero, la transversalización es, creo yo, una de las cuestiones más antiguas procuradas por todas las teorías y derivados políticos del feminismo. Es como un pergamino y una utopía que circulan desde siempre. Ahora bien, para transversalizar hay que tener qué transversalizar, de lo contrario no hay posibilidades de avanzar en esa dirección. Entonces, una se pregunta: ¿cómo han arraigado nuestros presupuestos en las ciencias sociales y humanas? Hagamos el recuento.

Es fácil señalar a las ciencias mal llamadas “exactas”, o todavía peor, “duras”. Un querido amigo, gran biólogo ya fallecido, solía decir —aunque a veces se atribuye erróneamente a mí— que en realidad todas las ciencias son “al dente”. No hay exactitud. Ya contamos con un nuevo programa epistémico, distinto de la “ciencia normal” del siglo XIX.

De hecho, existe una gran dificultad historiográfica para situar a la historia de la ciencia. Aquí me adhiero mucho a la tradición de la epistemología francesa, en el sentido de que no hay simplemente “antecedentes” de las ciencias, sino rupturas hasta llegar a la invención de la ciencia moderna, entre fines del siglo XVIII y el XIX. Esa ciencia al uso fue una invención de alta racionalidad, aunque sus intérpretes no siempre fueran tan racionales como se cree: un verdadero oxímoron.

Hay un trabajo muy bello que muestra cómo los científicos —en su mayoría varones, ya que las mujeres fueron arrojadas fuera del perímetro universitario— nunca dejaron de creer en Dios. Darwin,

por ejemplo: hijo y nieto de presbíteros, no podía permitirse descreer abiertamente. Lo que ocurrió es que Dios fue suspendido de la lógica de la producción científica, sobre todo de la comunicación. Secretamente, cualquiera podía decir: “Qué suerte, Dios me ha ayudado mucho hoy”. Pero eso ya no se podía trasladar a los sintagmas sincronizados de la racionalidad científica.

Dije todo esto para señalar: “Miren, hemos hecho mucho, pero todavía estamos en los primeros peldaños para conseguir unas epistémicas formidables, todas volcadas hacia un sacudón profundo del mundo, como el que efectivamente ocurrió del siglo XVII al XIX”. ¿Saben por qué? Porque en realidad aún no hemos deconstruido los paradigmas de las logicidades heredadas.

Voy a dar ejemplos propios. En Historia: ¿cuánta producción y, sobre todo, formación traduce el significado inicial de la primera desigualdad que conoció el *Homo sapiens sapiens*? La condición de género. Esa es la primera. ¿Cuánta historiografía vuelve sobre esto? Muy poca. Cuando se incorpora a las mujeres o a los pueblos indígenas, cada vez más, suelen ser tratados como datos de indexación, que aumentan la información, pero no constituyen aún un eje central. Ni siquiera en la sociología, o en las ciencias sociales en general, el género se ubica como un paradigma fundamental de análisis de las relaciones sociales.

En el caso del Derecho: siempre he dicho que este se enseña con escasa o nula historia. Y aquí debe haber muchas personas formadas en esta gran escuela de Derecho de La Plata. Si les pregunto: ¿cuánta historia se transmite en Derecho? Casi nada. Puedo estar equivocada, pero a ojo de buen juicio diría que se habla muy poco de historia nacional, americana o argentina del Derecho. ¿Alguien sabe qué pasó con la Constitución de 1949? ¿Se evaporó?

Y menos aún se trabaja lo que considero la única rama histórica aún presente en el derecho: el derecho romano. Algo de derecho romano se estudia, pero no puede entenderse sin su logicidad de género. Porque fue construido desde una estructura absolutamente

patriarcal, donde la supervivencia de una niña dependía exclusivamente de una decisión patriarcal. No se puede entender la sucesión ni otros institutos jurídicos sin considerar ese núcleo. Y hablo del derecho romano clásico, no del imperial, apenas sacudido, que incluso asustaba a los bárbaros. Hay un trabajo muy bello producido en la Universidad Jaume I hace poco que muestra cómo algunos contemporáneos señalaban el impacto que generaba en los pueblos bárbaros la sobredimensión del patriarca romano.

En Medicina: ¿cuánto género atraviesa la enseñanza médica corriente? Muy poco. Aparece un sujeto femenino de vez en cuando, casi siempre por su condición reproductiva, en la ginecología.

Entonces, ¿qué vamos a transversalizar?

Y por último, algo tan tremendo como provocador. En Biología: ¿Cuándo la biología va a transformar sus bases normativas, edificantes y moralistas? ¿Cuándo va a convencerse de lo que vienen mostrando colegas muy inteligentes desde la neurociencia feminista? Esa neurociencia está dando vuelta un dogma: no existe el cerebro femenino ni el cerebro masculino. Simplemente no existen.

Hay un trabajo muy reciente de Lu Ciccía, *La invención de los sexos* (2022), al que también en la Argentina se le agregan otras neurocientistas que discuten con los referentes de la neurociencia dominante, que se ha atribuido múltiples descubrimientos. Y, permítanme decirlo, estamos también en un crepúsculo de las ciencias, paralelo al crepúsculo neofascista. ¿Se imaginaban algo así? Estados Unidos contra las ciencias: Trump contra las ciencias, su ministro de salud antivacunas... Ni hablemos de lo que ocurre en la Argentina. Ustedes saben que se desea un programa para el CONICET en el que no podrán estudiarse determinadas cuestiones. Sin embargo, el terraplanismo será objeto de estudio y seguramente también el negacionismo de los dinosaurios. Y desde luego anhelan el sepultamiento de cual-

quier perspectiva de género, que será celebrado como la más esotérica de las novedades que vendrán con la extrema derecha.

En suma, quiero decirles: sí, vamos a trabajar por la transversalidad, construyendo comunidades científicas amplias. No les pedimos que sean feministas; les pedimos que sean lógicos, que sean audaces, que sean creativos y, sobre todo, que no usen esas tremendas antiparras que les impiden ver lo que para nosotras, las feministas, es, como dicen en Brasil, obvio y ululante.

Autoritarismo, justicia de género y universidad pública

Beatriz Gentile

Primer momento

A mí me parece que las preguntas que nos propusieron fueron disparadores muy interesantes. Organicé mi intervención alrededor de tres afirmaciones que, por supuesto, pueden ser discutidas.

La primera: no se pacta con el autoritarismo. El autoritarismo no se pacta. ¿En qué sentido lo digo? Como diagnóstico rápido: estamos en un momento de enorme fragilidad. Fragilidad económica, fragilidad política, fragilidad institucional.

De la fragilidad económica no voy a hablar demasiado, porque es la que se discute todo el tiempo. Pero justamente, en esa sobre-dimensión de lo económico, estamos abandonando cada vez más el lenguaje de lo político y de lo institucional.

La fragilidad institucional, en cambio, se evidencia cuando las propias normas y quienes deberían garantizarlas empiezan a perder valor y sentido. Hoy prácticamente se gobierna por DNU, por vetos. El gobierno actual está convencido de que puede sostener la gobernabilidad sin Congreso y con una Corte Suprema reducida. Eso nos lleva a naturalizar una gobernanza que debilita las bases mismas de la democracia. En la dictadura hablábamos de una sociedad que se autopatrullaba, que se autocensuraba. Hoy pareciera que, de otro modo, nos autolimitamos: aceptamos que el Congreso no funcione, que no

haya comisiones, que prime el grito, que un mismo diputado vote una ley y también su veto. Esa es la fragilidad institucional.

La fragilidad política, por su parte, nos sitúa en un contexto donde las políticas públicas implican retrocesos y pérdida de derechos. Lo vemos en relación con las diversidades, los pueblos originarios, los movimientos feministas, con la población en general. Todo esto va en desmedro de conquistas históricas, de aquel pacto democrático de 1983. Yo siempre digo: en el 83 no solo salimos de la dictadura; en el 83 las y los argentinos recuperamos, casi que fundamos, la democracia.

Porque si miramos el siglo XX, vemos que vivimos ochenta años bajo regímenes autoritarios, con tres constantes: proscripciones políticas, fraude electoral y golpes militares. Apenas el último cuarto del siglo tuvimos democracia plena. Por eso digo que el pacto del 83 fue mucho más que una salida de la dictadura: fue un compromiso colectivo. Dijimos: no volvemos al fraude, no volvemos a la proscripción, aunque no nos guste quién gane, sostenemos las elecciones. Y eso, justamente eso, es lo que hoy está en riesgo.

Por lo tanto, en este contexto, cuando decimos que no se puede naturalizar este ejercicio político y de fragilidad institucional, también decimos que no podemos pactar con el autoritarismo. Porque, ni bien se pacte con estas formas, estamos matando la democracia. La democracia no la mata solo un golpe militar. Las democracias mueren, agonizan y lo hacen acá, entre nosotros. Agonizan cuando una comunidad empieza a aceptar que se puede llevar presa a una piba por poner un pasacalle. Agonizan cuando una sociedad naturaliza que está bien que la “chorra” vaya presa, aunque no haya pruebas, aunque no haya hecho nada. Aunque no me guste, aunque no esté de acuerdo, eso forma parte de la agonía democrática. Ese, me parece, es uno de los puntos.

Los otros dos puntos, que también son consignas y que podemos dejar para otra ronda, son los siguientes. El segundo: la justicia de género es una dimensión fundamental de la justicia social. Por lo tanto, cuando renunciamos a pensar un horizonte de país con jus-

ticia social, también renunciamos a pensar en la justicia de género. Dentro de la justicia social, nosotras, como movimiento de mujeres, logramos instalar —porque hubo que instalarlo— la discusión de que la justicia de género constituye una dimensión fundamental de un horizonte posible de país. Y acá, como decían Andrea y Verónica en la presentación, tenemos números que empíricamente demuestran este contexto de desigualdad.

El tercer punto —y este le va a gustar más a Dora, porque es más de reflexión filosófico-histórica— es que las mujeres tenemos que dejar de ser episódicas. ¿Qué quiere decir esto? Cuando Gramsci hablaba de los sujetos subalternos, decía que siempre aparecían en la historia de manera episódica, nunca como parte de la trama principal. La continuidad de la historia, según los relatos dominantes, estaba hecha por los grandes y valientes hombres: el burgués, el padre de la patria, el revolucionario francés, el filósofo, el inventor.

Entonces, decía Gramsci: todas las revueltas de esclavos, los motines de hambre, todos los episodios vinculados a la pobreza y la marginalidad eran eventos de la historia, pero no formaban parte de la trama central. La historia, su continuidad, la construían otros.

Yo creo que, en nuestro caso, cuando se dice que “las mujeres entraron en la historia”, en realidad no se trata de entrar. Se trata de dejar de ser episódicas. Dejar de aparecer solo como momentos que explican una coyuntura, pero que no garantizan continuidad.

A mí me parece que, en ese sentido, la enorme trayectoria del movimiento de mujeres —no solo en el campo intelectual y académico, del cual tenemos aquí, creo yo, a la referente más importante en la Argentina [señala a Dora Barrancos], sino también en el campo de la política— empieza a constituirse como un punto en el cual la propia trama política e histórica se enlaza con la emergencia y conquista de derechos, de voces y de acciones. También con la recuperación de voces y de territorios. Y el territorio no es solo el lugar donde vivimos: el territorio es cultural, es emocional, es múltiple, y nos involucra como parte central de esa trama.

Creo que podemos pensar estas cuestiones a partir de estos elementos. Y, en esta ronda de preguntas, me parece que lo que podemos llevarnos es la idea de que no pactamos con el autoritarismo. Ese es un reaseguro desde el cual tenemos que empezar a pensarnos.

Segundo momento

Bueno, cuando pensamos en esta idea de cómo construir universidades en estos términos, según los datos del INDEC de 2023 y 2024, el índice de desocupación entre jóvenes de 14 a 29 años mostró que, en las mujeres, creció del 13% al 16,5%, mientras que en los varones pasó del 12,1% al 13,5%. Sin duda, la desocupación en mujeres, en un solo año, superó ampliamente a la de los varones. Además, la población que más sufre la desocupación son mujeres y jóvenes. Y mujeres y jóvenes constituyen la población de las universidades. Por eso, ninguna universidad o conducción puede soslayar este dato.

Nuestra población activa fundamental está compuesta por esos dos sectores que, justamente, son más violentados, fragilizados y vulnerables en el contexto de políticas públicas antiderechos o que, económicamente, no se pueden sostener. Ese es el primer punto de partida que cualquier decano, decana, director de departamento, rector o rectora debería tener en cuenta cuando tiene en sus manos el escaso presupuesto universitario.

Cuando pensamos en carreras nuevas o en títulos intermedios, solemos enfrascarnos en discusiones —si esto desvirtúa la lógica de la carrera, si afecta la esencia, etcétera— en enormes consejos superiores o espacios disciplinares. Pero en realidad debemos pensarlo en función de este contexto. Y lo traigo porque estoy convencida de que la universidad es la última institución del Estado de bienestar que permanece firme. Antes, con un Estado de bienestar robusto, había hospitales públicos, escuelas, jardines, rutas, obra pública. En ese marco, la universidad quedaba entre esas instituciones. Hoy, en

cambio, emerge como la última que todavía puede —no digo que lo garantice, pero al menos lo pretende— que el punto de partida sea el mismo para todos.

Que un estudiante que vive en una villa, un hijo de crianceros en el interior o una hija de padres universitarios de clase media reciban clases del mismo profesor de física, de historia, de filosofía o de matemáticas. Eso me resulta fundamental para pensar las políticas universitarias. Lo digo como rectora y en cada discusión con decanos y decanas. Diplomaturas, posgrados, extensión: todo eso hay que pensarlo, pero siempre teniendo en cuenta nuestra población y sus condiciones.

Esto implica cruzar la dimensión de género con la dimensión de clase. En universidades como la mía, que se extiende entre Río Negro y Neuquén, la cuestión no es la masividad, sino la extensión y la baja densidad demográfica. Nuestra universidad cubre un territorio de 1.200 km: sería como tener una facultad en La Plata, otra en Córdoba y otra en Mendoza. En este contexto, no podemos esperar que los y las jóvenes lleguen a la universidad, porque no pueden pagar un alquiler a 400 km de distancia, como en otro momento de la Argentina. Hoy es la universidad la que tiene que salir al territorio.

Y cuando lo hace, no puede llevar el paquete tradicional de carreras. Tiene que proponer una oferta que haga posible que esos jóvenes estudien. En el norte neuquino, por ejemplo, una zona de economía de trashumancia, recién ahora estamos pudiendo abrir carreras gracias a un acuerdo con el gobierno de la provincia, porque la nación no está presente. Allí abrimos Ingeniería en Agrimensura, con título intermedio en topógrafo, y algunas tecnicaturas vinculadas a la explotación hidrocarburífera.

Pensamos en una población inicial de 150 estudiantes y, sin embargo, terminaron inscribiéndose más de 700 estudiantes, de los cuales el 70% son mujeres. Lo hicieron, fundamentalmente, en carreras que tienen una impronta tradicionalmente masculina: hidrocarburos, ingenierías, topografía. Esta experiencia nos obliga a reflexionar. Yo no sé cuántos se inscriben porque realmente les interesa la carrera

en sí; lo que buscan es la universidad. Lo que les interesa es tener una puerta, una llave para salir de trabajos precarios. Lo que buscan es otro horizonte posible.

Entonces, si ya no estamos en la universidad de los años 60 o 70, sino en una institución que cubre otros escenarios y que se piensa como construcción colectiva en estos territorios, debemos repensar la universidad y la transversalización de las perspectivas de género y de justicia social desde este lugar.

Por eso digo que cada paso que damos tiene un valor político enorme. En el inicio hablábamos de no pactar con el autoritarismo: cada concesión en ese sentido borra el sentido de pertenencia. En nuestras universidades y en nuestras aulas tenemos que volver a darle densidad a conceptos que han perdido valor en la disputa cultural actual. Como se señalaba recién, pareciera que hablar de justicia social está pasado de moda, pero cuando decimos que la justicia de género es una dimensión fundamental de la justicia social, no hacemos más que reivindicar la base misma de la universidad pública argentina.

Necesitamos volver a poner en circulación palabras como desigualdad, equidad, justicia social. Nuestro discurso se ha ido debilitando. Tanto defendernos, tanto explicar lo que hicimos, nos deja sin margen para construir. Los historiadores sabemos que no se puede vivir permanentemente en la explicación del pasado: es insoportable. Lo que necesitamos es recuperar el lenguaje que esta hegemonía cultural nos viene arrebatando, y animarnos a volver a hablar desde esos lugares.

Porque, si no lo hacemos, corremos un riesgo enorme: el de volver episódicas nuestras conquistas. Y si los avances históricos se reducen a episodios aislados, terminan desapareciendo. Hoy al campo popular le falta una narrativa de futuro. Tenemos narrativa de presente, pero no estamos construyendo una proyección de futuro.

En América Latina hubo un momento único en la primera década del siglo XXI: tres coincidencias históricas que no se habían dado nunca. Dos presidentes de origen obrero, Lula y Maduro; tres mujeres presidentas Cristina Fernández de Kirchner, Michelle Bachelet

y Dilma Rousseff; y un presidente de origen indígena, Evo Morales. Clase, género y etnia articularon, por primera vez, los sectores históricamente subalternos de nuestra región en la máxima jefatura de los Estados. Ese momento fue, para mí, el punto de mayor recuperación histórica de América Latina en el siglo XXI.

No es casual que tanto el gobierno de Macri como el actual busquen borrar esa década, reducirla a un episodio olvidable. Porque, si queda como un episodio, desaparece de la memoria y del horizonte. Por eso, creo que tenemos mucho para decir en la construcción de una narrativa de futuro. Y estoy convencida de que estas jornadas van a contribuir a ese desafío.

Universidad y reconstrucción del lazo social

Ana Julia Ramírez

Primer momento

Bueno, ¿qué tal?, ¿cómo están? Muchas gracias por invitarme a esta mesa tan interesante, a este conversatorio, como les decía a algunas de mis compañeras al principio.

No pensé algo puntual para decir en estos ocho minutos, sino más bien quería ir sumando ideas en una conversación colectiva, que me parece que es justamente la intención: armar en función de preocupaciones y diagnósticos que son absolutamente compartidos. No voy a profundizar demasiado en algunos puntos porque ya fueron dichos, pero sí quisiera sumar preocupaciones y vínculos en este primer momento que nos propone el congreso.

Retomo, por ejemplo, lo que decía Dora: “Pasamos del azoramiento a la indignación”. Y lo que planteaba Beatriz: “Pasar a la organización esperanzada”. Entonces, ¿en qué momento estamos?

Yo me ubico —y me interesa marcarlo— desde un lugar de la confusión, de ciertas incertidumbres, de dudas atravesadas por las urgencias terribles que nos impone la situación actual. No sé si tenemos claro cómo definir este momento en clave estructural.

Tal vez mi formación profesional me sesga un poco. Soy historiadora, como Beatriz, y he trabajado sobre transiciones. No sé si estamos frente a una transición profunda y estructural, pero es una pregunta que me hago. Porque me interesa pensar y poner sobre la mesa una cuestión que vincula la historia de los movimientos feministas en

la Argentina, la historia de los movimientos de derechos humanos y, también, el rol de la universidad.

Me parece que hay un cambio en las subjetividades, en la forma en que se construyen, que tiene que ver con transformaciones tecnológicas y estructurales en los modos de trabajo. Es un cambio muy poderoso, que está en la base de una fuerte desarticulación entre los sentidos sociales y las luchas políticas. Ahí es donde considero que la universidad tiene un rol central: articular permanentemente con las demandas, las urgencias y las necesidades de la lucha, pero también pensar en cuáles son las claves que van a permitir reorganizar un campo popular que hoy está, a mi entender, muy desorganizado.

¿Por qué hablo de subjetividades? Porque estamos en un mundo que tiende a la individuación. Estamos reconectados por la tecnología, pero al mismo tiempo profundamente aislados entre nosotros. El vínculo social está muy roto. Las lógicas de la representación política están debilitadas y fragmentadas.

En este punto, vuelvo a la historia de los feminismos y del movimiento de derechos humanos. La fuerza de estos movimientos tuvo que ver, en primer lugar, con historias largas, que en determinados momentos producen estallidos muy fuertes, articulaciones políticas que permiten avanzar en derechos. Sabemos también que esos momentos son resultado de años de trabajo, de esfuerzo y de articulaciones. ¿Cuándo se producen esas articulaciones? Cuando logran sostenerse y crecer en torno a consignas y demandas que se transversalizan, que atraviesan a una sociedad dividida por otras lógicas políticas y económicas, pero que encuentran ahí un punto común. Es una simplificación, pero me parece que ahí hay un aprendizaje.

A la salida de la dictadura, el movimiento de derechos humanos —complejo, diverso, plural, con discusiones internas— supo construir en torno a un eje transversal movilizador, que obligó a la política a hacerse cargo de determinados problemas. A partir de allí se inició un proceso de conquista de derechos en el plano legal. Ese es un aprendizaje interesante.

El vínculo entre la universidad, el movimiento feminista y la perspectiva de derechos hace que la universidad sea hoy un espacio clave para estos debates. Son espacios absolutamente necesarios para formular preguntas, repensarlas y seguir trabajando sobre ellas.

Por último, me preocupa el tema de los tiempos. No sé si tiene que ver con este momento que atravesamos, pero siento que los tiempos nos presionan. Y todos sabemos que existen distintos ritmos y tiempos: las cosas llevan procesos que no siempre coinciden.

Y los historiadores lo sabemos muy bien. Eso. Entonces, vuelvo a pensar en estos problemas que necesitamos articular: los tiempos, qué tiempos estamos viviendo, cómo definirlos bien para poder pensar las resistencias.

Sobre lo que sí tenemos certeza absoluta —como se dijo acá— es sobre los feminismos, ese matrimonio feliz y tensionado que tienen las universidades con los feminismos, y también sobre la propia historia de la universidad y la autonomía que todavía conservan. Son espacios que debemos resguardar y potenciar para construir formas distintas de seguir viviendo, que no son las que predominan hoy en el terreno de la discusión política o mediática.

La universidad es un espacio de reconstrucción de vínculos sociales: hacia el interior de las generaciones, hacia los territorios. No podemos caer en la lógica algorítmica de discutir solo en las redes sociales. Tenemos que generar otras dinámicas, al menos dentro de nuestras aulas y espacios. Pero también debemos reconocer que la comunicación con los jóvenes no es la misma que hace diez o quince años. Ellos nos interpelan con preguntas legítimas, para las cuales muchas veces no tenemos respuestas seguras. Y por eso necesitamos repensar.

Resguardar estos espacios, para mí, es fundamental. Resguardar la posibilidad de hablar de feminismos y de seguir construyendo práctica feminista desde las gestiones, desde la docencia, y de generar vínculos distintos a la violencia y la crueldad que se están imponiendo en la sociedad. Porque ahí está la pregunta: tenemos una sociedad que tolera estos niveles de crueldad sin pensarlos. Hay un sector muy

importante que no los reconoce como tales. Y me preocupa cómo dialogar con una juventud que, muchas veces, no interpreta estas situaciones como violencia y crueldad.

Segundo momento

Bueno, a ver, cómo promover y concretar la transversalización de la perspectiva de género en este contexto, qué formas trabajar en el aula. Pensar en este problema —la transversalización, esa palabra tan difícil pero tan interesante— remite a lo que decía antes: es una perspectiva que nos viene fuertemente desde el feminismo. En todo caso, se trata de generalizar esa dispersión rizomática de la perspectiva feminista en distintos ámbitos de la vida y, en particular, en la universidad, porque estamos hablando desde aquí.

Es interesante ver el proceso a través del cual la perspectiva feminista se fue introduciendo en las universidades. Llegó desde muchos lugares. Tal vez lo más reciente vino “desde arriba”, pero al principio fueron grupos de mujeres interesadas, académicas que, dentro de la universidad, empezaron a pensar desde esta perspectiva, a juntarse y a generar, en la medida de las posibilidades, espacios para discutir. En la facultad, por ejemplo, propusimos para el premio Julieta Lanteri al CINiG, que se constituyó en 2006 —ya hace casi veinte años— y que fue pionero a nivel nacional. Allí comenzó un proceso de expansión de las perspectivas feministas, especialmente desde las ciencias sociales. Ese proceso estuvo, por supuesto, vinculado al movimiento social, y fue creciendo hasta imponerse como una fuerza política. A mediados de la segunda década de este siglo adquirió mayor peso, en gran medida gracias al movimiento feminista, su articulación con el movimiento estudiantil y sus demandas. Desde entonces, las instituciones universitarias comenzamos a plantear esto como un eje central en la gestión.

Ese proceso potenció la promoción de políticas en clave de género y de transversalización. En el caso de una facultad vinculada a la educación, las humanidades y las ciencias sociales, el género atraviesa hoy los espacios de gestión, de organización administrativa y política, de formación, de investigación, de extensión, de producción de conocimiento y de la vida cotidiana. La preocupación por las desigualdades —y en particular la desigualdad de género— atraviesa todos esos ámbitos. Así, lo que comenzó en pequeños núcleos fue creciendo, articulando, expresándose políticamente y generando la necesidad de que las instituciones respondieran a esas demandas.

Las universidades y facultades hemos respondido reconociendo esas demandas, visibilizándolas y asumiendo los desafíos que implican. No quiero enumerar políticas concretas, pero la gestión con perspectiva de género implica asumir que todo está atravesado por esta clave. Y avanzar en contra de las desigualdades históricas y estructurales supone colocar esta mirada en todas las dimensiones: la formación, la investigación, la extensión, la gestión administrativa y burocrática, la convivencia cotidiana. Promover políticas en esta clave significa generar espacios más democráticos, igualitarios y libres de violencias.

Creo que hemos avanzado mucho en ese sentido. Y también que los liderazgos feministas —y los liderazgos en general— son fundamentales, porque las comunidades y colectivos que los sostienen toman estas cuestiones en serio y las ponen en juego todos los días.

Recuerdo que estudié en Estados Unidos entre 1999 y 2004. Yo no me formé con perspectiva de género en la Argentina. Al llegar allá me encontré con un espacio donde se hablaba de género y de raza más que de clase, y tuve cuatro años de profunda inmersión en lecturas feministas y teoría de género. Fue un proceso muy interesante de discusión y reacción. Cuando volví, empecé a dar clases de historia con perspectiva de género, que desafiaban la idea de una desigualdad natural, biológica, entre hombres y mujeres. Las conversaciones que tuve con estudiantes entre 2004 y 2007 fueron muy distintas a las actuales. En ese momento había que empezar por discutir la biolo-

gía. Hoy ya no se parte de ahí. Nuestros compañeros varones o bien comparten y se reconocen feministas, o bien se autolimitan, pero ya no reproducen abiertamente esos discursos. Y ninguna estudiante aceptaría en silencio que un profesor le diga que, por ser mujer, no puede ser tan brillante como su novio o sus amigos, como me dijo un profesor al recibirme.

Las instituciones deben sostener estas posibilidades a través de políticas concretas, porque democratizan e igualan los espacios universitarios. No digo que hayamos superado las diferencias, pero sí que estos logros están siendo atacados. Y lo son justamente porque el feminismo constituye una de las claves de igualdad social. La perspectiva de género es condición central de justicia social e igualdad. No es la única, pero sí una de las más importantes.

En ese sentido, hemos avanzado mucho en la transversalización dentro de las universidades, y debe seguir siendo una pelea permanente para que se mantenga en el centro de la construcción de sentido hacia una sociedad más igualitaria, justa y emancipadora. Hoy estamos en un momento en que esto está siendo fuertemente atacado, pero contamos con bases sólidas para que las universidades sigan siendo espacios desde donde profundizar procesos democratizadores que el feminismo ha permitido impulsar.

Neoliberalismo y subjetividades en la educación superior

Viviana Seoane

Primer momento

En primer lugar, quiero agradecer a Verónica Cruz y a todo el equipo de la Secretaría de Derechos Humanos de la Universidad Nacional de La Plata por invitarme a participar de este conversatorio. Me siento honrada de participar de este congreso y de este espacio.

Quiero sumarme a lo dicho hasta aquí por las compañeras, y condenar la proscripción de por vida de Cristina Fernández de Kirchner, producto de un juicio nulo carente de pruebas y plagado de irregularidades. También denunciar las violencias especialmente dirigidas a las mujeres, entre ellas periodistas como Julia Mengholini, y sobre todo pedir y reclamar en todos los espacios posibles la liberación de las compañeras presas por una contravención que no justifica la prisión preventiva. Me refiero a Alessia Abaigar, quien además presenta condiciones de salud que ponen en riesgo su vida, y Eva Mieri, compañeras presas simplemente por luchar y expresarse en forma contraria al gobierno y al régimen fascista que nos toca atravesar.

Tiempo atrás participé de un foro federal organizado por la Federación Nacional de Docentes Universitarios (CONADU), cuyo lema era “Por una universidad democrática, popular y feminista”. Y me pregunto si hemos conversado o reflexionado lo suficiente acerca de cada uno de esos términos. Si, efectivamente, con lxs colegas con quienes nos cruzamos todos los días en la facultad, tenemos acuerdos

acerca de qué entendemos por una universidad popular, qué significa y cómo lograr que nuestra universidad se vuelva feminista, sea feminista.

Voy a hablar aquí desde mi posición como docente e investigadora de la FaHCE en temas vinculados a la formación, porque creo que no hemos logrado aún pensar desde un paradigma de conocimiento que parta de las prácticas de resistencia de los movimientos de mujeres, de las disidencias, de las personas con discapacidad, y ponga en valor, dentro de nuestras universidades, esas experiencias en territorio. Un paradigma que recupere las experiencias de subalternización y colabore en reconocer que aún hoy muchas colegas mujeres atraviesan en el ámbito universitario situaciones que portan algún tipo de violencia.

El contexto ya fue descrito de manera precisa por las colegas que me precedieron. Quisiera intentar identificar en tiempos de gobierno de Javier Milei dónde está la crueldad, dónde aparece, dónde se nos hace carne. Y me parece que es un trabajo que debemos darnos: identificar prácticas que son fascistas. ¿Por qué digo que son fascistas? En tiempos de neoliberalismo globalizado (Wacquant, 2011) y gobiernos de extrema derecha (Stefanoni, 2021), con posicionamientos ultraconservadores, nacionalistas, autoritarios y xenófobos, se tornan hegemónicos los discursos de odio y se multiplican prácticas sociales fascistas que se nutren de la crueldad y el daño que generan, cuestionando y quebrantando los principios de igualdad y justicia en los que se basa el sistema y la institucionalidad democrática (Feierstein, 2023).

Una práctica fascista vigente en el campo de la educación es la creación de una línea 0800¹ para denunciar a docentes que tienen posicionamientos críticos en el aula y que el gobierno llama “adoc-trinamiento”, o a quienes respetando los derechos de niños, niñas y jóvenes intentan implementar la Educación Sexual Integral (ESI) en las escuelas y en los institutos de formación docente (ISFD). En estos

1 El Ministerio de Capital Humano habilitó la línea telefónica para denunciar adoctrinamiento en las escuelas y el correo electrónico denuncias.sspu@educacion.gob.ar en el ámbito universitario.

días se conoció el decreto² que elimina las jornadas obligatorias sobre violencia de género en las escuelas. Fijense el retroceso en materia de derechos adquiridos o reconocidos durante los años de Néstor y Cristina, consagrados en tratados internacionales y que tienen rango constitucional en la Argentina.

En el ámbito universitario hemos asistido al acoso y persecución de investigadorxs del CONICET por los proyectos y temas que investigan con perspectiva feminista, de género o queer, llegando incluso a ser “escrachados” en programas de TV en medios hegemónicos, en los que brindaron información privada, se burlaron de los títulos de las investigaciones, mostraron sus redes sociales, generando así mucho dolor psíquico. En nuestra facultad tuvimos un colega que fue expuesto durante todo el año pasado en el programa de Eduardo Feinmann, de manera descarnada, con datos personales y sus redes sociales al aire. Y me pregunto si logramos acompañar a ese compañero, si tuvimos plena conciencia del impacto que esa persecución tuvo sobre él. Como bien señalan Verónica Gago y Cecilia Palmeiro (2020), cuando se conjugan neoliberalismo y fascismo la violencia deja de pensarse como un desvío y se vuelve una “experiencia originaria” que marca la subjetividad (pp. 11-12).

Una de las dimensiones en las que la crueldad está haciendo daño, y no voy a extenderme demasiado, es la presupuestaria con recortes a la inversión en educación, con el presupuesto universitario congelado. Me parece que esa dimensión profundiza una tendencia ya presente en la educación superior, como es la privatización, cada vez que el recurso público se transfiere al sector privado. Pero también la mercantilización de la educación superior, toda vez que se alienta la competencia interinstitucional por la “clientela” condicionando, por ejemplo, la asignación de recursos a metas de egreso, lo que perjudica claramente a las universidades más pequeñas. A eso se suma la proli-

2 Se trata del Decreto N° 436/2025 del Poder Ejecutivo Nacional que modifica la Ley N° 27.234/2015, y elimina la jornada obligatoria “Educar en Igualdad: Prevención y Erradicación de la Violencia de Género” en escuelas del país tanto públicas como privadas, de nivel primario, secundario y terciario.

feración de plataformas y propuestas de formación online sin ninguna regulación. Es un tema que debe estar en agenda de un próximo gobierno nacional y popular.

Otra cuestión que debemos replantearnos es que en la educación superior el neoliberalismo se instaló hace tiempo, mucho antes de la llegada de Milei al gobierno. Lo que tenemos hoy es un régimen fascista, pero los principios fundantes de un proyecto pedagógico, político y educativo neoliberal están presentes desde los años noventa, con la sanción de la Ley de Educación Superior N° 24.521/95. Desde entonces, prevalecen lógicas que ordenan la formación y la carrera docente universitaria. Algunas de estas lógicas se plasman en evaluaciones que miden el rendimiento productivo bajo criterios de eficiencia y competencia.

Sabemos que lo importante para el neoliberalismo es la producción de una subjetividad en relación de competencia con otrxs. Sabemos que la dominación neoliberal se basa en la producción de sujetxs empresarixs de sí, sujetxs del rendimiento (Han, 2012). Me pregunto, entonces, si somos conscientes, nosotrxs trabajadorxs de la educación superior, de habernos convertido en ese sujetx del rendimiento.

Somos el resultado de lo que el neoliberalismo vino a implantar bajo lógicas que premian la meritocracia y el esfuerzo individual. Tenemos un discurso crítico sobre el neoliberalismo dirigido al sistema escolar y a nuestrxs estudiantes, pero no sé si tenemos la capacidad de vernos como objeto de ese mismo proyecto neoliberal y de esa producción subjetiva de la que hablan muchxs autorxs. Además, todo esto se da de manera naturalizada, y la autoexplotación se vuelve un proceso necesario para alcanzar el “éxito” y la “felicidad”. Me pregunto si hemos resistido lo suficiente al neoliberalismo y a la inevitabilidad de su proyecto.

En este último tiempo estuve leyendo *La era del individuo tirano*, donde Éric Sadin (2022) insiste en la centralidad y la suficiencia de sí que deviene de la paulatina separación del individuo del cuerpo social. Este régimen neofascista acentúa el individualismo y coloca en el

centro al individuo, rompiendo toda posibilidad de construcción de comunidad, de lazo social, de solidaridad y cooperación —principios fundantes de todo movimiento feminista, de género, de mujeres, de las disidencias—. Esta era apunta a la producción de una subjetividad individualizada, donde cada unx de nosotrxs, inconscientemente, buscamos respuestas individuales a problemas sociales. Creo que nosotrxs como trabajadorxs de la educación, tenemos la responsabilidad de problematizar esta subjetividad otra para repensar la universidad que estamos construyendo.

Ante este escenario, el feminismo tiene mucho para aportar y ayudarnos a interpelar los discursos y prácticas que buscan convencernos de la “suficiencia” de sí. En definitiva, hacer frente al proyecto político del individualismo liberal que viene desplegándose de un modo acelerado, desmedido, desatado. Creo que la apuesta es volver al feminismo, a la teoría de género, a las epistemologías críticas y de derechos humanos, para interpelar las lógicas meritocráticas que impactan en las condiciones de trabajo de docentes e investigadorxs y naturalizan el aislamiento, la carrera en solitario, la autoexplotación, y aquellas otras lógicas que naturalizan una jerarquía de género por la que se privilegian temas y agendas que impactan en la distribución de oportunidades y recursos.

Del mismo modo que lo hacemos aquí, es urgente discutir y analizar los alcances del proyecto neoliberal y del neofascismo con nuestrxs estudiantes, pero también con nuestrxs colegas, en las aulas y en las salas de profesores, no solo en términos presupuestarios o salariales. Necesitamos identificar las marcas que el neofascismo deja en nosotrxs en el terreno de la subjetividad.

Segundo momento

En este segundo momento quiero hacer hincapié en lo que observo en las propuestas de formación y en lo que ocurre en las aulas.

La pandemia —fenómeno que no ha sido suficientemente estudiado— dejó marcas subjetivas profundas, y algunas de esas marcas comienzan a verse ahora. En mi trabajo diario en la universidad observo estudiantes que nunca rindieron un examen final oral y que no logran atravesar esa instancia, o la padecen, o temen defender públicamente un trabajo frente a sus compañerxs. Cada vez con más frecuencia lxs estudiantes presentan certificados médicos que diagnostican depresión o ataques de pánico. Vemos que la medicalización se presenta como el principal recurso de acompañamiento que ofrece el sistema de salud a lxs jóvenes. Un estudio reciente llevado a cabo por el Departamento de Psiquiatría y Salud Mental del Hospital de Clínicas de la UBA advierte sobre un aumento del 30% en las consultas por ansiedad y depresión en adolescentes en la ciudad de Buenos Aires entre 2023 y 2024, y un incremento notable de intentos de suicidio, consumo y exposición excesiva a redes sociales. Este dato confirma una tendencia que venía siendo señalada desde la pandemia, pero que se ha intensificado desde entonces y es el sufrimiento psíquico en la juventud.

A los problemas de salud mental se suma la situación económica que obliga, especialmente a estudiantes y graduadxs más jóvenes que inician su carrera docente universitaria, a dejar sus viviendas en la ciudad de La Plata para regresar al pueblo o a la casa familiar. Debo decir que lxs colegas docentes en los casos que conozco han reaccionado muy bien, acompañándolxs con escucha y diseño de modalidades alternativas de comunicación en una respuesta que por ahora ha sido individual, desde las cátedras, desde los equipos docentes.

La pregunta es qué hacemos con lo que vemos a diario, porque somos lxs docentes quienes estamos en contacto directo con nuestrxs estudiantes. La Universidad de La Plata cuenta con estructuras de atención — la Dirección de Salud Estudiantil que depende de la Prosecretaría de Bienestar Universitario—, pero quienes estamos a diario con lxs estudiantes en las aulas somos quienes primero advertimos el malestar. ¿Con qué herramientas contamos lxs docentes

para intervenir ante la sospecha de un malestar que afecta la salud y las trayectorias formativas de nuestrxs estudiantes? Si democratizar la universidad es garantizar el derecho a la educación y nos encontramos con jóvenes que dejan la ciudad por problemas económicos o no logran sostener sus estudios por padecer ansiedad o depresión, es quizá el momento de pensar dispositivos para que puedan continuar su formación bajo otras formas y modalidades, como también espacios donde alojar y ponerle palabra al malestar. Y no solo de lxs estudiantes, sino también de lxs colegas, porque seguimos trabajando y rindiendo como si la pandemia no nos hubiera atravesado y como si el actual régimen de crueldad no impactara en nuestras vidas, en nuestras experiencias, en las condiciones de trabajo. En una facultad cuya planta docente está compuesta mayoritariamente por mujeres, estas situaciones nos afectan de manera más intensa.

Creo que a la crueldad se le hace frente con más comunidad, con más solidaridad y con más cooperación, porque los problemas que hoy nos afectan no son individuales, aunque se expresen en un cuerpo singular. En esta línea, donde a lxs jóvenes le llegan mensajes que dicen “tenés la libertad de vivir la vida que quieras”, resulta alarmante el avance en todo el sistema educativo y también en la educación superior de la Educación Emocional (EE) disputando sentidos y contenidos a la Educación Sexual Integral (ESI), porque es una manera velada pero eficaz de introducir los presupuestos neoliberales en el campo de la educación. Y es preocupante ver cómo proliferan cada vez más en universidades privadas, pero también en algunas universidades públicas, diplomaturas y seminarios de EE. Los sentidos que la EE asigna a las emociones y a los afectos se alejan de las discusiones y aportes producidos por el feminismo en el marco del giro afectivo. La EE se apoya en los feminismos y en la ESI para legitimarse, pero no comparte sus sentidos. Asistimos a una operación discursiva que reduce la producción del giro afectivo a versiones biologicistas en el campo de la educación y despolitiza aquellas corrientes que hacen foco en la relación entre afectividad y campo cultural-social.

La educación emocional se ha desarrollado en toda América Latina bajo la amplia influencia del pensamiento positivo, de la psicología del yo y de la inteligencia emocional. Hay muchas provincias que han sancionado leyes de EE, antes incluso de contar con una ley de educación provincial. Las teorías del aprendizaje que subyacen en propuestas de EE proponen el despliegue de los rasgos emocionales individuales, positivos y motivacionales de las personas para alcanzar la “felicidad”. Desde esta perspectiva, las condiciones pedagógicas y de trabajo escolar también dependen de nuestras capacidades emocionales, sin considerar las condiciones estructurales y los recursos necesarios para que la enseñanza tenga lugar. Así, la base del proyecto educativo neoliberal es incrementar el optimismo y rebatir los pensamientos pesimistas. Según Han (2014) la emoción “representa un medio muy eficiente para el control psicopolítico del individuo”.

La autorregulación que busca el neoliberalismo —y el fascismo en toda su crueldad— se articula en tres puntos básicos: hacerse cargo de uno mismo, amarse a uno mismo y respetarse a uno mismo. Si las relaciones son de competencia, difícilmente podamos pensar una comunidad basada en la cooperación y la solidaridad. Lo que hay, en cambio, es una sociedad de individuos y de mercado.

Creo que una forma de continuar la tarea que se viene haciendo en nuestras universidades para resistir el sexismo y el racismo es revisar las propuestas de formación de grado y posgrado. Lo decíamos en otra ocasión, el posgrado ha avanzado mucho más en transversalizar perspectivas y epistemologías críticas que el grado. También cabe señalar que el posgrado es una carrera individual y depende en buena medida de la decisión de quien tiene a cargo un seminario o dirige una carrera en particular.

El grado, en cambio, todavía debe dar muchos pasos para que la transversalización de la perspectiva no sea una decisión de una cátedra o equipo docente, ni quede limitada a temas vinculados a las mujeres o las disidencias. Hay que abrir las propuestas de formación en la educación superior a otras experiencias, a otros lenguajes, para

que ingresen a las aulas otras voces. Si no enfrentamos la “herencia colonial” de los paradigmas en los que aún se sostiene la formación, la democratización queda trunca, sabe a poco. Democratizar es descolonizar nuestras universidades; es permitir el diálogo de saberes que habiliten otras visiones sobre el mundo y rompan con la inevitabilidad de la visión neoliberal como único y principal destino.

Creo también que las cátedras y las propuestas de formación se enriquecen cuando dialogan con otras estructuras de gestión de la propia universidad o de la facultad. Este año, con el equipo de la cátedra a mi cargo reeditamos un ciclo que hace varios años venimos realizando, llamado Narrar la memoria dirigido a estudiantes de 3er año de los profesorados en Ciencias de la Educación y Educación Física. En esta oportunidad, lo organizamos junto a la Prosecretaría de Derechos Humanos de la facultad, a propósito de la muestra itinerante “Universidad, Memoria y Democracia” de la Dirección de Políticas de Memoria y Reparación de la Secretaría de Derechos Humanos de la Universidad. Les puedo asegurar que esos cruces habilitaron, como nunca, que la clase se convierta en un espacio donde, de manera inesperada, los estudiantes pudieron poner en palabras las experiencias que sus familias habían vivido durante la última dictadura cívico-militar.

Quiero cerrar con bell hooks, quien en un libro maravilloso que siempre recomiendo —*Enseñar a transgredir* (1994/2021)—, propone volver a la teoría entendida como práctica de liberación. En este contexto político y social de extrema crueldad creo necesario volver a la teoría feminista, a la teoría de género, a esa perspectiva que nos permite hacer las preguntas necesarias para interpelar “la jerarquía viril que este régimen quiere imponer” (López, 2025). Preguntas necesarias también para identificar las claves de la dominación que afectan nuestro trabajo, nuestras experiencias y se traducen en crueldad.

Habilitar la palabra en un diálogo intergeneracional —donde estemos estudiantes y colegas— nos permite relevar, primero, y encauzar, después, el malestar, el dolor y el sufrimiento. Si no atendemos

la dimensión subjetiva y el padecimiento, la idea de democratización sabe a poco. Si no logramos contener ese malestar, muchxs estudiantes terminarán abandonando sus estudios, así como investigadorxs ya están migrando hacia otros países o dejando la docencia por los bajos salarios y las condiciones laborales.

Referencias

- Feierstein, D. (2023). *La construcción del enano fascista: Los usos del odio como estrategia política en Argentina*. Clave Intelectual.
- Gago, V., y Palmeiro, C. (2020). Arruinar el neoliberalismo. En W. Brown, *En las ruinas del neoliberalismo: El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Tinta Limón.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica*. Herder.
- hooks, b. (2021). *Enseñar a transgredir: La educación como práctica de la libertad*. Capitán Swing Libros.
- López, M. P. (2025, junio 13). Disciplinar para restablecer —también— la jerarquía viril. *Página/12*, Las12. <https://www.pagina12.com.ar/833275-disciplinar-para-restablecer-tambien-la-jerarquia-viril>
- Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano: El fin de un mundo común* (1.^a ed.). Caja Negra.
- Stefanoni, P. (2023). *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Siglo XXI Editores Argentina.
- Wacquant, L. (2011). *Forjando el Estado neoliberal: Workfare, prisonfare e inseguridad social*. *Prohistoria*, 16, 9-38. https://www.scielo.org/ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-95042011000200006&lng=es&tlng=es

Universidad, democracia y disputa por los derechos

Valentina Castro

Primer momento

Bueno, gracias por la invitación. Lo primero que quería mencionar es que, mientras nosotras, nosotros y nosotres tenemos el honor de estar acá presentes debatiendo y encontrándonos en nada más y nada menos que la Universidad Nacional de La Plata, hay seis personas detenidas de manera ilegal e ilegítima, exclusivamente por el hecho de hacer política. Me parece muy insólito que estemos naturalizando estos hechos, cuando dos de esas seis personas son una trabajadora del Ministerio de Mujeres de la provincia de Buenos Aires y la secretaria del Partido Justicialista de Quilmes. ¿A nadie le llama la atención que vayan por ellas? Empezaron por Cristina y siguen por todas nosotras. Dentro de estas lógicas de lo que hoy está sucediendo, tenemos que cuestionarnos la lógica de la crueldad.

No puede ser que naturalicemos que nuestras vidas sigan como si nada mientras, hace siete días, una compañera está en la cárcel común. No está con domiciliaria ni preventiva como los genocidas, que festejan cumpleaños y salen para acumular descuentos en el supermercado. No: ella está en la cárcel común desde hace siete días. Hablo de la compañera Alexia, y me parece importante traer este tema acá porque, mientras debatimos, pensamos programas y diseñamos cómo recuperar todo lo que hoy están dañando y tanto nos duele, tenemos que tener esto presente. Sobre todo, porque hay una corre-

lación directa entre la construcción de nuevas prácticas transversales feministas con perspectiva de género y la proscripción política.

Como decía: empezaron por Cristina y ahora van con todo. Pero cuando van con todo, no van por todos: van por todas. Para mí es llamativo que la mayoría de las personas detenidas sean compañeras mujeres, militantes, donde ya el solo hecho de hacer política parece ser motivo suficiente para terminar en una cárcel común. Ninguna de ellas reprimió a un jubilado un miércoles, ninguna disparó una bala en la cabeza de un fotoperiodista, ninguna cerró las residencias del Garrahan. Por eso, cuando hablamos de restricciones del gobierno de Javier Milei, tenemos que hablar de una restricción fundamental: la democrática. Eso es lo que hoy está en peligro.

Siguiendo con el tema del impacto, tanto en la universidad como en la democracia y en las políticas de derechos, insisto: la proscripción es por las ideas. Y las ideas se construyen en esta casa, en donde nos enseñan a cuestionar el sentido común y a pensar críticamente. Cuando aparecen ideas de modelos distintos, de inclusión, de desarrollo con crecimiento y distribución del ingreso, parece que no les gusta, y la respuesta es proscribirlas. Es importante tener todo esto presente porque forma parte de una nueva época y de un nuevo sentido común que quieren instalar: uno en el cual militar está mal, luchar está mal, y si lo hacés, podés terminar presa.

Y todo esto sucede en un contexto en el que nuestra calidad de vida no mejora: no se están construyendo más universidades, no aumentan los salarios docentes, que están casi un 40% por debajo de lo que había dejado Cristina en 2015. Quizás también la proscriben por eso: porque no les gusta que los docentes tengan un salario digno, ni que se inauguren nuevas universidades en el conurbano, para que los pibes no tengan que viajar tres horas, sino caminar quince cuadras y tener una universidad cerca de su casa. Quizás les molesta eso, y quizás también por eso proscribieron —y siguen intentando proscribir— permanentemente a Cristina.

Y ahí también entran las universidades. Porque cuando decimos que la democracia está en peligro, el vaciamiento de instituciones democráticas, como lo son las universidades, también está en peligro. Cuando vemos recortes presupuestarios, cuando la incidencia de las universidades en el PBI se reduce en cinco puntos, cuando despiden en las universidades porque no se pueden pagar los salarios docentes, eso es una crisis democrática. Están atentando contra la principal producción de ideas y de conocimiento que tenemos como patrimonio nacional, y es nuestro deber defenderlo.

Creo que hay que tomar una actitud de defensa, porque tenemos que resguardar todo lo que nos costó tanto conquistar: los derechos, los comedores, las salas de maternidad y cuidado, las guarderías, los albergues para estudiantes que vienen de otras universidades. Todas esas cuestiones no son privilegios ni requisitos, son derechos, y debemos defenderlos porque costó mucho llegar hasta acá. Sobre todo, tenemos que generar una acción política que impida que estas restricciones se instalen como sentido común.

Cuando defendemos la universidad pública, no defendemos solo lo que ya pudimos alcanzar: debemos impulsar iniciativas para que todas y todos puedan llegar. Que no sea un privilegio, una exclusión o una excepción destacada, sino la normalidad. Que todas y todos podamos ingresar, continuar nuestras carreras y contar con políticas que las acompañen. Porque no se trata solo de obtener un título, sino de poder sostener esos años: pagar las fotocopias, el comedor, el colectivo. Son cuestiones que a veces naturalizamos, pero cuando vemos a pibes y pibas dejar la universidad porque no pueden pagar el transporte, entendemos que sí era importante tener boleto subsidiado, que sí eran importantes las becas de fotocopias, que sí era importante que las estudiantes madres tuvieran dónde dejar a sus hijos mientras cursan.

Hoy todo eso está en peligro, y es necesario recordarlo, porque eran conquistas que creíamos garantizadas, que pensamos que no tendríamos que volver a discutir. Pero estamos en una época en la

que nos obligan, una y otra vez, a rediscutir todo lo que creíamos saldado. Me parece fundamental traerlo acá, para pensarlo como parte de esas restricciones prácticas que buscan instalar como nuevo sentido común.

Segundo momento

Sobre el eje de la transversalización, pensaba que en los últimos años los feminismos se convirtieron en las fuerzas más dinámicas y transformadoras también en el ámbito universitario. Lo que nos toca ahora es traducir esas conquistas simbólicas —que tanto nos costaron y que logramos instalar— en condiciones materiales, en la praxis, en lo tangible, en aquello que se pueda tocar, sentir y vivir. En ese sentido, es muy difícil consolidar políticas feministas solo creando protocolos, oficinas o planes con perspectiva de género si no existe presupuesto, si no hay recursos asignados que permitan llevar todo ese trabajo simbólico a la práctica. Por eso, creo que la discusión sobre la economía, los recursos y el presupuesto es central para poder pensar todo lo demás. Sin una gestión que promueva esa asignación material, no es posible impulsar una práctica feminista que amplíe la inclusión en la universidad.

En esta línea, me permito afirmar que una universidad feminista no es un privilegio: es una necesidad democrática. Instalarla nos permite discutir futuros posibles que no solo son viables, sino urgentes. Pensar una universidad con todos y todas adentro requiere que la transversalización sea prioritaria, y ahí entra también la discusión sobre quiénes conducen las universidades. Es difícil hablar de una transversalización real y efectiva si las cúpulas no están integradas por líderes feministas, por compañeras con esta perspectiva como práctica de vida, militancia y política. En este punto, la Universidad de La Plata es un ejemplo: varias de sus conducciones están en manos de compañeras feministas con miradas que trascienden, y ese modelo

debería replicarse en otras universidades de Argentina y de América Latina, donde aún falta mucho.

Me parece clave entender que la transversalización no es solo una cuestión técnica o una categoría de estudio: debe traducirse en acción política. Y más aún en el contexto actual, marcado por la cuestión salarial, presupuestaria y por un plan programático muy claro que atenta contra el patrimonio público. Así como se puede planificar para el bien —para el crecimiento con inclusión y distribución— también se puede planificar para el mal, y eso es lo que hoy estamos viendo. Las universidades, junto con la salud pública —con cierres de residencias en hospitales como el Garrahan, por ejemplo—, están en peligro. Y frente a eso, la transversalización tiene que atravesar esas barreras concretas, materiales, palpables.

Por último, creo que la crisis de representación que vivimos también se vincula con la ausencia de un programa que piense la transversalización como eje de acción política. Esa acción, insisto, debe estar respaldada por recursos asignados. Nosotras, como feministas y docentes universitarias en lugares de gestión, ponemos lo mejor: diseñamos capacidades, programas inclusivos, protocolos y oficinas. Pero toda esa imaginación política necesita ser acompañada por decisiones programáticas que garanticen su sostenibilidad. Solo así podremos llevar la transversalización a la práctica y seguir construyendo una universidad más inclusiva, con todos y todas adentro.

**CONVERSATORIO: DISCURSOS DE
ODIO, PEDAGOGÍAS Y CULTURA
EN TIEMPOS DE CRUELDAD**

La universidad feminista en la era digital: hacia un futuro alternativo³

Anita Fuentes

Una historia que no es anecdótica

Allá por 2003, un estudiante de informática en la Universidad de Harvard creó una web para comparar el atractivo de sus compañeras y compañeros. La tarea no le resultó difícil: extrajo las fotografías de los anuarios de las residencias y las volcó en su página para que los usuarios las puntuasen. La invención no dejó indiferente a nadie en el campus y el enlace corrió como la pólvora. Hubo quien entró por curiosidad o diversión, pero también hubo quien se indignó, no sin razón, al ver su cara expuesta en una suerte de certamen de belleza involuntario. Según informó la prensa estudiantil, en un solo día el tráfico de la página se cuadruplicó: “a las 22:00 había sido visitada por más de 450 usuarios, que habían votado al menos 22.000 veces” (Kaplan, 2003). Inevitablemente, el nuevo fenómeno llegó a oídos de la universidad, que decidió intervenir y retirar el sitio web por vulneración de la privacidad y de los derechos de autor, abriendo además un expediente disciplinario a su creador (Schwartz, 2003).

3 El proyecto que ha dado lugar a estos resultados ha recibido el apoyo de una beca de la Fundación “la Caixa” (ID 100010434). El código de la beca es “LCF/BQ/DR23/12000016”. Este texto se ha realizado en el contexto del Proyecto de I+D+i, referencia PID2022-141877NB-I00, titulado “La manosfera en las redes sociales. Prodsusage cultural para revertir los estigmas de género y la cultura del odio” del Ministerio de Ciencia e Innovación de España, con vigencia 2023-2027.

Pero nuestro protagonista no cesó en su empeño. Su siguiente proyecto funcionaría con alta voluntaria y, por tanto, con el consentimiento de sus usuarios. A comienzos de 2004 lanzó un directorio universitario: un espacio donde cada persona podía crear su propio perfil, añadir amistades y buscar a colegas por nombre o curso. Al principio fue exclusivo del campus, luego se extendió a otras universidades de élite como Stanford o Yale y, finalmente, en septiembre de 2005 se abrió al público general (boyd y Ellison, 2007).

A medida que su audiencia crecía, la página se fue transformando. Primero incorporó una aplicación de fotografías que popularizó la práctica de compartir imágenes en tiempo real. Luego incorporó un servicio de mensajería de alcance mundial que la convirtió en una infraestructura básica de comunicación y, poco después, separó el chat en una aplicación independiente para el teléfono, consolidando el uso móvil (Brügger, 2015). Unos años más tarde, la firma se rebautizó para reflejar su apuesta por el “metaverso”, la extensión de la realidad virtual y aumentada a un entorno digital corporativo y privatizado (Egliston y Carter, 2022). Hoy en día, ese entramado de redes sociales, plataformas de comunicación y servicios de mensajería organiza buena parte de nuestras tareas cotidianas. Su director general, Mark Zuckerberg, es el mismo estudiante que empezó en Harvard, y aquella web universitaria pensada para discriminar entre “deseables” y “no deseables” fue el germen de lo que primero se llamó Facebook y, con el tiempo, llegó a ser Meta.

Es enero de 2025. Donald Trump ha sido reelegido presidente de Estados Unidos. Zuckerberg acude como invitado a *The Joe Rogan Experience*, uno de los podcasts más escuchados en el mundo angloparlante —eso sí, con una audiencia mayoritariamente masculina—. Allí, habla de su nueva afición por la caza de jabalíes y sostiene que las empresas deben “volver a sus raíces” para defender la “energía masculina” frente a las políticas de diversidad, equidad e inclusión, conquistadas con esfuerzo en los últimos años (PowerfulJRE, 2025). Días después de tales declaraciones, Meta anuncia

cambios en las políticas de moderación de sus plataformas, que pasarán a ser mucho más laxas ante los discursos de odio dirigidos contra mujeres, disidencias sexuales, personas racializadas y otros colectivos, como los migrantes (Kayali, 2025).

Esta historia no es anecdótica, sino que describe un patrón estructural sobre cómo funciona internet. Las plataformas digitales como Facebook nacieron con unos objetivos claramente alineados con quienes concentran el poder y el capital, y se diseñaron precisamente para perpetuar ese reparto histórico desigual. En lo que sigue, presento algunos aprendizajes de mi investigación —desarrollada entre España y Argentina— para pensar cómo disputar, desde los feminismos, unas infraestructuras digitales que llevan la exclusión y la violencia inscritas en su ADN (Cancela y Fuentes, 2025). ¿Qué significa que el espacio donde millones de feministas hemos tejido redes, convocado protestas y documentado violencias naciese de convertir los cuerpos en objeto de clasificación y siga perpetuando estas dinámicas? ¿Cómo condicionan esas lógicas nuestras tácticas de lucha y qué problemas presentan para desarrollar una estrategia que aspira a transformar la vida material, y no solo a obtener visibilidad? Y, sobre todo, ¿qué lecciones podemos extraer de respuestas que se ensayan en los espacios pedagógicos y de intercambio de saberes como la universidad pública?

De la mediatización de la política al presidente troll

En la última década asistimos a una recomposición global de la derecha radical (Norris e Inglehart, 2019; Pinheiro-Machado y Vargas Maia, 2023): una convergencia de partidos, fracciones de clase, organizaciones religiosas, *think tanks* y élites tecnológicas en torno a un proyecto autoritario común que fantasea con restaurar un orden imperial donde los hombres blancos, ricos, cis y heterosexuales tienen el poder y lo ejercen con violencia contra quienes amenacen la

llamada “civilización occidental” (Davies, 2025). Este movimiento reaccionario ha hecho de las plataformas digitales su campo de batalla, aprovechando una arquitectura con presencia mundial y un modelo de negocio que convierte el odio en valor económico a través de algoritmos orientados a maximizar la atención y premiar el enfrentamiento, así como infraestructuras privatizadas que fijan las reglas según criterios de rentabilidad y no de deliberación democrática (de Winkel et al., 2024).

En Argentina, la mediatización de la política, exacerbada por las lógicas de las plataformas digitales, ha desdibujado las fronteras entre dirigente, *influencer* y *troll*. En palabras de la periodista Julia Mengolini, recientemente blanco del hostigamiento de estas figuras, “el fenómeno del *trollismo* se viene cultivando desde hace más de diez años. Lo que pasó con Milei es que el *troll* se institucionalizó [...]. Tipos que antes se escondían detrás de un *avatar* con nombre de fantasía y se dedicaban a agitar en redes, hoy son funcionarios del gobierno” (Fuentes, 2025). Este ensamblaje —políticos que performan como *influencers*, e *influencers* que terminan en nómina del Gobierno, coordinando ejércitos de *bots* y *trolls* para desgastar a sus adversarios ideológicos— canaliza malestares en ciclos de crisis y los traduce en claves discriminatorias, reconfigurando la esfera pública digital hacia una creciente degradación de las condiciones del debate público (Ipar et al., 2022, p. 21).

Este repertorio discursivo, marcado por la confrontación y el odio, no opera en el vacío. Se traduce en decisiones estatales que deslegitiman y dismantelan políticas de igualdad —desde la prohibición de la perspectiva de género en la administración nacional y el veto al lenguaje inclusivo, hasta la desjerarquización y posterior supresión del Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad o la desfinanciación de programas para víctimas de violencia de género (Daverio, 2024)— a la par que golpean a los sectores populares, a las personas mayores, a las comunidades racializadas, a las disidencias sexuales y al estudiantado, entre otros colectivos (Ocoró Loango, 2024). Dicho

de otro modo, la escalada discursiva de la ultraderecha no queda solo en el plano comunicacional, ni se limita a contaminar el ecosistema digital, sino que se concreta en decisiones institucionales que retrotraen derechos y reordenan las prioridades del Estado nacional en clave autoritaria (Garrod, 2024).

Apuntes para una economía política feminista de las plataformas

Para comprender estos procesos necesitamos marcos que analicen la economía política de las plataformas digitales desde perspectivas feministas. Aproximaciones que nos permitan exponer de manera efectiva cómo estas infraestructuras infligen violencia sobre los cuerpos y mentes que las habitan. La exclusión y la violencia contra mujeres y minorías no son efectos secundarios incidentales, sino componentes esenciales del modelo de negocio de estas plataformas. El giro reaccionario del Silicon Valley —ejemplificado por las políticas de moderación de Meta, la adquisición estratégica de X por parte de Elon Musk y las posturas políticas de CEOs tecnológicos como Alex Karp, el propio Musk, o Peter Thiel (Gongloff, 2025)— demuestra cómo, desde su génesis, estas plataformas han diseñado entornos que capitalizan afectos negativos para impulsar la participación de los usuarios y sostener la acumulación de beneficios, extrayendo recursos a un coste económico mínimo pero con efectos sociales incuantificables.

Esta dinámica se puede entender mejor prestando atención a los debates arraigados en la teoría de la dependencia (Kvangraven, 2020; Villegas Plá, 2023) sobre cómo el desarrollo tecnológico del centro determina las condiciones materiales de la periferia, así como con los feminismos autónomos italianos, que han destacado el trabajo reproductivo esencial, aunque invisible, que sostiene la vida humana (Dalla Costa y James, 1973; Federici y Austin, 2019; Fortunati, 2007). Según ambas teorías, la acumulación primitiva se reconceptualiza como un

proceso permanente donde la expropiación política sostiene la explotación económica, que tradicionalmente se formula a través del contrato de trabajo. Sin la primera condición no sería posible la segunda. Así, observamos cómo, de manera histórica, y haciéndose valer de las posibilidades que brinda la esfera digital, los poderes corporativos reconfiguran las relaciones sociales movilizándolo trabajo barato, datos y capital emocional, fusionando, de este modo, innovaciones tecnológicas y organizativas con trabajo no remunerado (Morozov, 2022). Al hacerlo, no solo refuerzan la ley del valor, sino que naturalizan las estructuras de exclusión y represión, alimentando, en último término, la propagación de ideas ultraderechistas y reconstituyendo los espacios digitales en torno a ellas para silenciar a las voces disidentes.

La explotación económica se materializa en el trabajo feminizado y precarizado de la economía de servicios —desde las personas repartidoras en plataformas de entrega a domicilio o las moderadoras de contenido en redes como Instagram o TikTok, hasta el personal que etiqueta datos o entrena *chatbots* y sistemas algorítmicos (Huws, 2019; Elliott y Franklin, 2018; Jarrett, 2013). Este proceso coexiste con la minería de datos, la vigilancia, la mercantilización del conocimiento, la extracción de bienes como el agua o la energía y el cercamiento de cuerpos y territorios. Ambas dimensiones están estrechamente vinculadas al funcionamiento de las cadenas de suministro de las plataformas de comunicación —las redes sociales—, que operan como infraestructuras de violencia política al amplificar las narrativas de exclusión, agendas conservadoras y repertorios de confrontación ideológica desplegadas por la internacional reaccionaria (Alabao, 2025; Bernárdez et al., 2020). Para comprender plenamente estas dinámicas, resulta esencial reconocer sus raíces coloniales, pues estas plataformas replican patrones históricos de extracción de recursos y dominación que buscan mantener la subordinación de las mujeres y de las poblaciones marginadas (Hughes, 2024; Utrata, 2023).

En *Calibán y la bruja* (2004), Silvia Federici ya puso de manifiesto que las cazas de brujas europeas no fueron un residuo medieval, sino

un mecanismo calculado de acumulación capitalista. La violencia sistemática contra las mujeres sirvió para manufacturar consenso sobre las necesidades del capitalismo industrial emergente, destruir sus conocimientos y autonomía, y asegurar su trabajo reproductivo no remunerado. Partiendo de estas ideas, Eugenia Siapera (2019) propone entender la misoginia *online* como una caza de brujas contemporánea. La emergencia de la manosfera en la coyuntura histórica actual resulta, pues, sintomática de los cambios en el orden socio-político y económico. Las comunidades y usuarios misóginos y de ultraderecha, que habitan cada vez más espacios de internet, utilizan la violencia digital para excluir a las mujeres y colectivos oprimidos de la construcción de un futuro tecnológico alternativo, del mismo modo que las cazas de brujas nos expulsaron de los espacios de producción autónoma.

Esta violencia forma parte de una estructura que capitaliza la misoginia, el racismo y, en definitiva, el odio como núcleo de su modelo de negocio. Los discursos de odio contra las clases subalternas se insertan en una economía de la atención fundamentada en la generación de malestares que se convierten en mercancía circulante (Cancela y Fuentes, 2024). Es por ello que estos fenómenos exigen un análisis desde la economía política y no solo una aproximación discursiva. De lo contrario, asumiríamos —como les conviene que creamos a los CEOs de Silicon Valley— que internet fue una suerte de aldea global que se desvió de su curso, en lugar de reconocerlo como un mercado diseñado desde sus orígenes para desplazar a los colectivos oprimidos y hacerlos dependientes de la nueva economía del capitalismo digital.

Más allá del feminismo neoliberal

Partiendo de este contexto, cabe preguntarse cómo se han posicionado los feminismos ante las transformaciones estructurales del capitalismo, mediadas por las redes sociales, y cómo hemos incorporado

las lecciones de las teóricas feministas sobre la economía política de la comunicación. Diversas autoras han mostrado que, en un ecosistema digital regido por lógicas de mercado, el feminismo ha sufrido un proceso de neoliberalización que ha desplazado sus luchas sociales hacia políticas de visibilidad y empoderamiento individual en las que forma e imagen se imponen sobre el contenido. Nancy Fraser (2012) critica la confluencia entre demandas de reconocimiento y agendas de liberalización económica —lo que denomina “neoliberalismo progresista”—, mientras Catherine Rottenberg (2018) describe la fabricación de un sujeto feminista empresarial que responsabiliza a las mujeres de su propio bienestar, desanclando la crítica del terreno material. En la misma línea, Christina Scharff (2012) analiza cómo la subjetividad neoliberal fomenta la autoexplotación bajo el lenguaje del “empoderamiento”, y Verónica Schild (2016) muestra, en clave latinoamericana, cómo ese empoderamiento individual deviene tecnología de gobierno que despolitiza las desigualdades. En suma, el feminismo ha captado atención global sin que ello se traduzca, en muchos casos, en redistribución, derechos efectivos ni transformación de las relaciones de poder.

El #MeToo muestra de forma clara esta paradoja. Por un lado, las redes permitieron romper el silencio que protegía a los agresores —en su gran mayoría hombres— y construir una red de solidaridad transnacional entre mujeres. Por otro lado, el movimiento quedó progresivamente cooptado por la lógica de consumo como principal vía de participación en el debate público y, a la larga, convirtió la denuncia política en una mercancía más para las plataformas. El resultado fue ambiguo: una enorme visibilidad sin un correlato de cambio estructural, pues los algoritmos de las redes sociales, lejos de favorecer la organización sostenida, limitan la capacidad de construir tejido colectivo. El diseño de estos espacios —orientado a la creación de marcas personales y no de bloques sociales fuertes—, en conjunción con la organización masiva de la ultraderecha en esas mismas redes, alimentó una contraofensiva reaccionaria en el plano cultu-

ral que, en varios contextos, se tradujo en victorias electorales de la ultraderecha, como es el caso de Argentina o Estados Unidos. Así, siguiendo a Sarah Banet-Weiser (2018), se puede inferir que en su deriva neoliberal el feminismo gana visibilidad precisamente porque no desestabiliza las estructuras materiales de desigualdad.

Entonces, ¿qué hacer? Aquí es donde los aprendizajes del caso argentino resultan fundamentales. Tras un ciclo histórico de movilización feminista —cuya expresión más potente fue el movimiento Ni Una Menos y que derivó en conquistas como la legalización del aborto—, los feminismos en Argentina enfrentan hoy una ofensiva brutal (de Stéfano Barbero et al., 2025). Lo hacen, sin embargo, desde una tradición de organización profundamente arraigada (Gago, 2019), con prácticas políticas que entienden los cuidados como dimensión central de la lucha y que expanden las áreas de militancia del feminismo. Así, frente a redes sociales que interpelan a las personas como individuos en competencia por visibilidad, *likes* y seguidores, el feminismo argentino insiste en que la transformación requiere de instituciones colectivas. Frente a algoritmos que empujan a la *performance* constante de identidades y agravios, las feministas argentinas apuntan, acertadamente, a las lógicas estructurales del sistema como fuente principal de violencia (Segato, 2020).

Ni Una Menos no nació de un *hashtag*, aunque luego lo emplease estratégicamente. Nació de encuentros físicos, de conversaciones, de articulaciones entre colectivas preexistentes al ecosistema digital. Cuando Milei ataca a la universidad pública, golpea precisamente esos espacios materiales donde sí es posible construir infraestructuras alternativas. De ahí la necesidad de impulsar más congresos feministas, encuentros, asambleas —desplazando la centralidad organizativa de las redes hacia instituciones y tramas colectivas— y, desde esos lugares, evaluar cómo las plataformas digitales pueden apoyar, o cómo otro tipo de redes pueden fortalecer esas instituciones.

¿Y si las redes fuesen más como las instituciones públicas?

Con ese horizonte, resulta fundamental reivindicar las utopías, en diálogo con Ekaitz Cancela, quien en *Utopías digitales* (2023) plantea la necesidad de conjugar la imaginación de escenarios deseables con el reconocimiento de utopías ya existentes, tejidas cotidianamente en prácticas de organización social y cultural: redes de apoyo y de cuidados, sindicatos, movimientos sociales, así como bibliotecas, teatros, circuitos musicales, museos o universidades. Se trata de concebir la utopía como proyección de futuro, pero también como práctica del día a día. Siguiendo la dialéctica de la praxis en Marx, cambiar el mundo va de la mano de cambiarnos a nosotras mismas.

En sintonía con la tradición de los estudios culturales británicos, que conciben la cultura también como un campo de instituciones a transformar y reconstruir (Williams, 1961/2023), y con las propuestas de una esfera digital organizada como bien común y servicio público (Fuchs, 2021), aquí quisiera proponer una comparativa que puede resultar provocadora: que las redes sociales se parezcan más a las universidades, entendidas estas como instituciones sociales capaces de hacer florecer lo mejor de las personas más allá de las jerarquías de género, raza y clase. Al margen de las campañas masivas de desinformación de la ultraderecha, las tecnologías pueden desplegar un notable potencial pedagógico como herramientas para comprender y comunicar la complejidad social. En este sentido, su diseño podría inspirarse en las universidades en tanto espacios que permiten compartir saberes y aprender colectivamente en un proceso de indagación ajeno al mercado y de circulación de conocimientos.

Conviene subrayar que la universidad no es un espacio neutro ni está exenta de reproducir opresiones; sin embargo, emerge como una institución desde donde imaginar y construir alternativas (Hill Collins, 2009; hooks, 1994, 2003). En sus infraestructuras, todavía públicas, confluyen culturas diversas, se debaten ideas, se encuentran

perfiles críticos. Aún hoy, la libertad de expresión y la libertad de cátedra permiten desafiar las ortodoxias establecidas, mientras las protestas en los campus y las redes organizativas del estudiantado siguen desempeñando un papel decisivo en la contestación social, como se ha visto en el movimiento estudiantil global contra el genocidio israelí (Aladro Vico, 2024).

Así las cosas, no es casualidad que el gobierno de Milei haya emprendido una guerra sistemática contra las instituciones educativas y de investigación públicas a través de la desfinanciación de sus estructuras. Se trata de un ataque directo al pensamiento crítico que los gobiernos de ultraderecha en todo el mundo están llevando a cabo (Giroux, 2019). La potencia de las universidades como espacios de producción de epistemologías contrahegemónicas condensa aquello que el proyecto libertario busca desarticular: lugares donde todavía es posible practicar formas de conocimiento situado y cooperativo (Haraway, 1988), tejer solidaridades internacionales más allá de las identidades fragmentadas por el mercado y cuestionar el sentido común homogeneizante del neoliberalismo (Connell, 2019).

En este contexto, ¿cómo avanzar políticamente desde transformaciones feministas de la universidad que amplíen y sostengan esa generosidad epistémica presente en congresos y encuentros, a menudo sostenidos por el trabajo militante e invisible de muchas mujeres? ¿Cómo evitar que estos congresos queden confinados como nichos vulnerables a la “batalla cultural” de la derecha y se consoliden como infraestructuras materiales y afectivas forjadas en el ámbito de la investigación, con presupuestos específicos, reglas de cuidado y reconocimiento del trabajo realizado? Para liberarnos a nosotras mismas, también necesitamos liberar las instituciones educativas.

La universidad feminista como infraestructura de liberación

Paulo Freire nos enseña que la educación liberadora busca la transformación social mediante la reflexión sobre nuestro entorno, la acción como práctica transformadora y la formación de una conciencia crítica en y desde los movimientos populares. En *Pedagogía del oprimido* (1970) concibe esta educación como una práctica dialógica que parte de los problemas, necesidades e intereses de quienes aprenden: “Nadie educa a nadie —nadie se educa a sí mismo—; [las personas] se educan entre sí, [mediatizadas] por el mundo” (p. 78). Esta atención a la organización concreta de la práctica pedagógica —a cómo se institucionaliza la educación— ayuda a imaginar universidades que no solo alojen congresos y encuentros con audiencias cada vez más difíciles de captar, sino que los conviertan en infraestructuras estables de cuidado y producción de saber.

Las plataformas digitales nos empujan a “resolver” problemas que ellas mismas generan —cómo conseguir más *likes*, cómo aumentar el *engagement*, cómo hacer viral un contenido—. Esta lógica solucionista (Morozov, 2013) parte de un individualismo consumista y propone como “salida” la batalla por la visibilidad, pero con ello desencadena una serie de efectos no deseados: ansiedad e incertidumbre permanentes, mayor vulnerabilidad a la manipulación política y una intensificación de distintas formas de violencia. En el caso de la universidad, la neoliberalización ha ido vaciando su potencial transformador en los mismos frentes que advertía Freire: burocratización, competencia salvaje, “síndrome de la impostora” normalizado y una cultura de la cuantificación impuesta como única vía de reconocimiento social.

Otro modo de comprobar que la definición de los problemas es siempre una cuestión política es observar qué se discute —y qué queda fuera— cuando hablamos de cómo se organiza el acceso al conocimiento y la participación en su producción. Un caso paradig-

mático es la discusión sobre el papel de la inteligencia artificial en la educación superior. Demasiadas veces el foco se reduce a la sospecha de que el alumnado utilizará estas herramientas para eludir el trabajo intelectual. Queda fuera del debate, sin embargo, lo que realmente está en cuestión en el siglo XXI: que no dispongamos de un modelo de enseñanza y aprendizaje liberador, que priorice la adquisición de capacidades analíticas y sintéticas sobre la acumulación enciclopédica, o “el trabajo colaborativo (entre alumnos, profesores y centros) en lugar del individualismo y el autoritarismo en las aulas” (Cancela, 2023). ¿Cómo se utiliza la tecnología para fomentar una pedagogía que desarrolle la máxima capacidad creativa y técnica para intervenir en tareas socialmente útiles?

Cuando se resiste a los procesos de privatización, la universidad puede ser ese espacio donde formulamos colectivamente los problemas que enfrentamos. No se trata solo de aplicar conocimiento técnico a problemas ya definidos por el mercado o el Estado, sino de abrir ámbitos en los que comunidades diversas puedan identificar y nombrar sus propias contradicciones, necesidades y aspiraciones. Citando de nuevo a Freire, “nuestro papel no es hablar al pueblo sobre nuestra visión del mundo, o intentar imponerla a él, sino dialogar con él sobre su visión y la nuestra” (1970, p. 70). En la misma línea, Françoise Vergès recuerda que el feminismo decolonial no puede separarse de la transformación de las instituciones que organizan la vida cotidiana. En su entrevista para esta investigación, sintetizaba así la idea:

Para mí es sencillo: cuando la cultura está viva —en la calle, en talleres, en museos que practican la restitución y rechazan convertirse en espacios de vigilancia policial— tiene el poder de tejer solidaridades transfronterizas. Ahí es donde el feminismo decolonial prospera: en lugares donde se fomenta la creación en común, donde asumimos responsabilidades mutuas con las personas y con el entor-

no, y donde encontramos alegría en lugar de medirlo todo en términos de productividad y rendimiento.

Esta visión es directamente aplicable a la universidad. Cuando, en esa misma entrevista, Vergés alude a esos “lugares donde se fomenta la creación en común”, cuando subraya la necesidad de “asumir responsabilidades mutuas”, o cuando cuestiona la práctica de “medirlo todo en términos de productividad y rendimiento”, está describiendo exactamente el tipo de universidad que necesitamos construir. Una universidad donde las investigadoras no tengamos que competir entre nosotras por acumular méritos o captar más financiación que nuestras compañeras y compañeros, sino que favorezca la participación en proyectos colectivos orientados al bien común. De hecho, muchas feministas mantienen vínculos con la universidad de una u otra forma: como docentes, investigadoras, militantes, escritoras, dramaturgas o divulgadoras. De ahí emergen muchos otros proyectos intelectuales, culturales o sociales paralelos.

Otro aprendizaje que extraigo de mi investigación para aplicar a esta propuesta es que las trayectorias feministas se resisten al encaillamiento: nos movemos entre los registros de experta, profesional, figura pública y activista, porque —igual que en la esfera privada— en la esfera pública sostenemos trabajos simultáneos y superpuestos. La universidad puede ser el lugar donde se diseñen las alternativas tecnológicas que las plataformas corporativas nunca proveerán. Para transformar la política no basta con cambiar las leyes; también hay que disputar los códigos de los algoritmos (Broussard, 2024; D’Ignazio y Klein, 2020; Noble, 2018). La batalla también se ha de librar en el diseño de las infraestructuras.

Hacia un futuro tecnológico alternativo

En *Estilos tecnológicos* (1974), Oscar Varsavsky defendía que cada sociedad debe imaginar su propio estilo tecnológico, un modo de producir conocimiento y herramientas coherente con sus objetivos colectivos. No se trataba de determinar qué tecnología era más “avanzada”, sino de preguntarse qué forma de conocimiento podía servir al proyecto social que se deseaba construir. En *Proyectos nacionales* (1971), advirtió también que ningún país periférico podía emanciparse copiando los modelos de desarrollo de los países centrales: la ciencia y la tecnología, sostenía, debían ponerse al servicio de lo que llamó “proyectos nacionales creativos y populares”.

Medio siglo después, sus planteamientos ofrecen claves para construir el futuro de la universidad. Frente a la lógica neoliberal que vacía de sentido a las instituciones científicas y desmantela las tecnológicas, necesitamos infraestructuras capaces de producir saberes situados, críticos y solidarios. La universidad feminista encarna esa posibilidad: articula conocimiento, cuidado y justicia, y concibe la producción tecnológica de igual modo que la educación liberadora. La soberanía tecnológica —decidir colectivamente qué problemas enfrentamos y qué caminos seguir— es inseparable de la soberanía pedagógica.

Argentina tiene una tradición histórica en este sentido. En 1960, bajo la dirección de Manuel Sadosky, el Instituto de Cálculo de la Universidad de Buenos Aires impulsó el proyecto *Clementina*, la primera computadora científica del país. Rebe Chereb, matemática y secretaria técnica, y Victoria Bajar, programadora y primera mujer graduada en la carrera de Computador Científico, fueron pioneras en la construcción de una infraestructura tecnológica nacional en un momento en que la soberanía científica era entendida como una prioridad de Estado. Aquel proyecto no fue solo un hito técnico, sino una demostración de que el conocimiento público podía organizarse en torno a la cooperación y no al lucro.

Hoy, cuando el gobierno de Milei recorta los presupuestos de las universidades y los organismos públicos de investigación, el impacto se siente con especial dureza en las áreas más feminizadas del conoci-

miento —las ciencias sociales, la educación, la salud y las humanidades—, donde predomina la precariedad laboral y la inversión privada es escasa. Esta política de ajuste se acompaña de una batalla cultural que deslegitima estos campos, los tilda de improductivos o “ideológicos” y refuerza la idea de que quienes los habitan no pertenecen a la esfera pública del saber. La misma lógica opera en el ecosistema digital:

políticas, periodistas, artistas o creadoras de contenido son hostigadas y, en última instancia, expulsadas por irrumpir en un espacio que aún se les niega: la esfera pública.

Sin embargo, seguimos avanzando posiciones desde los márgenes. No dentro de las plataformas que nos silencian —o, peor, que nos cooptan—, sino en las instituciones de lo común que todavía resisten. Esas son las utopías existentes, las que demuestran que otras infraestructuras son posibles y que, de hecho, ya lo fueron. Las trayectorias de mujeres como Rebe Chereb o Victoria Bajar muestran que el conocimiento compartido no surge de la lógica del mercado, sino de instituciones colectivas que hicieron del saber un bien común. Unas instituciones que aún estamos a tiempo de reimaginar.

Referencias

- Alabao, N. (2025). *Las guerras de género: La política sexual de las derechas radicales*. Katakarak.
- Aladro Vico, E. (2024, junio 6). Una gente diferente. CTXT. <https://ctxt.es/es/20240601/Firmas/46665/eva-aladro-vico-universidades-complutense-acampadas-palestina-compromiso.htm>
- Banet-Weiser, S. (2018). *Empowered: Popular feminism and popular misogyny*. Duke University Press.
- Bernárdez-Rodal, A., Requeijo-Rey, P., y Franco, Y. G. (2020). Radical right parties and anti-feminist speech on Instagram: Vox and the 2019 Spanish general election. *Party Politics*, 28(2), 272-283. <https://doi.org/10.1177/1354068820968839>

- boyd, d., y Ellison, N. B. (2007). Social network sites: Definition, history, and scholarship. *Journal of Computer-Mediated Communication*, 13(1), 210-230. <https://doi.org/10.1111/j.1083-6101.2007.00393.x>
- Broussard, M. (2024). *More than a glitch: Confronting race, gender, and ability bias in tech*. MIT Press.
- Brügger, N. (2015). A brief history of Facebook as a media text: The development of an empty structure. *First Monday*, 20(5). <https://doi.org/10.5210/fm.v20i5.5423>
- Cancela, E. (2023, abril 12). ChatGPT es una máquina estúpida: Tenemos que reprogramarla. *El País*. <https://elpais.com/tecnologia/2023-04-12/chatgpt-es-una-maquina-estupida-tenemos-que-reprogramarla.html>
- Cancela, E. (2023). *Utopías digitales: Imaginar el fin del capitalismo*. Verso Libros.
- Cancela, E., & Fuentes, A. (2025, enero 20). Capitalismo desenmascarado: La batalla cultural en la era de los tecno-bros. *Zona de Estrategia*. <https://zonaestrategia.net/capitalismo-desenmascara-do-la-batalla-cultural-en-la-era-de-los-tecno-bros/>
- Carbin, M., Carlsson, E., & Nilsson, B. (2024). Telling feminist stories in an affective atmosphere of anti-genderism: Swedish gender scholars reflect upon their position. *NORA - Nordic Journal of Feminist and Gender Research*, 32(4), 321-333. <https://doi.org/10.1080/08038740.2024.2413987>
- Connell, R. (2019). *The good university: What universities actually do and why it's time for radical change*. Zed Books.
- Dalla Costa, M., & James, S. (1973). *The power of women and the subversion of the community*. Falling Wall Press.
- Davies, H. C. (2025). 'A great awakening of men of action': What does the 'right-wing Davos' represent? *Discourse & Society*, 0(0). <https://doi.org/10.1177/09579265251368397>
- D'Ignazio, C., & Klein, L. F. (2020). *Data feminism*. MIT Press.

- Egliston, B., & Carter, M. (2022). 'The metaverse and how we'll build it': The political economy of Meta's Reality Labs. *New Media & Society*, 26(8), 4336-4360. <https://doi.org/10.1177/14614448221119785>
- Elliott, J., & Franklin, S. (2018). 'The synthesis is in the machine': An interview with Silvia Federici. *Australian Feminist Studies*, 33(96), 172-177. <https://doi.org/10.1080/08164649.2018.1517248>
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (V. Hendel y L. S. Touza, Trans.). Traficantes de Sueños. (Obra original publicada en 2004).
- Federici, S., y Austin, A. (Eds.). (2019). *Salario para el trabajo doméstico Comité de Nueva York 1972-1977: Historia, teoría y documentos*. Traficantes de Sueños.
- Fortunati, L. (2025). *The arcana of reproduction: Housewives, prostitutes, workers and capital*. Verso.
- Fraser, N. (2009). Feminism, capitalism, and the cunning of history. *New Left Review*, 56. <https://doi.org/10.64590/l7d>
- Freire, P. (2012). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.
- Fuchs, C. (2021). *Digital socialism: The political economy of the internet and social media*. Pluto Press.
- Fuentes, A. (2025, julio 12). El lugar de víctima no puede ser para siempre [Entrevista a Julia Mengolini]. *Nortes*. <https://www.nortes.me/2025/07/12/el-lugar-de-victima-no-puede-ser-para-siempre/>
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista: O el deseo de cambiarlo todo*. Traficantes de Sueños.
- Garrod, J. Z. (2024). "If the news is fake, imagine history": The network state and the second bourgeois revolution. *Progress in Economic Geography*, 2(2). <https://doi.org/10.1016/j.peg.2024.100029>
- Giroux, H. A. (2019). *Neoliberalism's war on higher education* (Ed. actualizada). Haymarket Books.
- Gongloff, M. (2025, noviembre 5). Palantir's Alex Karp is stealing from Musk's playbook. *Bloomberg*. <https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2025-11-05/palantir-alex-karp-is-stealing-from-musk-s-playbook>

- Haraway, D. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599.
- Hill Collins, P. (2009). Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment. Routledge.
- hooks, b. (1994). *Teaching to transgress: Education as the practice of freedom*. Routledge.
- hooks, b. (2003). *Teaching community: A pedagogy of hope*. Routledge.
- Hughes, T. (2024). The political theory of technocolonialism. *European Journal of Political Theory*, 0(0). <https://doi.org/10.1177/14748851241249819>
- Huws, U. (2019). The hassle of housework: Digitalisation and the commodification of domestic labour. *Feminist Review*, 123(1), 8-23. <https://doi.org/10.1177/0141778919879725>
- Ipar, E., Villarreal, P., Cuesta, M., y Wegelin, L. (2022). Dilemas de la esfera pública digital: Discursos de odio y articulaciones político-deológicas en Argentina. *América Latina Hoy*, 91(8), 93-114. <https://doi.org/10.14201/alh.27755>
- Jarrett, K. (2013). The relevance of “women’s work”: Social reproduction and immaterial labor in digital media. *Television & New Media*, 15(1), 14-29. <https://doi.org/10.1177/1527476413487607>
- Kaplan, K. A. (2003, noviembre 19). Facemash creator survives Ad Board. *The Harvard Crimson*. <https://www.thecrimson.com/article/2003/11/19/facemashcreator-survives-ad-board-the/>
- Kayyali, D. (2025, enero 9). Meta’s content moderation changes are going to have a real world impact. It’s not going to be good. *Dangerous Speech Project*. <https://www.dangerousspeech.org/libraries/metasp-content-moderation-changes-are-going-to-have-a-real-world-impact-its-not-going-to-be-good>
- Kvangraven, I. H. (2020). Beyond the stereotype: Restating the relevance of the dependency research programme. *Development and Change*, 52(1), 76-112. <https://doi.org/10.1111/dech.12593>

- Morcillo, S., Martynowskyj, E., y de Stéfano Barbero, M. (2025). "No estoy en contra del feminismo, pero..." Reacciones de oposición al feminismo en discursos online en Argentina. *Mora*, 30(2), 109-126.
- Morozov, E. (2013). To save everything, click here: The folly of technological solutionism. Public Affairs.
- Morozov, E. (2022). Critique of techno-feudal reason. *New Left Review*, 133/134. <https://doi.org/10.64590/13n>
- Noble, S. U. (2018). Algorithms of oppression: How search engines reinforce racism. NYU Press.
- Norris, P., & Inglehart, R. (2019). *Cultural backlash: Trump, Brexit and authoritarian populism*. Cambridge University Press. <https://www.cambridge.org/core/books/cultural-backlash/3C7CB-32722C7BB8B19A0FC005CAFD02B>
- Ocoró Loango, A. (2025). Mujeres afrodescendientes en la Argentina: Activismos, espacios de participación y desafíos en el marco de las políticas de ajuste de Javier Milei. *Diáspora Africana*, 2(2), 80-92. <https://ainalc.org/ojs/index.php/diaspora/article/view/65>
- PowerfulJRE. (2025, enero 10). *Joe Rogan Experience #2255 - Mark Zuckerberg* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=7k1ehaE0bdU>
- Rottenberg, C. (2018). *The rise of neoliberal feminism*. Oxford University Press.
- Siapera, E. (2019). Online misogyny as witch hunt: Primitive accumulation in the age of techno-capitalism. En D. Ging & E. Siapera (Eds.), *Gender hate online*. Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-319-96226-9_2
- Scharff, C. (2012). Repudiating feminism: Young women in a neoliberal world. Routledge.
- Schild, V. (2015). Feminism and neoliberalism in Latin America. *New Left Review*, 96. <http://doi.org/10.64590/7pm>
- Schwartz, B. M. (2003, noviembre 4). Hot or not? Website briefly judges looks. *The Harvard Crimson*. <https://www.thecrimson.com/article/2003/11/4/hot-or-not-website-briefly-judges/>

- Segato, R. (2020). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. LOM/Prometeo.
- Utrata, A. (2024). Engineering territory: Space and colonies in Silicon Valley. *American Political Science Review*, 118(3), 1097-1109. <https://doi.org/10.1017/S0003055423001156>
- Varsavsky, O. (1971). *Proyectos nacionales: Planteo y estudios de viabilidad*. Ediciones Periferia.
- Varsavsky, O. (1974). Estilos tecnológicos: Propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista. Ediciones Periferia.
- Villegas Plá, B. (2023). Dependency theory meets feminist economics: A research agenda. *Third World Quarterly*, 45(8), 1325-1342. <https://doi.org/10.1080/01436597.2023.2292176>
- Williams, R. (2023). *La larga revolución* (H. Pons, Trad.). Verso Libros.
- de Winkel, T., Gorzeman, L., de Wilde de Ligny, S., ten Heuvel, T., Blekkenhorst, M., Prins, S., & Schäfer, M. T. (2024). The Gab Project: The methodological, epistemological, and legal challenges of studying the platformized far right. *Journal of Right-Wing Studies*, 2(1). <https://doi.org/10.5070/RW3.1448>

La construcción mediática del odio contra las mujeres en la vida pública

Ayelén Sidun

Primero, gracias a este congreso, que, la verdad, lo hicieron con mucha valentía en estos tiempos, y con mucho esmero. Gracias a la Vicepresidenta de la Universidad, a Andrea Varela y todo su equipo; a la Secretaría de Derechos Humanos y Políticas de Igualdad, con Verónica Cruz y su equipo; a esta universidad que, en un momento tan difícil, sigue sosteniendo espacios como este. Ayer tuvimos también el gusto de ver los premios Julieta Lanteri, que son una oportunidad para reconocernos, para valorar el recorrido de las mujeres y lo que ha sido —y sigue siendo— la lucha en cada una de las instituciones, sobre todo en aquellos lugares donde históricamente los roles parecían reservados solo a varones.

Entre las preguntas que ustedes proponen como disparadores, y algunas ideas que yo traía para pensar, hay algo que me resuena mucho de lo que dijeron las compañeras en relación a lo que le pasó a Cristina. A mí no me pone triste —porque la tristeza me suena débil frente a una injusticia—, me indigna. Porque lo que pasa con Cristina tiene que ver con un sistema judicial que nos perjudica, que es injusto con nuestras causas. Esta vez le toca a ella, pero otras veces les toca a otros, y casi siempre les toca a los pobres y a las pobres que están en las cárceles. Hay que pensar cómo este sistema judicial, este “partido judicial” visibilizado hoy por la situación de Cristina, nos afecta todo el tiempo.

Y en ese sentido, quiero retomar el eje que ustedes proponen: la responsabilidad de los medios. Trabajo en una Facultad de Periodismo y Comunicación, y pienso en varios casos que lo muestran con claridad.

Junto al caso de Cristina, podemos mirar otros en Latinoamérica: el golpe blando contra Dilma Rousseff en Brasil, impulsado por un armado judicial y mediático que la sentó literalmente en el sillón de las acusadas; o la presidencia de Xiomara Castro en Honduras, muchas veces silenciada o deslegitimada por los grandes medios.

De la misma manera que sucedió con Cristina Fernández de Kirchner —desde aquellas tapas horribles de la revista *Noticias* hasta la cobertura permanente que buscó ridiculizar o erotizar su imagen política—; también ha acontecido con Claudia Sheinbaum en México, y, con Xiomara Castro, en Honduras. En este caso, un estudio de la UNAH, presentado en el Congreso de Investigaciones y Posgrado en 2024, declara que, en los primeros seis meses de su gobierno, los dos principales medios del país publicaron 1.800 notas: más de 1.600 mencionaban al presidente anterior, y solo unas 200 a Xiomara, casi siempre de modo misógino y sin destacar su gestión.

Si alguien no tiene claro qué son los discursos de odio, alcanza con mirar esas imágenes o escuchar la repetición constante de un mensaje durante 24 horas en los canales de noticias. Esa insistencia, esa reiteración obsesiva contra una figura pública, es justamente lo que construye el odio.

Y no solo afecta a las lideresas políticas. También a las mujeres que ocupan otros lugares. Pensemos en Julia Mengolini —periodista argentina—, en cómo arrasaron con su integridad en estos días, apelando al viejo “miente, miente, que algo quedará”. Siempre queda algo: una sospecha, un “algo pasó”. Y eso alcanza para dañar. Pensemos en Florencia Peña —actriz argentina—, atacada por su posición política, o en Cynthia García —otra periodista de nuestro país—, a quien en 2019 le hackearon su blog, le entraron a su casa y le dejaron billetes sobre la cama como amenaza. Todas ellas, mujeres vinculadas

al campo nacional y popular. Son prácticas violentas que se repiten, que se recrudecen, pero que vienen de lejos.

Por eso me interesa el concepto que se viene trabajando últimamente: la ginofobia —o ginopia, como se ha llamado—, esa deslegitimación sistemática de las mujeres y de sus voces públicas, solo por su condición de género. Y ahí también hay algo para mirar: quiénes repiten, quiénes reproducen sin cesar esos mensajes.

Ahora bien, volviendo al eje de esta mesa —la responsabilidad de los medios y las políticas públicas—, creo que es fundamental repensar y construir una mirada de receptores críticos. Los receptores no nacen, se hacen. Tenemos que recuperar la enseñanza básica del periodismo: preguntarnos de dónde viene la información, quién la produce, por qué, con qué intención. En la era del celular, cuando en cada semáforo consumimos y reenviamos noticias, necesitamos detenernos, repreguntar, dudar. Cuando tu tía te reenvía una noticia, hay que preguntar: ¿de dónde salió?, ¿por qué lo dice?, ¿qué busca generar?

Estamos en un tiempo en que es urgente pensar cuánto nos exponemos, y también cuánto callamos por comodidad o por temor. Porque sí, hay miedo. Lo sabemos. Pero justamente por eso es necesario decidarnos a hablar. Porque cuando el horror se vuelve demasiado visible, cuando todo empieza a parecerse demasiado a algo que ya vivimos en este país hace no tantos años, es momento de preguntarnos cuál es nuestro lugar como mujeres, desde la academia, desde las redes, desde los medios, desde cada uno de nuestros espacios.

Las redes sociales son un campo de disputa. Un territorio que tenemos que disputar también desde lo nacional y popular, porque si no lo ganan otros: lo gana el mercado.

Y quiero cerrar con un fragmento de *Los miserables*, de Víctor Hugo. Él la escribió en 1862, pero ambientada en la Francia de 1815, poco después de la guillotina de María Antonieta. El protagonista, Monseñor Bienvenu, es un hombre compasivo, diferente, y en un momento lo mandan a darle las condolencias a quien va a ser ejecutado. Y él dice:

Podemos ser indiferentes hasta cierto punto ante la pena de muerte, no pronunciarnos, decir que sí o que no, mientras no hayamos visto una guillotina con nuestros propios ojos. Pero si nos topamos con una, la sacudida es tan violenta que hay que decidirse y tomar partido. La guillotina es la solidificación de la ley; su nombre no es neutral, ni nos permite ser neutrales a nosotros. Quien la ve se estremece con el más misterioso de los estremecimientos: todas las cuestiones sociales se yerguen en torno a esa cuchilla como un punto de interrogación.

Nosotras no podemos seguir viendo caer la guillotina sin pronunciarnos. Las universidades, los espacios públicos, no podemos seguir mirando cómo la guillotina cae sobre una de nuestras lideresas sin decir nada. No es posible en un país que vivió una dictadura feroz hace tan poco. Mientras las y los desaparecidos sigan siendo nuestra bandera de lucha, tenemos que defender —desde la comunicación, desde el feminismo, desde donde estemos— a las periodistas que son atacadas y, por supuesto, a Cristina. Porque si hoy la guillotina cae sobre ella, mañana puede caer sobre cualquiera de nosotras.

Discursos de odio, militancia y afectos en la Argentina contemporánea

Julia Eva Saggini

Yo no sé muy bien qué hago acá. Hay gente con títulos en esta mesa y yo. De verdad, es un honor. Pero es como la octava vez que piso una universidad, y la mayoría fue para tomar universidades a las que no asistía. Porque, además de todo lo que dijeron, soy peronista, soy kirchnerista y creo en la justicia social. Y creo que no hace falta vivir lo que vive el otro para defenderlo.

Recién miraba a la gente que está acá. Anoche pensé: “¿Qué me pongo?”. Y dije: “Me voy a poner verde, porque somos feministas”. Veo un montón de gente de verde, así que aguante el feminismo y la ley del aborto. Pensé: “Va a haber varias de verde”. Y las veo, todas anotan, tienen libros, compu... y yo no preparé nada.

Mientras hablaban las compañeras dije: “Bueno, voy a buscar algo, a ver qué digo”. Y recurrí a una fuente a la que recurro mucho: ChatGPT. Le puse un nombre: Francisca, por el papa, pero quería que tuviera nombre de mujer porque estoy cansada de los hombres en el poder. Y le pregunté: “¿Qué es un discurso de odio?”. ChatGPT dice: “un discurso de odio es cualquier tipo de expresión oral, escrita, gestual o simbólica que promueve, incita o justifica el odio, la discriminación o la violencia contra una persona o grupo por características como raza, etnia, nacionalidad, religión, género, identidad de género, orientación sexual, discapacidad o ideología política”.

Ahí me puse a pensar si yo hacía algo de eso. Raza o etnia, no. Nacionalidad, no. A veces me enoja con Estados Unidos. Y con Es-

pañá, perdón compañera Anita, pero uno se enoja con las potencias. Religión, no. Género, no. Ideología política... a veces sí, me enoja y puedo ser bastante mala con los libertarios, lo cual no me enorgullece. Después dice: “Suele agravarse en contextos de tensión política, social o económica”. Y bueno, nos toca atravesar una época así. Es una caída.

Yo soy de Rosario. Me acuerdo del Congreso de la Lengua en 2004, cuando pusieron a Fontanarrosa en el cierre. Él también decía: “No sé por qué me trajeron viendo tantos letrados, pero algo puedo aportar”. Y creo que si hay que hablar de feminismo y de odio, no hace falta saber mucho, sino ser buena persona. El feminismo es eso: si sos un poco buena persona, no odiás del todo; te enojás, pero querés igualdad y justicia social.

No quiero hablar en términos de bien y mal, pero vivimos un tiempo jodido. La compañera Josefina recién nombraba a las mujeres —y varones también— que están presas, y a un sorete que pide cárcel o bala para los que pensamos distinto. No porque le pidamos cárcel o bala a ellos, sino porque no queremos que vendan YPF, ni que se desfinancien las universidades, ni que los pibes con cáncer se queden sin tratamiento. Queremos que la gente acceda a derechos básicos, y eso para ellos es motivo de odio. Como no pudieron meternos presos a nosotros, metieron presa a la que logró todo eso.

Yo fui fuente de ataque de esos tipos. Feinmann dijo que incitaba al odio porque dije “si la meten presa a Cristina, le vamos a parar el país”. Jonny Viale, Wiñazki... dijeron barbaridades. Que hace 20 años defendiendo a Lázaro Báez: ¡si hace 20 años estaba aprendiendo a dividir!

El odio los mueve. Y les molesta nuestra alegría. Decían “¿qué festejan?”. No sé si festejamos, pero vamos con alegría porque nos juntamos. Nos dolió que metan presa a Cristina, claro. Pero igual cantamos, recordamos canciones olvidadas. Veías a una señora llorando, otra abrazándola, una piba riendo, una nena que quería ver a Cristina, que es como nuestra Evita.

Argentina tiene años perro. En un año pasan siete cosas. Por eso pienso que Conan debe tener 140 años, y eso es grave, porque hay un presidente que habla con un perro que no existe. No es banal: dice que Dios le habló al perro y el perro a él. Vivimos un delirio mesiánico de alguien que cree que nos viene a salvar, y nos está hundiendo. Ese mamarracho, como dijo la compañera Cristina, nos está arruinando el país que tanto queremos. Y cuando meten presa a Cristina, nos están metiendo presos a todos. No la tenemos que dejar sola.

Si te pasa eso, sos feminista, flaca. Te lo tengo que decir. Y está tan vapuleado el término... Recién hablábamos con Sol en el remis que nos trajo sobre eso de “si nos pasamos tres pueblos”. Yo también dudé. Pensé: ¿hicimos algo mal? Me duró cinco minutos. Porque uno busca explicación para que la derecha vuelva a gobernar y oprima nuestros cuerpos y libertades. Pero no, no hicimos nada mal. Cometimos errores, sí, pero en pos del bien común. Esto que pasa ahora no es error: es maldad. Es crueldad. Estamos ante el gobierno de la crueldad. Pero la tortilla se va a dar vuelta. No es falso optimismo: esto ya lo vivimos.

A veces me río de estos tipos, y los invito a cagarse de risa en la cara de estos hijos de puta. El humor está vapuleado. A Milei le dicen payaso: no lo es. Yo trabajé de payasa muchos años. El payaso muestra la realidad. El humor es importante: ridiculiza a los poderosos y los deja en evidencia. Hay que reírse de ellos. Pienso en Capusotto, en Tato Bores. Dicen que Capusotto la vio con Micky Vainilla. No, la vio para atrás: esto ya pasó. Pasó con Martínez de Hoz, con Menem, con todos. Por eso el humor es vital: porque nos permite mirarlos y reírnos de la mierda que son.

Y para cerrar, quiero leer un poema de Alejandro Robino (2018), “Instrucciones para capear el mal tiempo”. Creo que representa lo que tenemos que hacer como militantes. No importa si no están en una organización: somos militantes de la vida, militantes políticos en defensa de la democracia.

En primer lugar, no se desespere y en caso de zafarrancho
no siga las reglas que el huracán querrá imponerle.
Refúgiase en la casa y asegure los postigos una vez que
todos los suyos estén a salvo.
Comparta el mate y la charla con los compañeros, los besos furtivos y las noches clandestinas, con quien le asegure ternura.
No deje que la estupidez se imponga.
Defiéndase.
A la estética, ética.
Esté siempre atento.
No les bastará empobrecerlo y lo querrán someter con su propia tristeza.
Ríase estentóreamente.
Mófese: la derecha está mal cogida.
Será imprescindible cenar juntos cada día hasta que la tormenta pase.
Son cosas simples, sencillas, pero no por ello, menos eficaces.
Diga hacia el costado buen día, por favor y gracias.
Y la concha de tu madre cuando lo soliciten desde arriba.
Tírele con lo que tenga, pero nunca solo.
Ellos saben cómo emboscarlo en la desprevénida soledad de una tarde.
Recuerde que los artistas serán siempre nuestros.
Y el olvido será feroz con la comparsa de impostores que los acompaña.
Todo va a estar bien si me hace caso.
Sobreviviremos nuevamente, estamos curtidos.
Cuidemos a los pibes que querrán podarlos.
Solo es menester bien pertrecharse y no escatimarnos amabilidades.

Deberemos dejar a mano los poemas indispensables, el
vino tinto y la guitarra.
Sonreírles a nuestros viejos como vacuna contra la angus-
tia diaria.
Ser piadosos con los amigos.
No confundir a los ingenuos con los traidores.
Y aún con estos, tener el perdón fácil para cuando vuelvan
con las ilusiones forreadas.
Aquí nadie sobra.
Y eso sí, ser perseverantes y tenaces, escribir religiosamen-
te todos los días, todas las tardes, todas las noches.
Aún sostenidos en terquedades si la fe se desmorona.
En eso, no habrá tregua para nadie.
La poesía les duele a estos hijos de puta.

Feminismos en disputa: estrategias frente al antifeminismo

Sol Despeinada

Bueno, muy buenas tardes/días —no sé, son las cuatro menos veinte, así que todavía no sé qué decir. Lo único que voy a decir es *like* y *retweet* a todo lo que dijo la compañera. *Like* y *retweet* absoluto. La verdad es que me impresiona todo lo que pasó acá. También me impresiona un poco la cámara que me apunta desde abajo, directo a la papada, pero bueno. Mientras escuchaba, miraba a mis costados y veía centros de cómputos: la compañera con la computadora, a pleno; un verdadero *call center* de feminismo. Vale ya está haciendo una tesis en dos minutos, con mil papeles. Perdón por levantarlo, no voy a mostrar nada, pero... ¿en qué momento hiciste todo eso? Yo acá, mirando Twitter cada tanto. Por estas cosas una no avanza, ¿no? Bueno, está bien, he filtrado acá.

Tenía algunas cositas para decir —aunque no lo crean, algo anoté—. Mientras escuchaba a la compañera, recordé que existían los *coach* de sexualidad masculina. Gracias por eso, gracias por traerlo, porque siento que es una actividad que tengo que ver cada tanto a la noche antes de dormir. Ver el esfuerzo sobrehumano que hacen para que subsista la especie y no lo logran. Pensar que hay más gente que prefiere que le metan aparatos y agujas para poder reproducirse antes que estar con esos sujetos... veo como, bueno, bien, vamos bien. Me hace bien de alguna manera. Pienso que quiero un collage, quiero una remera con las caras de ellos. Podría pensar en algún emprendimiento de ese tipo, porque algo de plata tengo que sacar.

Más allá de eso, me parece súper interesante lo que dijo mi compañera sobre la visibilidad que los feminismos pudimos aportar al debate público y que la reacción de mucha gente fue como: “está pasando esto, no sabía”. Pensábamos que la gente, al enterarse de estas cosas, se espantaría, pero la gente era como: “ah, ¿no sabías que tal le pegaba a tal? ¿O no sabías? Ah, pero yo sabía de hace mil y está todo bien, porque los hombres tienen más fuerza que su masa muscular”. Y así empiezan los debates de anatomía, cuando en realidad el problema era cultural.

Me parece que visibilizar en una primera instancia es válido, apoyo eso. Aunque no nos dio los resultados que hubiéramos querido, somos de una generación que queremos todo rápido; queremos cambiar el mundo en cuatro o cinco años. No va a pasar así, pero no quiero ser negativa: quiero poner sobre la mesa algunas realidades que, desde mi perspectiva, deben suceder. No basta con nuestra intención, tienen que pasar generaciones enteras, replantearse sus crianzas y reforzar sus memorias.

Siempre cuento que, cuando era una pequeña Sol Despeinada, decía: ni machismo ni feminismo. Soy recuperada de eso. Sí, claro, he ido a la granja de rehabilitación de mujeres y entendí todo, pero cuando tenía 14 o 15 años realmente lo pensaba. En algún momento, todas las preguntas que surgieron en mí me las trajeron amigas, compañeras, pares. Eso es fundamental: fue clave para entender y ponerse en el lugar de la otra, y que la otra se pueda poner en el mío. Esa es una de las bases fundamentales del movimiento, que nos dio mucho tejido social feminista, sobre todo en 2015 y 2018. Hay toda una historia detrás, de muchos años, que no siempre nombramos porque no la tenemos tan cerca, pero venimos heredando mucho de eso.

También creo que el feminismo ha quedado cansado; es una lectura personal, pero como tengo micrófono lo voy a decir. Hay algo de cansancio, algo que agota de la exposición y que nos ha quemado el cerebro. Los medios nos pusieron directamente en primera línea porque era una moda, no porque apoyen nuestras ideas o luchas. Era

algo que la gente miraba y compraba, y todas debían pasar muchas horas explicando por qué no está bien matar a tu esposa. Eso nos agotó y cansó, sobre todo a las feministas líderes o de primera línea digital. Por supuesto, las estrategias de otros grupos que actualmente trabajan en el Estado también influyen, pero las feministas más antiguas los tenemos bien vistos.

Hay algo fundamental en estas estrategias: demuestran que tu feminismo va a tener consecuencias para el poder. Lo que decís o hacés puede tener consecuencias reales: no solo bloqueos en redes, sino ir presa, ser asesinada, recibir amenazas o intimidación constante; va a haber dos días que no vas a poder prender el celular de toda la cantidad de fotos de pijas que vas a recibir. Esa es una de las principales estrategias: generar miedo, porque el miedo es el motor del silencio.

Otra estrategia es deslegitimar nuestras consignas: todo se pone en duda. “¿Qué es violento?”. Empiezan los argumentos de retroceso: “algo habrá hecho”, “¿qué pollera usaba?”, “vos provocás también”, “no seas maleducada”, “no incomodes a otros”. La ventaja es que ya conocemos ese camino; el problema estratégico es que volvemos al mismo punto por el mismo camino que ellos ya tienen allanado.

La sorpresa para los movimientos feministas es que debemos reorganizarnos muy rápido. Para lograrlo, necesitamos estar más unidas, conectadas, guardar los egos y darnos espacio. Muchas personas con voz, micrófono, marcas, poder económico o medios nos deben permitir ocupar nuestro lugar o sentarnos al lado, como sucedió hasta 2018. Ya no lo hacen, bajo la consigna de que “se piantan los votos”. O tenemos poder o no significamos nada; no es nuestra culpa que el país esté en caos, pero tampoco se ponen de acuerdo entre ellos. Mi consejo: califiquen bien a sus enemigos. No nos subestimen; eso es un error que nos da ventaja, siempre y cuando estemos preparadas para aprovecharla.

También es importante definir nuestros caminos: academia, territorio, lo digital; qué voces son necesarias y cuáles no nos interesa

escuchar, pero son fundamentales para el movimiento. Correr nos del ego es clave para un movimiento transversal y horizontal.

Otra estrategia es fragmentarnos. No todo es culpa del resto, pero debemos hacer autocrítica: cualquier movimiento político debe hacerla. El feminismo es un movimiento político y debe regirse por sus reglas.

Por último, debemos reconocer las victorias del otro: son muy inteligentes. Cuando viajábamos para acá, hablábamos de “pasarse tres pueblos”; me pasó dudar dos o tres días, casi convencida por otros, pero no. La responsabilidad es nuestra de argumentar por qué no existe eso de “pasarnos pueblos”.

En fin. Lo otro también fundamental es que empieza la campaña de silenciar líderes y referentes del feminismo, pero es el ABC, es lo clásico. Yo no veo ninguna sorpresa, y eso que no me dedico a estudiar política; no me pasa de sorprenderme, no me pasa de decir “wow, no puedo creerlo”, una fake news sobre una feminista. Me indigno, me solidarizo, por supuesto, pero no me sorprende.

Me parece importante poder estudiar cómo la derecha se organiza en función del feminismo que se planta y llega al poder planteándose abiertamente como antifeminista. No es sorpresa que haya llegado con esta idea; de hecho, llegó al poder gracias a ella. Entre muchas otras, entre muchos antis, son anti todo: anti cosa, anti terapia, anti baño, anti perros, anti no sé qué. Son anti un montón de cosas. No los vas a escuchar nunca diciendo “son pro qué”, porque todo lo que es pro algo los hunde más. No van a decir “aguante este modelo, aguante esta política”; se paran a decir de lo que se diferencian.

Eso les dio una identidad: la de antifeministas. No creo que sean antimujeres, porque las necesitan; nos necesitan, las necesitan con su *dress code*, de diputadas de La Libertad Avanza, con la performance que realizan; son como unas drags de pelotudas haciendo ese rol y no tengo ningún problema.

Necesitan a las mujeres. Por eso los discursos son disfrazados cuando son antimujeres. Las van a tratar de pelotudas, nos van a tra-

tar de pelotudas, pero siempre va a venir una coleta de la mujer con su vientre de milagro, fetos y endometrios. Sí, vos, la del útero. Es cierto, el milagro de la vida, vení y sumate con nosotros allá atrás. No hables. Siempre es eso. Nos necesitan.

Son antifeministas, no antimujeres, o al menos no lo dicen mucho. Y algo muy cruel que también sucede, incluso peor, tiene que ver con los movimientos LGBTQ+ y la diversidad. En vez de deslegitimar lo que dice el movimiento feminista, con la diversidad pasa algo más grave: lo patologizan. Hay perversidad, hay adoctrinamiento, pedofilia; intentan volver esos discursos patologizantes. Recomendando leer cómo hablaban los textos de psiquiatría, los DCM, sobre la homosexualidad como enfermedad, y cómo tuvo que salir la OMS a corregirlo. También tuvo que salir el Estado; estamos esperando que las religiones lo reconozcan, será la tercera fuerza pendiente. El Estado quiere volver a eso.

Seamos vivos, vivas, inteligentes. Si hay consenso de que quieren volver a la patologización, hay que sentarse a leer la OMS, las asociaciones de psiquiatría de hace 100 años, investigar, porque ellos basan sus discursos en eso. No alcanza con quejarnos; hay que estudiar, armar marco teórico, porque en algún momento volverá la discusión sobre el feto, las células, el bebito, el ingeniero; y hay que estar preparadas. No hay que esperar a que lo quieran sacar: hay que estar ya con la carpeta lista en la puerta del Congreso, listas para debatir, con abogadas, médicas, enfermeras, vecinas, compañeras, todas. Para eso hay que prepararse. Se puede hacer la lloradita cinco minutos, y después sentarse a leer, estudiar y preparar marco teórico, como hace la compañera aquí a mi lado, haciendo notas del celular, obviamente.

Lo último que voy a decir es que las violencias se actualizan; las violencias son las mismas, cambian sus formas, pero las reacciones también deben actualizarse. Pensemos cómo actualizar ese sistema operativo que es nuestra política, nuestra forma de vivir, las ideas que queremos llevar adelante, el mundo que queremos cambiar. Cambiar una situación, una realidad, un mundo lleva tiempo; se necesita teji-

do, armar tejido social. No podemos dividirnos de manera que todo sea disfuncional. No hay posibilidad de que una feminista sobreviva si no sobrevive un ecosistema de feministas. No hay posibilidad de que una diversidad sobreviva si no hay un ecosistema; para que nuestra individualidad subsista, tiene que subsistir todo el ecosistema. No hay manera sin ayudar a la compañera, sin ayudar al otro a crecer, a que su voz sea escuchada. Eso me parece fundamental. Llévense esto para pensar: individualidades y ecosistemas.

Discursos de odio, pedagogías y culturas en tiempos de crueldad

Valeria Di Croce

Agradezco mucho que me invitaran a participar en el conversatorio. Estas instancias de circulación de la palabra, de dedicarnos tiempo, de escucharnos, son necesarias para ir construyendo una narrativa colectiva. Eso es fundamental en los feminismos: el pensamiento colectivo. Por eso me cuesta decir individualmente sin sumar la palabra de quienes me antecedieron.

Se habló de lo que llamo los “tecno ricos”, los hombres de Silicon Valley, dueños del capital de la nube en palabras de Yanis Varufakis (Tecnofeudalismo, 2024), Anita Fuentes los llamó “tecno bros”, lo voy a incorporar. En la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, donde doy clases, hablamos mucho con los y las estudiantes de política, comunicación y del poder económico. Anita mencionó cuatro de estos tecno ricos, lo multimillonarios, siempre cuento que hoy son ocho de los diez hombres más ricos del mundo quienes están vinculados al capitalismo de plataformas. En 2020 eran solo dos: Mark Zuckerberg y Bill Gates. Después de la pandemia, y a partir de una transferencia de recursos extraordinarias al sector tecnológico, el mapa del poder económico se modificó: ocho de los diez hombres más ricos del mundo están vinculados al capitalismo de plataformas. Estos hombres son quienes definen qué hacemos con nuestro tiempo y se benefician de nuestra atención.

En cuanto a lo que dijo Sol Despeinada, quiero agregar algo sobre el espacio en el cual se amplifica la palabra de las nuevas derechas.

Se trata del ecosistema mediático digital, un espacio generado por las plataformas y los negocios de los tecno ricos (Jeff Bezos, Elon Musk, Mark Zuckerberg o Peter Thiel), en el cual los medios tradicionales, las redes sociales y los *streamers* confluyen para dar espacio a narrativas y discursos a nivel global con cuatro “enemigos” que se traducen en ejes de polarización: en el caso de Argentina el primero es “Derechos Humanos” (organismos y militantes de derechos humanos). Siempre uno de los ejes se vincula con un tema que habilita tensiones en la sociedad y el debate público. Luego hay tres ejes comunes a todos los países: ambientalismo, feminismos e ideología de género, e inmigración. Estos ejes —muchas veces asociados a la Agenda 2030— se asocian a grupos e individuos que actúan como chivos expiatorios: se culpa a las feministas por todos los males; a los ambientalistas por frenar el desarrollo al advertir la necesidad de regular el extractivismo de minerales necesarios para el desarrollo de las empresas de tecnología; y a los inmigrantes por la inseguridad o la falta de trabajo.

Esto no es nuevo. Es muy importante estudiar y pensar a qué se oponen y qué defienden. Por eso es tan importante pensar en tres dimensiones: económica, política y social.

En el gobierno de Mauricio Macri (2015-2019), quienes se manifestaron en la calle fueron las mujeres, lo mismo sucedió en el inicio del gobierno de Javier Milei. Quienes denuncian constantemente el capitalismo de la crueldad fueron los feminismos, las diversidades, los y las ambientalistas, los y las inmigrantes. No es casualidad: estos colectivos visibilizan que este modelo tendrá consecuencias catastróficas. Lo que está en crisis es la mirada occidental que se impone desde Estados Unidos, como señalaba Julia Eva.

Estos ocho hombres, los más ricos del mundo, son estadounidenses, y su riqueza radica en el poder, en un faro que revitaliza un capitalismo voraz: el 1% concentra el equivalente al 99% restante. En ese contexto, las mujeres construyen comunidad y denuncian ese poder que destruye vínculos sociales y deshumaniza la sociedad.

Este capitalismo tiene otra particularidad: los “*tecno Bros*” o *tecno ricos* fragmentan y proponen un mundo con menos trabajadores y trabajadoras. Empresas como Google en su mejor momento llegaron a tener poco más de 60.000 trabajadores, mientras que General Motors en los años de esplendor (década de los setenta) llegó a superar los 600.000 trabajadores (Nick Srnicek, 2018). El capitalismo de plataformas que buscan imponer a nivel global, está representado en Argentina por Javier Milei, y requiere solo del 10% del empleo actual. No es una cuestión de simpatía: no es viable ni posible que lo aceptemos sin cuestionarlo, sin discutirlo, sin ser parte del debate.

La consigna de este conversatorio incluye dos palabras que me obsesionan bastante, porque todo esto que les conté, de lo que venimos hablando, está representado en las imágenes de la presentación⁴ que acompaña esta exposición. El odio y la crueldad como ejes permanentes en la historia argentina reciente. Cuando presentaba el libro *El arca de Milei. ¿Cómo y con quién construyó su poder?* (Ediciones Futurock, 2024) me ocupaba de dejar en claro que la crueldad no viene de Milei, la crueldad en Milei viene de antes. Las imágenes incluidas en la presentación forman parte de un archivo que comienza en 2007. Nada de lo que ven es nuevo. No empezó el 10 de diciembre de 2023. Hay frases incluso del 2007 y 2008 que se naturalizaron y consolidaron en un “clima de odio generalizado”. No son palabras mías, sino de Fernando Sabag Montiel, el joven que puso un arma en la cabeza de la dos veces presidenta en ejercicio de la vicepresidencia el 1º de septiembre de 2022. “Cristina, entre la bala que no salió y el fallo que sí saldrá”, tituló un diario argentino (*Clarín*, 11 de septiembre de 2022).

Sabag Montiel afirmó que quiso matar a Cristina Fernández de Kirchner porque había un “clima de odio generalizado” del cual ella era responsable “por chorra, asesina y corrupta”. Las palabras nombran mundos. El lenguaje es social. Este mensaje del que se apropió quien intentó asesinar a la primera presidenta electa en Argentina se

4 Di Croce, V. (2025). Discursos de odio, pedagogías y culturas en tiempos de crueldad (21 diapositivas) <https://es.slideshare.net/slideshow/discursos-de-odio-pedagogias-y-culturas/284086264>

consolidó durante casi 20 años. Violencia simbólica, política, física, naturalizada por el sistema que conforman el ecosistema mediático digital, el poder económico y un sector del poder político.

El intento de asesinato de Cristina y su posterior detención por una condena injusta no puede dissociarse de lo que “esa mujer” que representa para el poder económico y político en Argentina y la región. El “castigo” no termina con ella. Alecciona a quienes se sienten representados por sus ideas. La detención reciente de compañeras y compañeros —cuyos rostros vemos en las imágenes de esta mesa— demuestran que quienes defienden las mismas ideas podrían terminar igual o peor. Ayer habló la ex presidenta sobre este terrorismo de Estado de baja intensidad y la deriva autoritaria que encabeza Javier Milei y ejecutan quienes integran el gobierno en connivencia con el poder judicial mafioso, cuyos rostros son los tres miembros de la Corte Suprema de Justicia (Horacio Rosatti, Carlos Rosenkrantz y Ricardo Lorenzetti).

Cabe preguntarse cómo se instaló la narrativa del odio y la crueldad en relación a la figura de Cristina. Por ejemplo, se decía que Javier Milei no criticaba a Cristina, que la ignoraba. En el video⁵ que comparto se muestra un compilado de declaraciones del actual presidente en el período de 2017 a 2022 que dan cuenta de cómo se instalan falacias desde el ecosistema mediático digital. El actual presidente empieza a hablar de los feminismos a fines de 2018, coincide con el debate en el Congreso de la Ley de interrupción voluntaria del embarazo y el primer debate durante el macrismo. Lo hace en un contexto donde se empieza a vincular con figuras como Agustín Laje y Nicolás Márquez. Este último establece que estamos en una guerra ideológica que busca exterminarnos a todos los que pensamos distinto o tenemos identidades diferentes. Son palabras que deberían preocuparnos. Insisto, lo peor en Milei viene de antes.

5 Canal El Arca de Milei (8 de noviembre de 2025). Javier Milei sobre Cristina Fernández de Kirchner [Archivo de Video] YouTube. <https://youtu.be/9xI4MY-yocA>

No me causan risa. No puedo reírme con lo que hacen, porque hay muchas similitudes con lo que pasó en Estados Unidos con Trump, en Brasil con Bolsonaro, lo que impulsa Vox en España. Me preocupa este modelo comunicacional que se basa en la organización política del odio. Hoy es Milei, pero podría ser cualquier otro. Por eso propongo este racconto de la discursividad y narrativa que se construye en torno a la figura de Cristina y lo que representa. No se trata de discutir personas, sino ideas, porque las ideas no desaparecen cuando Milei termina su mandato. Ya hay un grupo consolidado en la sociedad, que viene de mucho tiempo atrás, formado por pibes de la manosfera, foros y grupos visibles desde 2017-2018, como Juan Pablo Carreira, Daniel Parisi y Agustín Romo, hoy miembros del gobierno nacional con una agrupación llamada Las Fuerzas del Cielo.

Una de las cosas que me preocupa del video es cuando Milei dice “la sodomita del capital” y le piden “dame más”. Es un programa televisivo llamado *Las Otras*, con todas mujeres sentadas en la mesa. Esto implica también discutir cómo degradaron instituciones que podrían poner límites, desde universidades y observatorios de medios, a las normas y controles que podían activarse para frenar estas cosas, poner límites a la violencia mediática y simbólica.

Entonces, cuando uno observa ese shock permanente, el caos al que nos someten, una se pregunta “¿a dónde voy y denuncio esto? ¿Dónde pongo un límite necesario y urgente?” porque se va consolidando, crece y se difunde la idea de que todo está permitido.

Esa también es parte de nuestra tarea: reconstruir lo dañado, reparar aquello dañado que es indispensable para recomponer los lazos sociales, con el objetivo de que esto no vuelva a pasar. Cuando uno escucha a Cristina Fernández de Kirchner decir “muerta o presa, presa o muerta”, ese fue el objetivo, pero para eso necesitaron ayuda y, en general, los periodistas que aparecen en el video que se presentó al inicio de la mesa ejerciendo violencia en contra de la expresidenta son varones. Es indispensable reclamar lugares en el prime time televisivo. Hoy no hay una sola conductora mujer en el prime time,

salvo Cristina Pérez, compañera de vida de Luis Petri, el ministro de defensa de Milei, que ayer estuvo en el Pentágono comprando armas porque dice que en Argentina hay que pacificar, porque hay una guerra. Eso es muy grave.

Mientras Cristina está presa, una jueza federal (Sandra Arroyo Salgado) construye una causa y acusa a militantes de organizaciones políticas de intentar desestabilizar al gobierno. Patricia Bullrich repite el libreto del gobierno de Macri, y presenta evidencias en el estudio de La Nación + sin una sola prueba señalando que están demostradas las intenciones de desestabilizar y asocia a organizaciones políticas con organizaciones terroristas. Esto tampoco es nuevo, lo hizo con Resistencia Ancestral Mapuche, la RAM, para justificar el asesinato de Rafael Nahuel y la desaparición y posterior aparición sin vida de Santiago Maldonado en la Patagonia. La ministra de seguridad exigió esta semana en televisión que la Justicia Federal investigue algunos hechos que según ella configuran una estrategia golpista de la oposición. Es decir, la Justicia Federal que metió presa a Cristina y a compañeros y compañeras es la misma a la que Bullrich le da órdenes y les dice qué investigar. Además agrega que ella ya está a cargo de esas investigaciones y dice que meterá presos a todos y todas. Ni ella, ni Javier Milei, ni José Luis Espert, ni Victoria Villarruel han repudiado a la fecha el intento de asesinato de Cristina Fernández de Kirchner, de hecho lo han puesto en duda.

Todo esto consolida los discursos de odio y naturaliza la crueldad. Frente a eso propongo algo simple: no ser indiferentes a la crueldad, porque la indiferencia nos vuelve cómplices.

Si todo esto se naturaliza y no se hace nada, mañana será peor.

La crueldad empieza por la indiferencia: ser indiferente a detenciones ilegales y a la construcción de un enemigo interno, como hace el gobierno, es peligroso y una herida abierta en la democracia argentina.

Para quienes estudiamos comunicación, todo esto no es posible sin la complicidad del poder mediático, cuya figura más emblemática

es Héctor Magnetto, quien cuenta con esbirros serviles en el prime time televisivo y en la primera mañana radial, en las plataformas digitales y en la circulación de la palabra pública. Se contamina la palabra política, se degrada, se la reduce al vacío de significado cuando no se defiende la verdad y se naturaliza la mentira.

Los esbirros de Magnetto y del poder económico reproducen y amplifican el odio, la crueldad, la estigmatización y la persecución, para silenciar a quienes proponen alternativas.

La tarea es no callarse, no dejarse intimidar. El objetivo es juntarse (para eso debemos encontrarnos primero), porque la fragmentación impide construir organización y comunidad.

En tiempos de crueldad, las universidades son clave para generar pensamiento crítico. No hay que ser indiferentes al vaciamiento presupuestario de las universidades: si no tenemos estos espacios, no tendremos dónde encontrarnos.

Por eso atacan la cultura y las universidades: son lugares de encuentro en un tiempo en que la manosfera y el ecosistema mediático digital promueven distancia e indiferencia.

En contra de la crueldad, hay que ser más amorosas. Lo aprendí del feminismo: uno nunca está sola, siempre encuentra construcción colectiva, y por eso atacan al feminismo, por lo que representa.

Cristina está presa injustamente. Esa mujer que está proscripta y encerrada en San José 1111 encarna las mejores cosas que representa el feminismo y la política, por eso la quieren presa o muerta. No hay que dejar de luchar por revertir esa injusticia. El ecosistema mediático digital que ataca feminismos, ambientalismos, universidades y cultura, celebra que Cristina esté presa, y eso no es casualidad.

Contra la crueldad, más feminismo

Josefina Bolis

Estos tiempos nos convocan a reflexionar sobre un fenómeno que avanza y prolifera en el mundo: los discursos de odio y las culturas de la crueldad. En Argentina, existe un país antes y un país después de la proscripción y el injusto encarcelamiento de Cristina Fernández de Kirchner, hechos que han fisurado el orden social y los acuerdos democráticos. Sin embargo, las feministas, el movimiento de mujeres y los colectivos emancipatorios sabemos lo que significa poner el cuerpo y no bajar los brazos, aun en los contextos más desfavorables.

Detrás de la condena e inhabilitación perpetua de la dos veces presidenta de la Nación, coexisten objetivos manifiestos y encubiertos. Resulta ostensible el intento de silenciar su voz y anular su acción para coartar sus posibilidades de representar electoralmente al principal partido de la oposición. Pero se persigue, además, un efecto simbólico: el borramiento de una figura pública que congrega voluntades y organiza sentidos. Por eso, hasta su imagen en el balcón, riendo y bailando, incomoda a un poder misógino que la prefiere humillada.

La escalada de violencia continuó con el encarcelamiento arbitrario de militantes acusadas de realizar un escrache en la casa del diputado José Luis Espert, después de que este se refiriera a Cristina Fernández de Kirchner como “una gran puta”. ¿De qué se las acusa? De imponer ideas por la fuerza, amenazas, actos discriminatorios y alteración del orden público. La pregunta ineludible es: ¿cuál es ese “orden público” que pretenden? ¿Uno que nos mantenga calladas y

pasivas? Se adjudican la defensa del orden, pero lo ejercen bajo coerción con un aparato represivo estatal en las calles y con grupos paraestatales en redes sociales que buscan atemorizar a quien se anime a alzar la voz, con especial saña contra periodistas, artistas y disidencias que parecen querer quemar en la hoguera virtual. Ese es el orden que buscan preservar.

Como se ha señalado en este Congreso, el odio —o la “odiolología” — no es una violencia meramente discursiva; se respalda en una materialidad que, desde la universidad pública, debemos denunciar. Primero, el ajuste a las y los jóvenes, al poner en riesgo sus sueños y perspectivas de futuro mediante el desfinanciamiento de las casas de estudio. Segundo, el castigo a los jubilados que luchan por una vida digna. Y tercero, el abandono de los más vulnerables: personas con discapacidad e infancias que atraviesan enfermedades. No es solo “batalla cultural”, es miseria planificada.

Sabemos que este proyecto político del odio es insostenible en el tiempo, pero también que dejará una sociedad dañada: endeudada, precarizada, saqueada, dependiente y desesperanzada. Pretenden reemplazar el reconocimiento por el resentimiento, la solidaridad por el egoísmo, y lo colectivo por el individualismo. Impedirlo es la principal tarea de un movimiento feminista y popular.

Sabemos cómo luchar porque ya conocemos las cadenas. Debemos seguir en movimiento porque, como dijo Rosa Luxemburgo, “quien no se mueve, no siente las cadenas”.

Este encuentro, que va a contrapelo de la época, es una forma de responderles: “¡Miren cómo temblamos!”. Su misión es aislarnos, romper nuestros lazos, borrar nuestra memoria, diluir nuestra organización y nuestra potencia para disputar sentidos. Frente a ello, debemos responder que estamos orgullosamente infectadas por ese “virus woke” que nos adjudican, porque no hay resistencia más digna al odio y la crueldad que seguir contagiando amor y empatía.

SEGUNDA PARTE: FOROS Y RONDAS



Rondas de intercambio durante el Congreso, Centro de Convenciones Sergio Karakachoff (3 y 4 de julio de 2025).



Rondas de intercambio durante el Congreso, Centro de Convenciones Sergio Karakachoff (3 y 4 de julio de 2025).

Los gestos menores de la praxis feminista: derivas entre la universidad y la militancia en defensa de la ESI

Valeria Sardi

¿Cómo articular la docencia e investigación en la universidad por más de veinticinco años con la militancia por la Educación Sexual Integral (ESI)? ¿Qué tramas se pueden tejer entre estas experiencias y las pedagogías feministas? ¿Qué saberes se construyen en esta alianza feminista? ¿Qué modos de habitar las aulas y los espacios de sociabilidad feminista construimos desde estas experiencias encarnadas? ¿Qué gestos desplegamos en estas prácticas que configuran nuestro modo de estar en el mundo con otros/entre otros?

Escribo este texto desde mi inscripción como docente en el Profesorado en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FAHCE) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), como investigadora e integrante del Grupo Saberes Corporales en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CiniG) del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IDiHCS) de la misma facultad, y como militante por la ESI en el Movimiento Federal ^xmásESI. Tres inscripciones posibles para construir un modo de enunciación que se nutre de otras múltiples inscripciones identitarias en las que me reconozco. Tres agenciamientos desde los que me propongo reflexionar y escribir sobre la praxis feminista, sus derivas e invenciones.

Poner palabras a las prácticas feministas es un modo posible de dar cuenta de la experiencia en diálogo con una genealogía, con una

experiencia acumulada y rizomática en clave feminista. Dibujar una genealogía como forma de valorizar el legado de saberes, experiencias, prácticas construidas por otras voces que han sido excluidas y, desde ahí, trazar otras tramas. Escribir sobre la praxis feminista es un modo de situar aquí y ahora —en un contexto áspero donde los discursos de odio están amplificadas desde estructuras gubernamentales de poder patriarcal y hay un ataque a los derechos sexuales y a la ESI— los conocimientos acuerpados y situados que construimos en la vida cotidiana. De algún modo, se trata de pensarnos como docentes formadoras, investigadoras y militantes feministas que tramamos los espacios y las luchas para crear un presente y un futuro, en relación con el pasado, con horizonte de justicia social y de género a partir de gestos menores, acciones concretas en las instituciones que habitamos —en diálogo con la comunidad y las territorialidades—, en la cotidianidad que transitamos. De allí que es necesario, hoy más que nunca, poner en escena el eros y erotismo como fuerza creativa que motoriza nuestro hacer como así también la imaginación feminista en tanto “oportunidad de soñar, idear y construir otros mundos posibles más justos” (Baez y Sardi, 2024, p. 163) como nos enseñan las pedagogas feministas.

La praxis feminista se nutre de los aportes de las pedagogías feministas en tanto lente para mirar, reflexionar e intervenir en la vida cotidiana, en nuestro hacer como docentes, investigadoras y militantes feministas. En este sentido, las pedagogías feministas proponen construir otras relaciones con los saberes desde lo colectivo, las emociones y las sensibilidades en la construcción del vínculo pedagógico. Asimismo, apuestan a problematizar quiénes hablan, quiénes escuchan, qué voces están legitimadas y por qué es fundamental implicar a les estudiantes en un proceso dialógico a través del cual puedan aprender a escuchar y escucharse, aún en el disenso. A su vez, las pedagogías feministas nos invitan a poner en valor el conocimiento cotidiano, históricamente soslayado y menospreciado, así como reflexionar en relación con la propia experiencia —que nunca es indi-

vidual sino más bien colectiva— en tanto “lo personal es político”. Y, como plantea la pedagoga feminista negra bell hooks (2021 [1994]) se trata de construir una nueva epistemología que dé cuenta de cómo hacemos conocimiento desde la experiencia vivida. Es decir, nuestra praxis feminista construye saberes en las luchas y en las calles, de manera colectiva y como diálogo de saberes, y se nutre de las experiencias acumuladas a lo largo del tiempo y de nuestras ancestras (Walsh, 2013). De allí que a las pedagogías feministas las podemos inscribir como caja de herramientas que nos permite revisar prácticas, formas de construir el currículum, de articular la experiencia, la genealogía y la interseccionalidad como modos de desarticular y desarmar lógicas patriarcales y heterocisnormadas que permean las instituciones de educación superior y, a su vez, imaginar otros futuros en clave feminista.

Y, a su vez, la praxis feminista se inscribe en gestos menores que desplegamos y construimos con otras, otras, en los contextos situados de nuestra práctica acuerpada. Con gestos menores me refiero a “la fuerza gestual que abre la experiencia a su variación potencial” (Manning, 2025, p. 11); es decir, lo menor como fuerza que hace de la experiencia una posibilidad de transformación, de cambio, de interrupción de lo dado. Gestos menores que inventan nuevas formas de existencia, “que [crean] sitios de disonancia, montando disturbios que abren la experiencia a nuevos modos de expresión” (Manning, 2025, p. 13). Gestos menores que reorientan la experiencia, irrumpen dando lugar a la variación de la experiencia, a sus formas potenciales. O, como dice Erin Manning, “el gesto menor es la fuerza que hace temblar las líneas que componen lo cotidiano, las líneas, tanto estructurales como fragmentarias, que articulan de qué otra manera puede llegar a expresarse la experiencia” (2025, p. 23).

¿Cuáles son esos gestos menores en la praxis feminista? ¿Qué líneas de lo cotidiano se reconfiguran y conmueven? ¿Qué estructuras tiemblan a partir de la aparición de los gestos menores en clave feminista? ¿Qué gestos menores podemos desplegar e inventar en nuestra

praxis feminista para conmovir las lógicas patriarcales en la universidad y la sociedad?

En mi rol como docente formadora de profes de Lengua y Literatura en el Profesorado en Letras de la FAHCE-UNLP, me interesa abordar en las clases la construcción de una didáctica de la lengua y la literatura en clave de ESI con perspectiva de género y de derechos humanos. En ese sentido, mi hacer como formadora de formadorxs busca problematizar las voces y las experiencias de les docentes en formación, dar lugar a las preguntas problematizadoras propias de las pedagogías feministas, indagar la relación con los saberes específicos, interrogarse sobre la trayectoria formativa, en relación con las prácticas pedagógicas en la universidad como así también en relación con el currículum y problematizar la ausencia de las epistemologías feministas en la formación docente en Letras. Así, les profes en formación comienzan a problematizar acerca de, por ejemplo, las categorías de la teoría literaria que son fuertemente androcéntricas (por qué usamos la categoría “narrador y no voz narradora”, “el yo lírico por qué es en masculino”); o la pregunta acerca de cómo se seleccionan los textos literarios en los programas de las asignaturas en la formación docente y qué queda afuera en ese recorte. O, también, abordamos la problematización de la dimensión afectiva y emocional en relación con los saberes específicos en la formación docente en Letras. Es decir, en mi hacer como formadora me interesa problematizar con les profesores en formación el androcentrismo disciplinar en la formación en Letras, la pregunta por las pedagogías universitarias como así también preguntarnos acerca de qué pasa con la ESI en el profesorado. Estas preguntas, interrogantes y problematizaciones las pensamos, siempre, en clave situada, recuperando las voces y experiencias de les docentes en formación y sus propias miradas y sentires sobre lo dado. Esa tarea de mirar lo dado, poner el foco en lo menospreciado o soslayado, dar cuenta de lo que nos incomoda en relación con la formación docente en Letras se configura como gesto menor que busca llevar el acontecimiento hacia otra parte, fuera de lo fijado, de

lo establecido, de lo institucionalizado. Cada acción busca conmover el recorrido formativo e instalar la pregunta por lo invisibilizado, por las voces y experiencias borradas. Y, en ese movimiento, se trata de dar lugar a lo político en tanto movimiento que busca generar nuevos modos de habitar la formación docente, que crea nuevas formas de vincularnos con los saberes e imaginar nuevos modos de construcción de los vínculos pedagógicos en la universidad.

¿Cómo desplegar estos gestos menores, en clave feminista, en la práctica de investigar en la universidad? Desde el Grupo Saberes Corporales nos proponemos desplegar prácticas de investigación que exploren el punto de vista feminista (Fox Keller, 1991) —es decir, focalizar las variables sexo-genéricas en la toma de decisiones en la investigación— y que se encuadren en una metodología de investigación feminista (Bartra, 2012) que busca dar cuenta de los silencios, los gestos, los saberes, las voces acalladas y visibilizar las opresiones. Para ello trabajamos con multiplicidad de instrumentos donde las entrevistas, las narrativas y las autoetnografías tienen un lugar central para poner en foco las voces y experiencias de las personas con las que investigamos, estableciendo conexiones emocionales y prácticas empáticas (Irwin, 2007). De allí que, investigar en clave feminista implica romper con el punto de vista androcéntrico para producir conocimiento situado y encarnado (Haraway, 1991) que se construye de manera tentacular, con otros, en una incesante contingencia (Haraway, 2019). El gesto menor de irrumpir en los modos dominantes de investigar también implica proponer otras maneras de comunicar los resultados de investigación: conmover el discurso academicista hegemónico proponiendo la ruptura del masculino genérico, escribir teniendo en cuenta para quién se escribe, revisar las características de nuestro lenguaje (hooks, 2017). con la intención de inventar nuevas formas de escritura; dislocar el discurso academicista que impone el uso del plural mayestático para dar lugar a la primera persona y a la voz propia (Sardi, 2013). De algún modo, se trata de imaginar nuevas formas de escritura para llegar a un público más amplio, docentes,

estudiantes y no solo hablar en un “entre nos” académico que excluye y coloca a la escritura de la ciencia alejada de otros posibles lectores.

Una experiencia de investigación en esta clave fue el desarrollo del Proyecto “Implementación de la ESI y transversalización de la perspectiva de género en la formación de profesorxs en Humanidades y Ciencias Sociales” en el que construimos una red de cinco nodos conformados por equipos de investigación de cinco universidades públicas (UNLP, UBA, UNR, UNC y UnCuyo), donde nos propusimos fortalecer el trabajo que cada equipo venía realizando en sus territorios y articular experiencias y saberes, recorridos y trayectorias de los equipos en clave de construcción colectiva de conocimiento situado (Molina, 2025). Este trabajo en red se enriqueció con el diálogo con los profesores en formación que participaron respondiendo una encuesta sobre sus experiencias formativas de ESI y perspectiva de género en la formación docente inicial, como así también articulamos con las comunidades de las instituciones formadoras para documentar experiencias situadas y alternativas de la ESI que efectivamente se estaban desarrollando en terreno. En el caso del nodo UNLP, documentamos la experiencia del Seminario “Perspectiva de género en la intervención profesional” de la Facultad de Trabajo Social y la Unidad Curricular “ESI y discapacidad” del Instituto Superior de Formación Docente N° 95. De algún modo nos propusimos llevar adelante la práctica de la curiosidad a la que nos invita Haraway (2019) que consiste en observar con y no a, dialogar de manera amable a partir de preguntas no prefijadas, para dar cuenta de las historias situadas, construyendo narrativas conjuntas y no de dominio. Investigar en clave feminista como gesto menor que abre a otras potencialidades y posibilidades de construcción colectiva del conocimiento situado y que, a su vez, nos invita a problematizar el conocimiento todavía no analizado, no consignado como tal en la investigación académica hegemónica.

¿Qué implica tramar experiencias desde los gestos menores en la militancia feminista? ¿Cómo se articulan las prácticas feministas de

la vida cotidiana universitaria con la defensa de la ESI? La militancia por la ESI es un gesto menor en tanto y en cuanto implica en sí misma la acción colectiva, la participación colectiva que produce una ecología de prácticas múltiples, diversas y polifónicas. En el año 2023, frente al avance de las nuevas derechas nos organizamos para defender y potenciar la ESI, en un contexto de expansión de los discursos de odio y ataque a la ESI y a las políticas de género y nos conformamos como un colectivo federal donde participamos docentes de todos los niveles y modalidades educativas, estudiantes de profesorados, militantes en organizaciones sociales, integrantes de gremios docentes, periodistas, promotoras territoriales de género y diversidad. El Movimiento Federal *xmásESI* se conformó en octubre de 2023, con personas de todas las regiones de nuestro país, a partir de “la convicción de que la Educación Sexual Integral (ESI) es un proyecto de justicia y de igualdad para la mejora de la calidad de vida de todas las personas” y nos reunimos con el objetivo de “defender a la educación sexual integral como derecho y política pública educativa” (Movimiento *xmásESI*, 2023a, p. 1). El Movimiento, desde su nacimiento en el 2023, se activó federalmente y promovió la participación colectiva. Asimismo, en estos dos años de historia, el Movimiento Federal *xmásESI* se fue consolidando con la creación de grupos localizados en distintas provincias de nuestro país, que defienden la ESI desde las diversas territorialidades situadas.

La militancia que habitamos desde el Movimiento Federal *xmásESI* se inscribe en prácticas históricamente construidas desde los movimientos feministas y transfeministas, que se despliegan en los diversos territorios de nuestro país, en escuelas, instituciones educativas, espacios socioeducativos y organizaciones. Construimos colectivamente experiencias de la ESI en los contextos y tomamos decisiones en asambleas donde discutimos y planificamos distintas acciones situadas.

A su vez, de manera colectiva, desde el Movimiento hemos elaborado distintos documentos, campañas de difusión, conversatorios,

festivales y encuentros en defensa de la ESI. Vale la pena destacar algunas de las producciones colectivas que elaboramos desde la conformación de este movimiento: el *Documento Conformación del Movimiento Federal xmásESI* (2023a), *Democracia y ESI. 40 años/40 razones* (2023b), el *Repositorio Movimiento Federal xmásESI* (2024a), la *Campaña de videominutos 18 años, 18 experiencias de ESI* (2024b), el documento *ESI como política pública en Argentina. Estado de situación* (2024c) y el *Mapeo de propuestas de formación en ESI* (2025).

Las potencias de la militancia en defensa de la ESI, donde inventamos formas de construcción colectiva, situada y acuerpada, se traman con mi praxis feminista como docente e investigadora universitaria —nutrida por saberes y experiencias acumuladas—, y trazan genealogías hacia el pasado y hacia el futuro que estamos construyendo.

Conclusiones

Los gestos menores de la praxis feminista en la universidad se articulan con las prácticas de la militancia por la ESI. En esta trama se tejen experiencias diversas que apuestan al fortalecimiento de las redes y a la construcción colectiva de saberes feministas —conocimiento cotidiano, situado y acuerpado— desde la experiencia vivida en cada uno de los territorios.

Resistimos, pero, fundamentalmente, inventamos otras formas de existencia y re-existencia a partir de la puesta en juego de la imaginación feminista, en tanto oportunidad de transformar lo dado poniendo en valor la trama de voces, historias, gestos y experiencias acumuladas.

La praxis feminista, entonces, se nutre de la curiosidad y la incertidumbre desde los territorios situados de la práctica para, desde ahí, inventar colectivamente mundos más justos e igualitarios. Para ello desplegamos gestos menores que ponen en juego la creatividad, la exploración de alternativas, la incomodidad para conmover el *statu quo*

y trazar nuevos senderos, dislocados de los modos dominantes de los saberes y las lógicas patriarcales. Gestos menores de nuestra praxis feminista que apuesta a las políticas de la proximidad, los afectos, las sensibilidades y emociones para construir otros futuros.

Referencias

- Baez, J., y Sardi, V. (2024). *Pedagogías feministas*. Paidós.
- Bartra, E. (2012). Acerca de la investigación y la metodología feminista. En N. Blázquez Graf, F. Flores Palacios, y M. Ríos Everardo (Coords.), *Investigación feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 67-78). UNAM.
- Fox Keller, E. (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Alfons el Magnànim.
- Haraway, D. (1991). Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza. Cátedra.
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema*. Consonni.
- hooks, b. (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Traficantes de Sueños.
- hooks, b. (2021). *Enseñar a transgredir*. Capitán Swing. (Obra original publicada en 1994).
- Irwin, K. (2007). En el oscuro corazón de la etnografía: Ética y desigualdades en las relaciones íntimas al interior del campo. *Apuntes de Investigación. Oficios y Prácticas*, 12. <http://www.apuntescyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/279>
- Manning, E. (2025). *El gesto menor*. Cactus.
- Molina, G. (Ed.). (2025). *ESI y formación docente: Voces, cartografías y experiencias*. UNC. <https://ffyh.unc.edu.ar/ciffyh/esi-y-formacion-docente-voces-cartografias-y-experiencias-nuevo-libro-de-las-colecciones-del-ciffyh/>
- Movimiento Federal xmásESI. (2023a). *Documento conformación del Movimiento Federal xmásESI*. Consultado el 7 de noviembre

- de 2025. <https://drive.google.com/file/d/1uvu0tlKZHxeMXurI-3D8UrU-lKBWDB0Qe/view?usp=sharing>
- Movimiento Federal xmásESI. (2023b). *Democracia y ESI. 40 años/40 razones*. Consultado el 1 de noviembre de 2025. <https://drive.google.com/file/d/1re5IISdvUrrYDzBdEu7wT2YQuLypksd3/view?usp=sharing>
- Movimiento Federal xmásESI. (2024a). *Repositorio Movimiento Federal xmásESI*. Consultado el 2 de octubre de 2025. https://drive.google.com/drive/u/0/folders/1voPA_hYCnA1VXUExxTnT3M-vFmXakSBKD
- Movimiento Federal xmásESI. (2024b). *Campaña de videominutos 18 años, 18 experiencias de ESI*. Instagram. https://www.instagram.com/reel/DCl_-5Ppwub/
- Movimiento Federal xmásESI. (2024c). *ESI como política pública en Argentina: Estado de situación*. Consultado el 7 de noviembre de 2025. https://drive.google.com/file/d/1h8k1v1u0F6onfynbV-QULYxGsy0_IyAbG/view?usp=sharing
- Movimiento Federal xmásESI. (2025). *Mapeo de propuestas de formación en ESI*. Consultado el 6 de noviembre de 2025. <https://drive.google.com/file/d/1Wf2AVrgNgd4puUHGx6WCasMOcR-cpnPMT/view?usp=sharing>
- Walsh, C. (2013). Lo pedagógico y lo decolonial: Entretejiendo caminos. En C. Walsh (Ed.), *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (Tomo I, pp. 23-68). Abya Yala.

Agendas feministas y participación política en la región

Inés Iglesias, Amanda Atenea Lozina y Candela Luquet

Este trabajo sistematiza y analiza los debates producidos en el marco de una ronda colectiva de trabajo sobre agendas feministas y participación política en el gran La Plata, el cual abarca los municipios de La Plata, Berisso y Ensenada. El encuentro convocó a integrantes de gestiones provinciales y municipales, equipos universitarios, referentes territoriales y representantes de organizaciones políticas y sindicales. A partir de tres preguntas disparadoras, el intercambio articuló un diagnóstico compartido sobre el contexto político actual, identificó las principales estrategias de resistencia desplegadas en distintos territorios e instituciones y debatió los nudos problemáticos que atraviesan la construcción de una agenda feminista común. El análisis evidencia que, frente a un ciclo de retracción de derechos y profundización del ajuste económico, los feminismos regionales activan y promueven formas de resistencia que combinan la sostenibilidad del encuentro colectivo, la intervención institucional y la disputa por la agenda pública. Al mismo tiempo, emergen tensiones internas significativas —en torno a la fragmentación del movimiento, el impacto del individualismo y la sobrecarga feminizada en los trabajos de cuidados— que interpelan los modos de construcción política del feminismo en el presente.

El encuentro

La ronda se realizó en el marco del 1° Congreso Latinoamericano *Universidad Pública y Feminismos Contemporáneos* de la Universidad Nacional de La Plata, y reunió a compañeras de gestiones provinciales⁶ y municipales,⁷ equipos universitarios, referentes territoriales y representantes de organizaciones políticas y sindicales —incluyendo integrantes de la FULP⁸, ATULP⁹ y ADULP¹⁰—. Durante dos horas, la palabra circuló en intervenciones de tres minutos organizadas en torno a tres preguntas: qué formas de resistencia se están desplegando en cada territorio, qué tensiones y nudos compartidos aparecen, y cómo construir una agenda política regional común.

Lo que sigue es una síntesis de ese intercambio, organizada por los ejes que el propio debate fue trazando.

Un diagnóstico compartido

Antes de responder las preguntas, el encuentro produjo algo que ninguna pregunta había pedido explícitamente: un diagnóstico común. Desde distintos territorios y experiencias, las participantes coincidieron en una lectura del momento: estamos frente a un tiempo de retrocesos. La violencia política se profundiza, los derechos conquistados son disputados sistemáticamente y el ajuste económico golpea con fuerza desigual sobre las mujeres y disidencias. Una intervención lo formuló con precisión: vivimos un tiempo de oscuridad para el feminismo.

6 Autoridades del Ministerio de Mujeres y Diversidad de la Provincia de Buenos Aires.

7 Autoridades de la Secretaría de Mujeres, Géneros y Diversidades de la Municipalidad de La Plata.

8 Federación Universitaria de La Plata.

9 Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata.

10 Asociación de Docentes de la Universidad de La Plata.

Ese diagnóstico no funcionó como cierre, sino como punto de partida. La pregunta que organizó el debate no fue qué se perdió, sino qué se hace con lo que tenemos y con lo que se sigue construyendo.

Las resistencias

Los primeros disparadores —¿Cuáles son las acciones de resistencia dentro de sus esferas de acción política? ¿Qué estrategias han implementado o identificado para proteger y fortalecer la participación y los derechos de mujeres y disidencias sexogenéricas?— convocaron a nombrar las acciones de resistencia en cada ámbito de acción. Las respuestas fueron diversas, pero coincidieron en una apuesta común: mantener vivos los debates que el feminismo instaló en la agenda pública. Frente al intento de borrar esos debates, el solo hecho de sostenerlos tiene un peso político en sí mismo.

En los barrios, donde la violencia y la feminización del cuidado se siguen perpetuando, la resistencia toma la forma más concreta: seguir encontrándonos, seguir acompañando. El ajuste pega más fuerte en las compañeras, y la respuesta colectiva es no soltar el encuentro.

Desde los espacios de gestión provincial y municipal, la resistencia se describe en cómo construir trincheras desde los lugares de política pública que todavía se sostienen. La imagen dice mucho: no es conquista, es defensa de lo que hemos conseguido.

Las organizaciones que trabajan por los derechos de las personas con discapacidad señalaron que su resistencia pasa por interpelar a todos los niveles del Estado: solicitando informes, presentando proyectos, buscando apoyo internacional para sostener las reivindicaciones.

También se nombró algo que muchas veces queda sin decir: el miedo a la participación. Las estrategias de amedrentamiento del gobierno nacional han tenido efectos concretos. En ese contexto, mantenerse participando es, en sí mismo, un acto de resistencia. Fortalecer los lazos solidarios aparece, entonces, no como un complemento sino como una forma central de la política feminista en este momento.

Los nudos y las tensiones

Las preguntas disparadoras del segundo momento —¿Qué puntos nodales encontramos en nuestras luchas? ¿Qué tensiones aparecen? ¿Se están habilitando las tensiones para la discusión y la construcción de redes en la era de la crueldad? ¿Qué redes estamos construyendo?— dieron lugar a un escenario incómodo pero por sobre todo enriquecedor. Aquí no solo se nombraron obstáculos externos: también se pusieron sobre la mesa contradicciones hacia adentro del propio movimiento y de los espacios de participación de cada una.

La tensión más señalada —y más acordada por el conjunto— fue el intento de fragmentación que opera desde el planteo de que el retroceso es *culpa del feminismo*, de algunas de sus formas disruptivas o de sus planteos más radicales. Las participantes identificaron ese argumento como una estrategia deliberada de desarticulación. Señalarlo no significa clausurar la autocritica, pero sí diferencia entre revisar las propias prácticas y asumir una culpa que tiene otro origen.

Otra tensión fuerte fue la de sostener la participación política en un contexto de individualismo profundo. Eso afecta a todo el campo popular, pero al feminismo le suma un desafío específico: habitar espacios de conducción que siguen siendo, en su mayoría, completamente masculinizados.

La tercera tensión es la más material: la profundización de la pobreza recarga sobre las mujeres la obligación de responder siempre a la emergencia. Esa sobrecarga hace muy difícil elaborar propuestas que vayan más allá de asistir en lo urgente. El feminismo que no mira esa realidad corre el riesgo de construir agendas que no representen a las compañeras más vulneradas.

La pregunta por la agenda

La tercera pregunta fue la más desafiante: ¿cómo construir una agenda política regional común desde tanta diversidad de experiencias y territorios?

Una de las ideas que apareció con más fuerza fue la necesidad de convertir una agenda de gestión de problemas en una agenda de acción política. Responder no alcanza: hay que proponer, disputar, tener iniciativa.

Para eso, se señaló que hace falta revisar las agendas feministas a la luz de lo aprendido en los últimos años y del contexto actual. Eso implica profundizar procesos de formación, recuperar las luchas históricas del feminismo, difundir y comunicar herramientas de acompañamiento y promover espacios intersectoriales e interinstitucionales. También fortalecer los encuentros y retomar debates que quedaron abiertos.

Una intervención particularmente valorada planteó que el feminismo tiene una deuda con las mujeres con discapacidad: en su mayoría, no tienen el privilegio de la participación política, y la agenda feminista raramente las interpela. Incorporar la discapacidad como parte del feminismo no es un agregado: es una revisión profunda de quienes forman parte del movimiento.

Finalmente, se propuso pensar a la Universidad como herramienta política para el fortalecimiento de las redes feministas. Y también interpellarla desde adentro: con la necesidad de profesionales formados con perspectiva de género y compromiso territorial.

La continuidad

La ronda no cerró con respuestas, sino con más preguntas y con el tejido renovado de algunos lazos. Lo que quedó en pie fue algo que las propias participantes nombraron como resistencia: el encuentro en sí. Juntarse, circular la palabra, reconocerse en un diagnóstico compartido.

En tiempos de oscuridad, eso también es política.

Hilando trayectorias: posgrado e investigación con perspectiva de género

M. Aurelia Di Berardino y Ana E. Lamarche

Nos relacionamos, conocemos, pensamos, nos hacemos realidad
y contamos historias a través de y con otras historias, mundos,
conocimientos, pensamientos y anhelos... Somos compost.

(Haraway, 2019, p. 151)

De la convocatoria

Las desigualdades estructurales que atraviesan el sistema universitario afectan las trayectorias formativas y científicas de mujeres y disidencias, tanto en el acceso como en la permanencia, el reconocimiento y la participación en dicho sistema.

Las múltiples formas en que esas trayectorias han sido y son afectadas han permanecido invisibles en toda su dimensión: sabemos poco sobre las mujeres y las disidencias que han generado líneas de investigación, que han propiciado el surgimiento de carreras o que han dejado su huella en la gestión universitaria. Esas ausencias impiden mapear el territorio del rol de las mujeres y de las disidencias en la conformación de una institución universitaria con 120 años de historia.

Nombrar estas ausencias —heterogéneas, individuales, colectivas— permite entablar un diálogo que multiplica los hilos de una trama necesaria para una universidad que consagra, como lema, aquello de ser inclusiva y feminista. Este espacio está pensado como un hilo donde conviven experiencias comunes, reconocimiento de trayectorias, redes proyectadas y una agenda transfeminista creciente.

Objetivos

La actividad tuvo como objetivo general generar un espacio de diálogo crítico y propositivo entre la formación de posgrado, la investigación científica y la gestión institucional.

En tanto, como objetivos específicos, se propuso promover una reflexión colectiva sobre los recorridos, obstáculos y disputas que atraviesan mujeres y disidencias en el posgrado, la investigación y la gestión universitaria; identificar las tensiones estructurales, las estrategias cotidianas y las propuestas políticas que fortalezcan la construcción de una universidad pública más justa, democrática y feminista; y visibilizar y reconocer las múltiples formas en que mujeres y disidencias se formaron, forman y gestionan en nuestra universidad en los ámbitos de la investigación y el posgrado.

Resultados esperados

Esta actividad permitió recuperar, a la luz de las ausencias/presencias, los principales obstáculos, aprendizajes y propuestas que emerjan del intercambio entre quienes transitan la universidad pública desde trayectorias marcadas por desigualdades de género en el posgrado, la investigación y la gestión. Al mismo tiempo, se buscó consolidar vínculos interinstitucionales entre las áreas convocantes promoviendo un trabajo articulado que potencie agendas compartidas. Finalmente, la actividad se proyectó como un insumo para la elaboración de lineamientos orientadores que contribuyan a la formulación de políticas universitarias más inclusivas, democráticas y con perspectiva transfeminista, reconociendo las experiencias situadas como parte fundamental para una transformación institucional.

El eje *Hilando Trayectorias* fue concebido, como se menciona líneas arriba, bajo la conformación de un espacio para poner en co-

mún recorridos, experiencias y procesos vinculados al posgrado, la investigación y la gestión universitaria, desde una perspectiva de género. La propuesta partió de una inquietud compartida: la necesidad de detenerse a mirar lo construido, reconocer los caminos recorridos y, al mismo tiempo, habilitar preguntas sobre aquello que aún permanece en disputa dentro de la universidad pública.

La convocatoria, impulsada desde la Prosecretaría de Posgrado y la Prosecretaría de Gestión en Ciencia y Técnica con la colaboración de la Secretaría de Derechos Humanos y Políticas de Igualdad, invitó a distintas unidades académicas a narrar trayectorias en las áreas de referencia de ambos espacios. El propósito de la invitación avanzó sobre la idea de no agotar la expresión de resultados en formatos clásicos como, por ejemplo, la expresión numérica que retrata desigualdades, ausencias, inequidades. Más bien pretendió ofrecer un espacio para gestar una narrativa en particular, a saber, la de reconstruir procesos institucionales, disciplinares, colectivos y personales que dan cuenta de cómo la perspectiva de género se ha ido entramando, con ritmos desiguales y formas diversas, en los ámbitos de producción de conocimiento. Lo cual supuso la gestación de una textura-continente privilegiada para el contenido matemático que también estuvo presente en las intervenciones resultantes. De este modo, la trama acusa una profundidad producto de una convergencia surgida a la luz de la interacción entre lo histórico-estadístico y lo social-personal por el otro (solo para mencionar dos pares ordenados de los más visitados en el transcurso de una actividad que, afortunadamente, sigue negándose a cerrarse sobre sí misma). En parte, tal vez, porque como bien lo expresara la convocatoria, este eje fue pensado como un espacio bajo la forma de la urdimbre, del telar. Una de esas tecnologías, la del tejido, tan asociada al mundo femenino y por lo mismo, quizás, tan devaluada. Sin embargo, como bien señala Laura Triparadi (2023), si existe una tecnología que bien podría explicarnos nuestro estar en el mundo desde un lugar diferente, esa —sin dudas— sería la de los telares, porque

...la fuerza de nuestros mejores materiales innovadores reside, como en el caso del tejido, en su naturaleza cooperativa y relacional, que se expresa en un estructura amplia y descentralizada y que le confiere al material propiedades que sus partes individuales no poseen. El resultado es un objeto adaptable y resistente, dado que su integridad no depende de la preservación de unos pocos elementos, sino de la sinergia de todas las fibras que la componen. (p. 25)

Desde el inicio, el eje impulsó la recreación del movimiento del tejido, abordando las madejas que, conscientes de los límites de tiempo y de la imposibilidad de abarcar la totalidad de experiencias existentes, permitieron que se produjera aquella sinergia de la que habla Tripaldi. Así, lejos de presentarse como una síntesis acabada, *Hilando Trayectorias* se pensó como un momento de encuentro, una pausa reflexiva dentro de agendas cargadas, para habilitar la palabra y escuchar aquello que muchas veces queda relegado a los márgenes de la vida institucional.

De la acción

La actividad contó con una participación amplia y heterogénea, con la presencia de integrantes de numerosas facultades y espacios académicos. Si bien no fue posible contar con la totalidad de las unidades académicas y colegios de la UNLP, la diversidad de voces presentes permitió construir un panorama rico y plural, evitando cualquier pretensión de representación totalizante. Las trayectorias compartidas no agotaron el mapa de la universidad, pero sí ofrecieron hilos significativos para pensarla. Por otra parte, la actividad fue moderada por la Decana de la Facultad de Ciencias Astronómicas y Geofísicas que, no solo distribuyó la palabra, sino que aportó una mirada insti-

tucional y de gestión muy necesarias a cada una de las intervenciones que habitaron este espacio.

Uno de los aspectos más relevantes del eje fue la diversidad de registros desde los cuales se narraron las trayectorias. Algunas presentaciones recuperaron procesos históricos, poniendo en valor archivos, datos y memorias institucionales que posibilitan visibilizar la presencia, muchas veces obturada, de mujeres y disidencias en el posgrado y en la investigación. Otras voces se apoyaron en datos cuantitativos, subrayando la importancia de producir números que faciliten dimensionar avances, identificar desigualdades persistentes y sostener discusiones fundamentadas.

Entre los datos que les pusieron un rostro a los números, contamos, por caso, con la intervención de la Facultad de Ciencias Exactas. De este modo, sabemos que Dominga Lanza fue la primera mujer en obtener un doctorado en dicha Facultad y en el área de Química el 15 de septiembre de 1911. Como también podemos dar cuenta de este aspecto:

Según registros de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Facultad de Ciencias Exactas desde 2022 se han presentado 63 Proyectos de investigación acreditados por la UNLP en esta Facultad.

Las mujeres han dirigido un 56%, codirigido un 63% e integrado un 56% de los Proyectos acreditados, lo que demuestra la impronta femenina en este ámbito (presentación de la Facultad de Ciencias Exactas).

Los datos proporcionados por la Facultad de Psicología, por ejemplo, muestran otro aspecto interesante para seguir pensando algo que señalara en distintas ocasiones la filósofa Sandra Harding sobre la agenda de los feminismos. Esto es, si bien es cierto que la participación de las mujeres, disidencias y minorías sufrió un acusado crecimiento en los últimos años en la Educación Superior, no

necesariamente la “agenda” de lo estudiado sufrió los mismos cambios. Es representativo, entonces, ver el dato que nos ofrece Psicología a este respecto dado que, según sus relevamientos, la temática de género sí mostró variaciones: solo para poner un ejemplo, de diez tesis doctorales defendidas en 2024, 6 incluyeron perspectiva de género. Las conclusiones de la presentación realizada por la Dra. Talak indica que:

Aproximadamente dos tercios de los egresados del Doctorado en Psicología son mujeres. Más de dos tercios de los directores/codirectores de tesis son mujeres, y de los miembros de los jurados son mujeres.

Hay varias tesis a lo largo de los últimos 10 años que abordan perspectiva de género o se abocan a cuestiones de género como un aspecto central de su investigación doctoral.

Esas tesis con perspectiva de género se despliegan en investigaciones: históricas, del campo de la salud mental, sobre la situación de niños, niñas o adolescentes, sobre problemáticas de violencia familiar o política.

Por otra parte, muchas intervenciones se centraron en diagnósticos disciplinares, dando cuenta de los embates específicos que cada campo del conocimiento impone a las trayectorias de mujeres y disidencias. En estos casos, quedó en evidencia cómo las lógicas propias de cada disciplina, sus tradiciones, jerarquías y criterios de legitimación, moldean de manera diferencial las posibilidades de acceso, permanencia y reconocimiento. Las colegas de Ingeniería pusieron en evidencia la forma en que la educación, tanto la formal como la informal, constriñen la elección de futuros posibles según el género, ayudando a reforzar estereotipos como aquel que asocia la ingeniería con características *tradicionalmente* masculinas: lógica, razonamiento abstracto, liderazgo técnico. Algo que hizo sentido con una preocupación recurrente que apareció en otras disciplinas incluso lejanas en el imaginario colectivo, a saber: la musicología. Cuestión

que compartió Paula Mesa, colega de Artes, al poner el acento sobre ciertas construcciones naturalizadas —pero no naturales— de las prácticas artísticas a la luz de los conceptos de la perspectiva feminista que, al decir de “no solo iluminan y explican la realidad social, sino que también politizan y buscan transformar esa realidad ...”.

De allí que, siguiendo esta idea, los aspectos propositivos que avanzan sobre una manera posible de transformación de lo naturalizado (revisión crítica de estereotipos de “lo femenino” y “lo masculino” en la narrativa musical; abordaje de las dualidades visibilidad/invisibilidad; público/privado; y reflexión sobre las implicancias de la domesticidad en la vida artística de las mujeres; observación de los cánones —compositivos, interpretativos— en pos de reconstruir las experiencias, contextos y ámbitos musicales más fielmente; tratar aspectos relacionados a la militancia y las políticas de género y disidencia sexual, masculinidades, afecto, corporalidades, identidades y performances LGBTQ+; consideración de las condiciones de producción y difusión musical, con las categorías de trabajo y clase como columnas de análisis, entre otros).

Como si de un zoom se tratase, esta necesidad diagnóstica y proactiva sumó una capa de complejidad de la mano de otras intervenciones como la de Luciana Isa de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social que enmarcó su participación en el contexto global, nacional y universitario en que las políticas de género y territorialidad cobran sentido y marcan agenda. Hablar de una universidad comprometida con políticas de género implica la gestación de múltiples estrategias tanto en posgrado como en investigación, para generar las condiciones de posibilidad de los cambios esperados, entre ellos: la necesidad de evitar claros retrocesos de políticas de derechos humanos en un contexto neoliberal.

Las colegas de la Facultad de Ciencias Económicas sumaron un valiosísimo trabajo de investigación que complejiza el territorio sobre el que realizaron el trabajo en la medida en que abordaron la situación de las mujeres en el posgrado, en la investigación y en distin-

tas universidades e institutos de investigación del país. Algunos datos resultan, sin duda, incómodos:

- Existe una brecha de género en el ingreso al CONICET, que ha aumentado con el tiempo. La participación de mujeres disminuye progresivamente en las categorías de investigadores del CONICET: las mujeres representan entre 23 y 29 % de los investigadores del CONICET en las tres categorías superiores.
- Baja representación de mujeres en comités editoriales de revistas locales. Participación extremadamente baja en la Academia Nacional de Economía.
- En promedio, durante las últimas dos décadas las mujeres han obtenido 32 % de los proyectos y 28 % del presupuesto total de PICTS, el principal financiamiento científico público en Argentina. Las tendencias muestran cierta mejora, aunque a ritmo lento. (Edo, Marchionni, Pinto, Viollaz)

Un lugar especialmente significativo lo ocuparon las trayectorias personales, narradas desde experiencias de liderazgo, gestión y carrera académica. Estos relatos (como los de Pilar Peral García, Manuela Graciela González y Magdalena María Defeo) no se presentaron como historias individuales aisladas, sino como experiencias situadas que condensan tensiones estructurales, disputas de poder y transformaciones institucionales. En ellas apareció con fuerza la idea de “hacer camino”, de abrir espacios donde antes no los había, de sostener decisiones en contextos adversos y de construir redes como estrategia de supervivencia y transformación. El lugar de lo personal, dio paso también a recuperación de la historia de una institución siguiendo el trazo que imprimieron las mujeres, como fue el caso de la historización propuesta por la Facultad de Ciencias Naturales y Museo a través de la Dra. Ana Carolina Arias, quien destacó, entre las

primeras investigadoras con producción doctoral en 1916, a María Isabel Hylton Scott, la primera mujer en doctorarse con una tesis en Zoología en Argentina. Asimismo, puso en valor la figura de Juana Cortelezzi quien en 1933 se convirtió en la primera Profesora Titular dentro de la Facultad.

Un logro colectivo con rostro femenino que une estrategia narrativa con la propuesta de la Facultad de Trabajo Social que construyó sentido político-académico desde la historia misma de creación de la Facultad con una fuerte presencia de mujeres atravesadas por la agenda de género, aunque no solamente. La apelación a las “referentas” que hicieron posible dicha Facultad no es sino expresión del eslogan tan preñado de sentido: lo personal es político. Pero a la vez, esa apuesta colectiva que dio origen a la Facultad permite dar cuenta de una perspectiva interseccional. Perspectiva inexcusable a la hora de mencionar la profundidad analítica a la que números y trayectorias nos remiten.

Lejos de fragmentar el eje, esta diversidad de formatos y enfoques permitió reconocer puntos de contacto entre trayectorias que, a primera vista, podrían parecer inconexas. Las historias, como decíamos, se entremezclaron: las cifras dialogaron con las biografías, los archivos con las experiencias vividas, los recorridos institucionales con las marcas subjetivas. En ese cruce se volvió evidente que las trayectorias no son lineales ni homogéneas, sino que se construyen en tensión constante con las condiciones históricas, políticas y disciplinares.

Sin lugar a dudas, ese espíritu comunitario fue posible por la estrategia “historizante” que asumieron las distintas perspectivas. Ya desde el lugar personal, ya desde el lugar comunitario, fue central la recuperación de la historia de los lugares de enunciación. Sin ese registro —que suponemos, volverá a ser interceptado, releído, problematizado— no es factible comprender el ahora. Como bien señalara Ana María Barletta en un conversatorio sobre mujeres pioneras de nuestra Universidad, “...vamos descubriendo cómo uno de los temas fundamentales para la construcción de un nuevo rol de/para las mujeres, es develar estos engranajes, sacar a luz estos dispositivos obtu-

radores para poder también tomar conciencia en qué lugar nosotras estamos (2025, p. 60).

En el cierre, como puede anticiparse, no hubo pretensión de clausura, por el contrario, emergió con fuerza una idea común: *Hilando trayectorias* fue, y pretende seguir siendo, un espacio para trabajar, para seguir “tramando”, armonizando y contemplando la complejidad de las experiencias universitarias con perspectiva de género. Un espacio que no busca cancelar debates, sino abrirlos, reconociendo que los caminos compartidos son puntos de partida para nuevas preguntas, nuevas articulaciones y nuevas formas de intervención.

El eje dejó planteado, así, un horizonte de trabajo a futuro. La necesidad de seguir produciendo conocimiento con perspectiva de género; de fortalecer políticas institucionales que acompañen las trayectorias diversas; de sostener espacios de encuentro donde la palabra circule más allá de los formatos tradicionales; y de seguir pensando cómo se entrelazan los itinerarios de las distintas carreras, disciplinas y generaciones dentro de la universidad pública.

Referencias

- Barletta, A. M. (2025). *Exposición: La historia y el rol de las mujeres en la universidad* [Exposición]. Conversatorio “Cinco Sabias”, Universidad Nacional de La Plata (UNLP), La Plata, Argentina.
- Dezillio, R. (2012). Historizar la experiencia: Hacia una historia de la creación musical de las mujeres en Buenos Aires (1930-1955): Fundamentos, metodología y avances de una investigación. *Boletín de la Asociación Argentina de Musicología*, 27(68).
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema: Generar parentesco con el Chthuluceno*. Consonni.
- Tripaldi, L. (2023). *Mentes paralelas: Descubrir la inteligencia de los materiales* (F. Venturi, Trad.). Caja Negra Editora.

Presentaciones

1. Título: Hitos y trayectorias de las mujeres y disidencias en la Facultad de Ciencias Exactas
Expositoras: M. Alejandra García y Romina Ramírez
Facultad: Facultad de Ciencias Exactas (FCE)
2. Título: La brecha de género en la ingeniería: Causas y soluciones desde una perspectiva de género
Expositoras: Liliana Gassa y María Cecilia Serfini
Facultad: Facultad de Ingeniería
3. Título: Presentación de la Cátedra Libre “Músicas y género: Grupo de estudios latinoamericanos”
Expositora: Paula Mesa
Facultad/Área: Cátedra Libre
4. Título: El rol de la planificación estratégica en el diseño de las políticas públicas territoriales con perspectiva de género: Una mirada desde la Universidad y su aporte al desarrollo
Expositoras: Luciana Isa y Verónica Vidarte Asorey
Facultad: Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS)
5. Título: Reporte de datos e historización de la presencia de mujeres y perspectivas feministas en los últimos diez años en la carrera de Doctorado en Psicología
Expositora: Ana María Talak
Facultad: Facultad de Psicología (Doctorado en Psicología)
6. Título: La situación de las mujeres economistas en Argentina
Autoras: María Edo, Mariana Marchionni, María Florencia Pinto, Mariana Viollaz e Irene Berniell
Facultad: Facultad de Ciencias Económicas
7. Título: Facultad de Ciencias Naturales y Museo: Caminos contruidos con, por y para investigadoras

- Expositoras: M. Leila Pochettino, Pilar Moreira, Ana Carolina Arias y Sandra Torrucio
Facultad: Facultad de Ciencias Naturales y Museo (FCNyM)
8. Título: Red Feminista de Docentes de Audiovisuales (FEDA)
Expositoras: Betiana Pigué y Natalia Dagatti
Facultad: Facultad de Artes (Área Audiovisual)
9. Título: Una trayectoria
Expositoras: Pilar Peral García y Cecilia Venturini
Facultad: Facultad de Ciencias Veterinarias (FCV)
10. Título: Margarita Deffeo
Expositoras: María Alejandra Córdoba y Sabina Maté
Facultad: Facultad de Ciencias Médicas (FCM)
11. Título: Instituto de Cultura Jurídica
Expositoras: Julieta Cano y Manuela Graciela González
Facultad: Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (FCJyS)
12. Título: Proyecto político-académico de creación de la Facultad de Trabajo Social: Referentas que impulsaron la investigación y el posgrado
Expositoras: Silvina Cavalieri y Canela Gavrila
Facultad: Facultad de Trabajo Social (FTS)

Sobre las autoras

Amanda Atenea Lozina es militante feminista popular, nació en 1993 en la provincia de Misiones. Licenciada en Comunicación Social con Orientación en Periodismo (UNLP); Especializanda en Comunicación y Género de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP); integra la Cátedra I Comunicación y Educación de la misma casa de estudios. Trabaja en la Secretaría de Derechos Humanos (UNLP) y en la Secretaría de Mujeres, Géneros y Diversidades del Municipio de Moreno. Formó parte de la gestión del Ministerio de Mujeres y Diversidad de la Provincia de Buenos Aires (2020-2024). *Hablemos de ESI, una caja de herramientas para trabajar en el barrio* fue su tesis de grado, un material pedagógico para docentes y talleristas.

Ana Elena Lamarche es licenciada en Antropología por la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Actualmente se desempeña como Prosecretaria de Gestión en Ciencia y Técnica de la UNLP. Cuenta con una amplia trayectoria en gestión universitaria, planificación institucional, políticas de ciencia y tecnología, extensión universitaria, docencia e investigación. Es docente en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo e integra el Laboratorio de Investigaciones en Etnografía Aplicada de esa unidad académica. Su trabajo se orienta a la gestión de políticas científicas universitarias, la articulación entre universidad y sociedad, la extensión crítica y la antropología aplicada.

Ana Julia Ramírez es profesora de Historia por la UNLP y Master of Arts por la Universidad del Estado de Nueva York, sede Stony Brook.

Ha dirigido proyectos de investigación sobre la Historia de la Represión en La Plata, Berisso y Ensenada y ha participado como integrante en diversos equipos que investigan la historia reciente de nuestro país. Sus principales trabajos abordan la relación entre acción colectiva y radicalización política en diversas geografías y momentos de las décadas del sesenta y setenta. Actualmente se desempeña como Profesora Titular del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP donde también ejerció el cargo de decana entre el 2018 y el 2026.

Anita Fuentes es investigadora en el Instituto de Investigaciones Feministas (INSTIFEM) y docente en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Su trabajo examina las intersecciones entre la misoginia online y el capitalismo digital, con especial atención a las dinámicas transnacionales de la reacción antifeminista y a las formas de resistencia que emergen frente a ella. Coordina el Diploma Superior en Educación Mediática y Comunicación Política de CLACSO y forma parte de su Grupo de Trabajo sobre Comunicación, Culturas y Políticas. Compagina su trabajo académico con la divulgación: tuvo una columna de análisis político del cine en el podcast La Base que más tarde se convirtió en programa propio en Canal Red, y ha escrito en medios como Jacobin, El Salto, CTXT y Diario Red.

Ayelén Sidun es doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), docente e investigadora de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la misma universidad, donde actualmente se desempeña como decana. Su trayectoria académica e institucional combina la docencia, la investigación y la gestión universitaria. Sus líneas de trabajo se centran en los estudios culturales, las juventudes y los medios de comunicación, así como en la defensa y fortalecimiento de la universidad pública.

Beatriz Gentile es historiadora, docente e investigadora de la Universidad Nacional del Comahue (UNCo), donde se desempeñó como decana de la Facultad de Humanidades y posteriormente como rectora (mandato cumplido). Ha desarrollado una amplia trayectoria en gestión universitaria y en la promoción de políticas institucionales orientadas a la inclusión, la interculturalidad y los derechos humanos. Fue Rectora Coordinadora de la Red Interuniversitaria por la Igualdad de Género y contra las Violencias (RUGE-CIN), desde donde impulsó el fortalecimiento de las políticas de género en el sistema universitario argentino.

Candela Luquet es profesora en Comunicación Social por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Se desempeña como docente e investigadora en esa unidad académica y es doctoranda en Comunicación (FPyCS-UNLP). Actualmente se encuentra cursando la Especialización en Comunicación y Salud de la FPyCS-UNLP. Además, integra el equipo de la Dirección de Género y Diversidad de la Secretaría de Derechos Humanos y Políticas de Igualdad de la UNLP.

Dora Barrancos es socióloga, historiadora, investigadora y docente, reconocida como una de las principales referentes de los estudios de género y del feminismo en Argentina y América Latina. Investigadora Principal del CONICET y Profesora Consulta de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, dirigió la Maestría y el Doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Nacional de Quilmes. Su vasta producción académica se ha centrado en la historia de las mujeres, los feminismos, las sexualidades y los derechos humanos, articulando una destacada trayectoria de investigación, docencia y compromiso con la ampliación de derechos.

Inés Iglesias es farmacéutica, docente y directora general del Consejo Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Desde ese espacio ha impulsado iniciativas de articulación entre la universidad, las organizaciones sociales y los distintos actores del territorio, promoviendo políticas vinculadas con la extensión universitaria, la economía social y solidaria, la salud comunitaria y el desarrollo regional. Su trayectoria se caracteriza por el fortalecimiento del vínculo entre la universidad pública y las necesidades de la comunidad.

Josefina Bolis es Doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), investigadora y docente de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS), donde dirige la carrera de Comunicación Pública y Política. Actualmente se desempeña como Prosecretaria de Medios y Publicaciones de la UNLP y como concejala de la ciudad de La Plata. Su trayectoria académica, institucional y territorial se centra en las articulaciones entre comunicación, juventudes, Estado y políticas públicas.

Julia Eva Saggini es periodista, conductora, actriz y dramaturga. Desarrolla su labor en medios de comunicación audiovisuales, radiales y plataformas digitales, donde aborda temas vinculados con la política, la actualidad y los debates públicos contemporáneos. Paralelamente, ha desarrollado una trayectoria en las artes escénicas y la escritura, y es autora del libro *La tonta ilusión de los enamorados*.

María Aurelia Di Berardino es Doctora en Filosofía, graduada de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), donde cumple funciones de Vicedecana y de directora del Doctorado en Filosofía. Es profesora titular de Filosofía de las Ciencias. Su investigación gira en torno a los problemas de epistemología contemporánea, con énfasis particular en las relaciones entre conocimiento, ontología y política en la sociedad de la información. Coordina el

programa CienTIA, Estudios críticos de Ciencia, Tecnología e Inteligencia Artificial, radicado en el IdIHCS-CONICET-UNLP.

Sol Despeinada (Sol Ferreyra) es médica, docente y divulgadora científica. Graduada en la Universidad de Buenos Aires (UBA), desarrolla su trabajo en el campo de la salud sexual, la sexología clínica y los derechos sexuales y reproductivos. A través de la docencia, las redes sociales y diversas propuestas de divulgación, promueve el acceso a información científica con una perspectiva feminista, contribuyendo a democratizar el conocimiento sobre salud y Educación Sexual Integral.

Valentina Castro es socióloga, docente universitaria y analista económica. Graduada en Sociología y con estudios de posgrado en Economía Política (FLACSO), se desempeña como docente en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y en la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV). Su trabajo articula la investigación, el análisis de la economía y la opinión pública, con especial interés en las políticas económicas, el desarrollo productivo y sus impactos sociales. Además, participa como columnista y analista en distintos medios de comunicación.

Valeria Di Croce nació en 1979 en Neuquén, Patagonia argentina. Magíster en Comunicación e Imagen Institucional (UCAECE - Fundación Walter Benjamin); técnica en Comunicación e Imagen (Instituto Walter Benjamin); especializada en comunicación, política y género. Docente universitaria (UNLP). Cursa el Doctorado de Comunicación y Género (UNLP). Publicó varios trabajos sobre Ecosistema mediático digital y Capitalismo de Plataformas. Autora de *El Arca de Milei ¿Cómo y con quién construyó su poder?*, Ediciones Futurock (2024).

Valeria Sardi es Profesora y Doctora en Letras (UNLP). Posdoctora en Ciencias Humanas y Sociales (FFyL, UBA). Es Profesora Titular de la Cátedra Didáctica de la lengua y la literatura II y Prácticas de la enseñanza en el Profesorado en Letras (FAHCE-UNLP). Investiga en temas vinculados con la ESI, las pedagogías feministas, y la relación entre cuerpos sexuados, saberes y afectividades e integra el Grupo Saberes Corporales en el CiniG-IdIHCS/UNLP-CONICET. Milita en el Movimiento Federal xmásESI. Sus últimos libros son *Pedagogías feministas* —en coautoría— (Paidós, 2024) y como compiladora del Dossier *Territorios de la formación docente. Experiencias de la ESI en 5 ciudades argentinas* (UNR editora, 2025).

Viviana Seoane es Magíster en Ciencias Sociales con orientación en Educación y Doctora en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Argentina). Se desempeña como profesora en Ciencias de la Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE-UNLP) y también es docente en carreras de posgrado en Universidades Nacionales (UNSL-UNT). Es directora de proyectos de investigación y evaluadora de proyectos y becas de investigación en el área de Ciencias Sociales y Educación. Es investigadora del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInIG-IdHCS-UNLP) en el área de Educación, Política Educativa, Educación y Género.



¿Qué lugar ocupa hoy la universidad pública frente al avance de las derechas, los discursos de odio y el retroceso de derechos? ¿Cómo sostener las transformaciones impulsadas por los feminismos?

Universidad pública y feminismos contemporáneos reúne las voces y debates compartidos en el Primer Congreso Latinoamericano “Universidad Pública y Feminismos Contemporáneos”, realizado en la Universidad Nacional de La Plata en julio de 2025. En un escenario atravesado por el ajuste, la desfinanciación de las políticas públicas y el avance de discursos autoritarios y antifeministas, el libro propone pensar la universidad como espacio de democratización, producción crítica de conocimientos y defensa de derechos.

A través de conversatorios, foros y rondas de diálogo, las autoras abordan la transversalización de la perspectiva de género, la justicia social, los discursos de odio y las pedagogías feministas. Recuperan también experiencias de militancia y participación política, la defensa de la ESI y la investigación con perspectiva de género.

Este libro abre preguntas y otorga herramientas para comprender el presente, sostener las resistencias y disputar futuros posibles. Una invitación a pensar, desde la universidad pública, cómo seguir construyendo lo común.